

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

168

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 18 - 24 julio 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 294

UN PROGRAMA PARA LOS ESTADOS MAYORES

EL PLAN DEL 18 DE JULIO, VALIDO PARA LA ESTRATEGIA UNIVERSAL

UN EQUIVOCO QUE SE DESHACE:
EL MUNDO NO ESTA EN PAZ

CON EL TRIGO VIENE LA ALEGRÍA

Crónicas de nuestros enviados especiales por la ruta del cereal: F. Carantoña, desde Cuenca; Fausto de Lima, desde Toledo; M. Luis Domínguez, desde Zaragoza, y Blanca Espinar, desde Córdoba (pág. 32)

EL SECRETO DE OPPENHEIMER

Información sobre las declaraciones del ex director del centro de experiencias atómicas de Los Alamos (página 11)

BENAVENTE NO HA MUERTO

Por Felipe Sassone (pág. 57)

Carta del director a don Martín Zurbano (pág. 8). ● Destreza en el oficio (pág. 14). ● Aquí pasó Franco el 17 de julio de 1936 (pág. 17). ● Entrevista con Federico Sainz de Robles y Tomás Borrás (pág. 19). ● En los dominios de los Hansas, por Tomás Blanco (pág. 23). ● Notas y recuerdos de un redactor político, por Francisco Casares (página 27). ● Cómo viví el 18 de Julio, por Juan Pujol (pág. 31). ● Cartagena, nuevo «Eldorado», de nuestro enviado especial Jaime Campmany (página 50)

UNA CANA AL AIRE

Novela por Severiano Fernández Nicolás



Francisco Franco, excepcional estratega, aparece en esta histórica fotografía planeando sobre los mapas una de las batallas contra el comunismo ganadas sobre la tierra española por decisión del pueblo alzado en armas el 18 de julio de 1936 contra los sicarios de Moscú

¡EA ESTA INTERESANTE INFORMACION EN LA PAG. 3!

La sed...

se puede "engañar"
 con muchas bebidas;
 pero sólo se aplaca
 fisiológicamente
 refrescando
 el organismo con
 "Sal de Fruta" ENO,
 cuya beneficiosa acción
 equivale a la de la
 fruta fresca y madura.

C.S. 14.108



"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

REGIST.

HACE SOPORTABLE EL VERANO

UN EQUIVOCO QUE SE DESHACE:

EL MUNDO NO ESTA EN PAZ



Esta estampa optimista de confraternización entre los Ejércitos del Este y del Oeste fué archivada hace tiempo; acabada la guerra, la luna de miel de los aliados victoriosos duró poco tiempo. Rusia ha hecho imposible la convivencia

L próximo pasado día 6 recibió el Caudillo español, en el palacio de El Pardo, a cinco representantes de la Prensa americana residentes en España. Quiso así el Generalísimo complacer amablemente una petición de las agencias, diarios y revistas más importantes de los Estados Unidos interesados en una ampliación de otras declaraciones especiales suyas para cierta cadena de periódicos de aquel mismo país. Interesa al mundo, y de modo singular a la opinión pública norteamericana, naturalmente, el pensamiento de nuestro Generalísimo. ¡Por algo es el más autorizado Jefe de Estado para hablar sobre el tema—como «el mejor análisis de la situación mundial» ha calificado estas manifestaciones un periódico yanqui—y por algo es también nuestro Generalísimo el único Caudillo militar que ha sabido derrotar al comunismo en el campo de batalla! Las manifestaciones de Franco han tenido, en consecuencia, una especial repercusión no sólo en los Estados Unidos, sino en el mundo entero.

Allí, en El Pardo, esta entrevista «en rueda», como han dado en llamarse este tipo de declaraciones, quizá pudo recordar algún veterano periodista yanqui las «charlas al humor de la lumbrera» de tiempos bien pasados en la Casa Blanca. Sólo que esta vez el tono ha sido bien distinto. Franco no acepta componendas, apaciguamientos y tolerancias con el comunismo. Piensa, decide y no duda. Y así, mientras los otros no hacen más que acumular fracasos, él acertó plenamente a la primera.

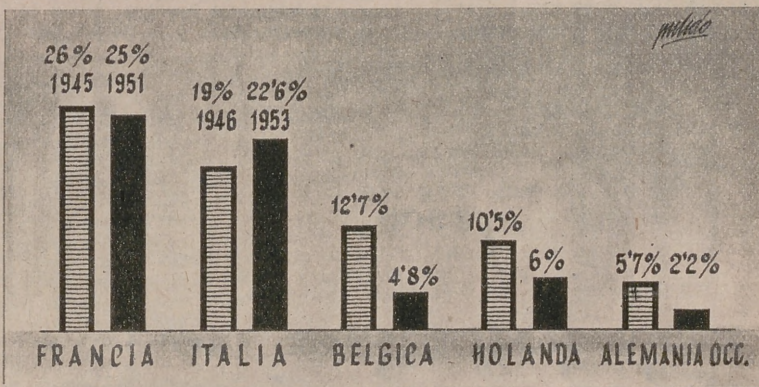
Las declaraciones del Caudillo español, bien conocidas de quien lee, podríamos, puestos en el tranco de resumirlas, sintetizarlas así: hay que deshacer el equívoco de la paz mundial, evitar la expansión del comunismo; enfrentarse a la amenaza de la agresión, que se producirá en cuanto Rusia halle su oportunidad; alimentar la unión y el fortalecimiento occidental; el comercio puede y debe de ser un arma de la política anticomunista del Occidente, por lo que no se debe, en consecuencia, favorecer el desenvolvimiento de la economía rusa, sino al revés: bloquearla, orientándose los excedentes de la producción hacia los países no comunistas de bajo nivel de vida. El occidente anticomunista puede ganar así,

sin más, con facilidad incluso, su primer «round». ¡Un «round» que podría ser el definitivo!

He aquí, muy en esquema, el plan de Franco. Un plan infalible. Porque, puestos en el tranco de comentar tan trascendentales declaraciones, en EL ESPAÑOL, en esta fecha gloriosa y señalada del 18 de Julio, bueno será advertir que el plan se parece, como un huevo a otro huevo, a aquel que justa y providencialmente puso en práctica el propio Franco en España contra el peligro comunista exactamente ahora hace dieciocho años. Ese plan es el que nos dió el triunfo. ¡Es el único plan que ha logrado la victoria contra el comunismo! Convengamos que nadie puede ganarle, en consecuencia, en garantías de eficacia y de eficiencia.

LA HORA DE LA AGRESION RUSA PUEDE SONAR CUALQUIER DIA

La hora de la agresión rusa, gracias a las torpezas ajenas, sin embargo, puede sonar cualquier día. «La segunda mitad de este siglo verá la victoria del comunismo en el mundo», auguró Stalin. Se han modificado muchos prejuicios, y la creación de una moral de guerra, a la par que de los armamentos necesarios, es empresa que ha llevado a fondo la Unión Soviética. Se ha convencido a las masas, merced a una falsa y machacona propaganda, que el occidente capitalista está podrido; pero que, no obstante, se apresta al ataque. Se han levantado de nuevo las derruidas estatuas de Pedro el Grande y se ensalza ahora la



El comunismo «visible» en Europa occidental. Las columnas de este gráfico expresan el tanto por ciento de las votaciones obtenidas en las últimas elecciones de los países citados

memoria de los más insignes generales de otros tiempos, no importa cuáles, a condición de que sean rusos. Con la instrucción militar, el recluta soviético, desde su incorporación, alterna «a grandes dosis» la propaganda política. El Ejército rojo no es otro Ejército más. Es un Ejército distinto, sencillamente. *Nuestro Ejército—proclamaba Stalin—es el Ejército de la revolución mundial y el Ejército del proletariado internacional... Ello da una gran potencia al Ejército rojo, porque tiene un número incalculable de amigos y aliados en todas las partes del mundo, desde Sanghai a Nueva York y desde Londres a Calcuta.*

Los dirigentes de la Unión Soviética no han hecho más que desarrollar perseverantemente esta idea en el campo político internacional y en el militar. Bulganin, el actual ministro de Defensa de Moscú, lo ha dicho alguna vez: *No quiere cír hablar de guerra total, sino de guerra politicomilitar. No puede pensarse que la guerra tenga hoy—dice—una solución únicamente militar.* Frunze, el organizador, con Trotsky, del Ejército rojo, y realmente el que fraguó el gran Estado Mayor soviético, mantuvo la tesis de que las masas proletarias extranjeras deberían, en caso de una guerra, armonizar sus actividades con las operaciones concretamente militares de los rusos. Vasilevsky, a la sazón viceministro de la guerra, piensa y sostiene lo mismo. El mariscal Chapchnikov, que pasa por una de las mentalidades más claras del generalato rojo, ha afirmado idénticamente que *las guerras las dirigen ahora los Estados y no solo los militares. La guerra—ha concluido—no puede encerrarse hoy en los concretos límites de la estrategia militar.*

He aquí un nuevo y original concepto ruso: acción de Ejércitos propios y extraños (satélites), desde luego; pero con la cooperación sincronizada también de las masas de la III Internacional, que con tanta profusión la Komintern ha procurado sembrar en el mundo. *La revolución permanente—otra idea socialista proclamada por Marx hace un siglo en su mensaje a la «Liga Comunista»—resulta ser así un elemento más de este tipo de actividad bélica patrocinada por Moscú.*

¿Paz? ¿Quién puede hablar de

paz, por tanto, en estos momentos? ¿Acaso no gasta el mundo en armamentos más que gastara nunca? ¿Acaso la agresión no es la fórmula única de acción de Oriente contra Occidente? ¿Acaso la sangre no corre y ha corrido en demasía para facilitar tan solo los manejos del Kremlin en la posguerra? ¿No sabotea la U. R. S. S. la producción y la tranquilidad ajenas? La normalidad de la vida de los otros países, en obsequio y en sacrificio a ese nuevo Moloch moderno que es el comunismo. ¿No se atacan por procedimientos alevosos, las propias naves militares de Occidente? ¿No se revoluciona a sus masas obreras o a los países coloniales? ¿Paz? ¿Y quién puede hablar hoy de paz cuando se roban violentamente los secretos de Estado, se raptan personas, se derriban a cañonazos los aviones comerciales y cuando se instalan y funcionan escuelas para hacer del crimen una técnica?

¡Paz! No hay ni habrá paz de verdad más que cuando, como ha dicho el Caudillo, el Occidente se una, se refuerce, no acepte el trato ilícito con el comunismo ni le venda las armas con las que éste matará a sus mismos soldados; mientras que, en fin, a la altanería agresiva y soez de Moscú el mundo occidental responda con blandenguerías cobardes y suicidas. Es esto lo que urge evitar. La única lógica asequible a la Unión Soviética es esta de la fuerza. ¿Recordáis la cinica interrogación de Stalin cuando preguntaba, brutal y socarrón, cuántas divisiones tenía el Papa? En Corea, Rusia se detuvo porque la aventura le empezó a resultar demasiado cara. En Indochina el comunismo es muy difícil que se contenga, porque la paz, como dice Foster Dulles, tiene muy mal precio en la rendición.

HAY QUE DESHACER EL EQUIVOCO DE QUE EL MUNDO ESTA EN PAZ

A finales del último siglo, al amparo de los estudios sociales y de las teorías positivistas, entonces muy en boga, los tratadistas militares—nuestro Villamartin en cabeza—dieron en aclararnos cómo *la guerra era a la vez un fenómeno natural y social.* Y Moltke, el genial vencedor de Metz y de Sedán, explicaba también cómo la vida del hombre, como la de la Naturaleza y la de los pue-

blo, es una *guerra constante* entre el futuro y el presente. Los simples aficionados a los números han probado matemáticamente que en treinta y tres siglos de historia de la Humanidad, tres mil ciento treinta y ocho años, nada menos, han sido guerreros, y solo durante doscientos ochenta y siete ha reinado la paz. El Caudillo, pensando, se nos hace, más que en estas abstractas estadísticas, en el caso concreto de la actividad comunista, ha podido archijustificadamente comenzar por declarar a los periodistas americanos que hay que *deshacer el equivoco de que el mundo está en paz.* Y, en efecto, no lo está. Desde que terminara la última conflagración sin que ni siquiera pudieran suscribirse los tratados de paz consiguientes ha ardidido la guerra en Corea, con la secuela de 160.000 bajas, sin contar las coreanas. Ha habido guerra en Guatemala. La hubo también en China. Hay actualmente luchas empeñadas en Indochina, cuya guerra ha costado hasta ahora al menos otro medio millón de pérdidas, amén de cuatro o cinco billones de francos. Y por fin se agita la guerrilla, fiel a los planes anticolonialistas del Kremlin, en Birmania, en Malaca y en Kenia. Y se manifiesta la revuelta y el sabotaje por el ámbito entero del mundo, que a Moscú le importa agitar. Es verdad que Rusia no ha atacado abiertamente al estilo tradicional con la masa de sus Ejércitos. Le ha bastado lanzar a sus «brigadas internacionales», amarillas, negras o blancas, hasta ahora, mientras que el Ejército rojo se fortalece e instruye. Pero Rusia no ha necesitado tampoco emplearse más a fondo. ¿Para qué? La supremacía atómica americana puede haber impuesto reflexión a la U. R. S. S. (estos argumentos del más fuerte son los que únicamente resultan dialécticamente eficaces con la Unión Soviética). Pero, sobre todo, ¿para qué juzgar la suerte de las armas si el «apaciguamiento» ha tenido para ella tan singular fertilidad? En nueve años—¿de paz?—, recordaba el Caudillo, Rusia se ha engullido siete naciones antaño libres de Europa. El recuento, con una breve precisión estadística, es realmente abrumador. Ni Napoleón ni ningún otro déspota del pasado histórico logró hacer en tan poco tiempo un Imperio mayor y con menor esfuerzo. La mitad de Europa la ocupa Rusia europea. Otro millón de kilómetros cuadrados ocupan los países llamados satélites. Yugoslavia es también un país comunista, aunque actualmente disidente de Moscú. Finlandia está atenazada de cerca. Suecia y Suiza se obstinan en permanecer neutrales, hartos confiadas ante un peligro que pretenden ignorar. Inglaterra piensa siempre en su posición extracontinental, en su condición de cabeza de una comunidad de naciones de rango universal; en su imbatibilidad, como si el canal de la Mancha tuviera un poder de contención que no tuvo antaño en los días de César. El resto de Europa son minifundios políticos, microestados, cuando no potencias, como



Alemania occidental, fervorosamente anticomunista; pero a las que le niega toda posibilidad de armarse o bien históricas grandes potencias, actualmente carcomidas por la ideología marxista, esto es, realmente potencias venidas a menos, como Francia e Italia.

Pero en Asia es sobre todo donde el acomodo de la tolerancia, de la obcecación de comerciar ante todo, de no irritar a Rusia, ha causado mayor catástrofe. Impresiona el recuerdo. En la misma postrimería de la última gran guerra, Chan Kai Chek, el decidido y leal aliado de la China nacionalista, fué traicionado en en El Cairo y en Teherán. Se le eliminó del quinteto de los grandes con tanta ingratitud como torpeza. Cuando ya había sido agrasada Hiroshima por la bomba atómica, Stalin aceptó lanzar los soldados rojos sobre los japoneses que huían. ¡Y ya no dió nunca orden de detención! Rusia se adueñó del Manchukuo, el Kuantung, parte de Sajalín y las Kuriles. Japón estaba humillado y desarmado. Y la China inmensa—la extensión de Europa entera, con una población dos veces y media la de Rusia—ganada inmediatamente al comunismo. La victoria yanqui la contabilizó a su exclusivo favor la U. R. S. S. Media Corea ha sido absorbida igualmente por el comunismo, y para evitar que lo fuera el resto, el mundo entero ha tenido que ponerse sobre las armas. Ello aparte, tras de las luchas interiores de la Indonesia y de la separación de la India del Imperio británico, estos dos mundos—otros 480 millones de habitantes—han sido neutralizados, abriéndose paso el comunismo por la fuerza de las armas Indochina adelante, ante el espectáculo bochornoso de un mundo occidental incapaz de concertarse para evitarlo, en tanto que en Ginebra una conferencia entre agredidos y agresores debía forzosamente que resultar tan ineficaz como penosa, y mientras que Francia, la potencia colonialista más interesada, optaba por brindar al adversario, sin combatir, el regalo singular de miles de kilómetros de terreno de feracidad inigualada, con una población de dos millones de habitantes, en gran parte católicos. Lamentable y deprimente espectáculo, sin duda, que ha valido a Rusia la dominación prácticamente de la mayor parte de Asia continental. Lo que resta en ella, salvo el Oriente Medio, no es más que un conglomerado de países débiles, aunque en vías de maduración y mundos poblados, pero neutralizados y en turno de ser intervenidos cuando convenga al Estado Mayor de Moscú. ¡Rusia no puede deglutir más de prisa!

Se comprenderá así, sin mayor esfuerzo, que a la Unión Soviética no le ha impacientado ir más de prisa ni requerir el auxilio de las armas cuando los demás le hacen suicidamente su juego con tanta generosidad. ¡Es que una invasión armada habría tenido mayor y más fulgurante éxito, en efecto, del que ha tenido esta fase de nueve años de apacigua-



Aspecto de una ciudad de Corea del Sur asolada por la guerra alimentada por Rusia

miento y, digámoslo también, de claudicaciones y de criminales dejaciones?

PARA RUSIA, LA GUERRA ES UNA NECESIDAD VITAL

Pero nadie lo dude. Rusia atacará un día. Cuando le resulte ya difícil expansionarse o sencillamente—como decía a los periodistas americanos nuestro Caudillo—cuando le convenga. Sería estúpido creer que a Rusia sólo le gustan las victorias fáciles y los caminos cómodos. Si alguien piensa de este modo será sencillamente porque se ofusca; pero no porque tenga derecho a pensar de este modo. Porque son ellos, los comunistas rusos, los que han proclamado siempre, sin ambages, su determinación de proceder así. Lenin, con Marx, el supremo definidor de la doctrina bolchevique, llamaba al pacifismo «blagogía burguesa». Para él la guerra era la raíz misma del universo. Antes de la Revolución de Octubre el León Rojo decía bien claramente: *Soy pacifista en cuanto ello pueda perjudicar a los Estados capitalistas. Pero si logro adueñarme del Poder, en Rusia, seré exactamente lo contrario. Cuando Rusia sea bolchevizada nos convertiremos en patriotas rusos y no dudaremos en luchar.* Téngase en cuenta que no hay país en el mundo actual, ni lo hubo probablemente jamás en la Historia, de una fidelidad política mayor que la de la Rusia

soviética, para sus doctrinarios. Sus programas políticos han resultado en la práctica, siempre, seguidos a la letra, sin la menor flexibilidad. Como otro «plan quinquenal» más.

Para Rusia soviética la guerra es una necesidad vital. Saben muy bien los comunistas que el dilema de la III Internacional es claro: o se impone al resto del mundo y se convierte su ideario en una revolución universal o fatalmente será batido, como lo fueron tantas otras ideologías políticas como en el mundo han habido. De aquí que en el plan de los dirigentes del Kremlin latiera siempre la idea de una doble y potente creación; la de una gran potencialidad económica—indispensable, reconocía Stalin, para tener independencia política—y la de un gran Ejército, el más numeroso Ejército de todos los tiempos y de todos los países. ¿Para defenderse? ¡Bah! Rusia necesita del Ejército rojo para ayudar a imponer su revolución y su credo al mundo. No lo decimos nosotros; lo dicen ellos; los dirigentes soviéticos. Quieren hacer del orbe una inmensa U. R. S. S. En la página 56, sin ir más lejos, de los «Fundamentos del leninismo», se lee lo siguiente: *... la U. R. S. S. es el prototipo viviente de lo que será la futura unificación de los pueblos del mundo.*



Gráfico de la expansión comunista en Asia. Obsérvese la vertiginosa penetración de la ideología comunista en China. En un solo año el comunismo ha ganado allí una superficie equivalente a más de once veces la extensión española. Las debilidades y errores occidentales no han podido repercutir más favorablemente para la política de Moscú

Rusia ganará, como pueda, cuanto tiempo precise para armarse y organizarse para tan gigantesco empeño. El comunismo es, sobre todo, un mesianismo rojo. Rusia puede esperar y esperará todavía, si así le conviene, para robustecerse y extenderse y de paso debilitar a los demás lo que a la postre equivale también a fortalecerse ella misma. No puede sentir escrúpulos al efecto. Todas las armas se le antojan buenas para asegurar sus propósitos infernales. Por otra parte, tales métodos no pueden implicar ninguna novedad para los hombres responsables del mundo. ¡Si los han anunciado los propios comunistas siempre! *Un compromiso con el extranjero es un compromiso ilegal que no debe ser respetado más que en cuanto sirva a los intereses soviéticos*, dijo Lenin. Marx antes, de modo terminante, hacía esta afirmación no menos repugnante y cinica: *Hoy una táctica a seguir: unirse a los que destruiremos más tarde*.

El gran Ejército de la revolución comunista mundial; el gran Ejército rojo, parece estar a punto; alrededor de 200 divisiones, desdoblables, hasta alcanzar el número de 400 al mes de campaña; 20.000 aviones y 40.000 carros. Seis millones de hombres actualmente bajo las armas. Un dato aun; ¡y ochenta divisiones de los satélites igualmente dispuestas! Tal es el enorme poder de esta máquina de guerra y de revolución, que el Kremlin ha fraguado. Y frente a este Ejército, ¿qué tiene el Occidente? Pues apenas veintidós divisiones que problemáticamente podrían concentrarse, de tener tiempo para ello, entre el Elba y el Rin; una Alemania inerte a la que no se le

autoriza a defenderse, ni nadie garantiza su defensa eficaz tampoco; una Francia y una Italia, que pasaron del poderío a la demagogia y casi a la impotencia y una Inglaterra más dividida, más ciega y más débil que nunca.

¡LA ALIANZA CON EL DIABLO!

La llamada a la unión y fortalecimiento del mundo occidental no es nueva. La lanzó ya el Caudillo español, con su enorme experiencia y singular agudeza de estadista, hace mucho tiempo. En el verano de 1939 previno vanamente al mundo de que una guerra general sólo beneficiaría al comunismo, ¡justamente como ha ocurrido! En octubre de 1944 escribía al duque de Alba, a la sazón embajador en Londres, con el encargo de que expusiera a Churchill sus preocupaciones sobre el auge de la agresividad e insolencia soviéticas. Franco indicaba, terminante y clara, la necesidad de no debilitar el Occidente y de la inteligencia de éste frente al comunismo. Churchill respondió algo que aparece tanto más inaudito cuanto más tiempo pasa. Invocaba la amistad y la alianza con la U. R. S. S. y concluía: *... induciría a V. E. a un serio error si no desvaneciera su ánimo la idea equivocada de que el Gobierno de S. M. está dispuesto a considerar ninguna agrupación de potencias, en la Europa occidental o en cualquier otro punto, basada en la hostilidad hacia nuestros aliados los rusos o en la supuesta necesidad de defenderse contra ellos*. ¡Esto decía Churchill, el jefe del Gobierno y del partido conservador británico, entonces! ¡No había peligro, por parte de la Unión

Soviética! ¡No había que prevenir ninguna necesidad de defensa! Sin tardar demasiado, Inglaterra ingresaría, sin embargo, en la N. A. T. O. al fin y a la postre una organización defensiva contra la agresividad comunista. Y se defendería a tiros contra el comunismo en Corea. Y aun en la selva de Kenia y en la jungla de Birmania, de la Guayana y de Malaca. En realidad, Churchill no parece haber tenido nunca una idea muy diferente del comunismo al de nuestro Caudillo. En febrero de 1931, al menos, hablaba así en el Parlamento de Londres: *De todas las tiranías de la Historia, la de los bolcheviques es la peor; la más destructora y más degradante; es una insensatez afirmar que no sea mucho peor que el militarismo alemán... No podemos pactar con los bolcheviques; debemos de diferenciar entre derecho e injusticia y entre progreso y anarquía; por eso repito que no podemos ultimar pactos con los bolcheviques*.

La diferencia esencial, pues, no está entre lo que piensa Franco y lo que pensaba Churchill, sino en lo que hacen. Mientras que nuestro Caudillo no ha vacilado nunca, señalando el riesgo, en actuar decidida y valientemente contra él, Churchill, que calificaba de insensatez suponer peor al militarismo germánico que el comunismo, se alineó junto a éste contra aquél en 1939, del mismo modo que repudiando toda alianza con el bolchevismo terminaba por aliarse decididamente con él. ¡La alianza con el diablo!

UN INFORME SOBRE LAS LLAMADAS «GRANDES POTENCIAS»

Para Occidente, como dice Franco, ha llegado el trance de hablar por vez primera en confianza, alrededor de una mesa. Para coordinar el esfuerzo; para acelerar éste, para decidir la acción. Esto es preciso e indispensable. Más, incluso, porque no es, ni mucho menos, fácil la tarea. Preferimos no hablar de nuestra cuenta. He aquí el cuadro de las grandes potencias (!) del Occidente europeo, tomado del informe que sobre las actividades comunistas se presentó hace pocos meses a la Cámara americana. En Inglaterra, sin duda, la más pujante de estas potencias, el comunismo ha logrado sólo 21.640 votos. Pero, en cambio, el laborismo logró en las elecciones últimas un escrutinio muy nutrido, aunque no consiguiera la victoria a causa de los artfulgios de la ley electoral; en total, 13.949.105 votos. En buena parte el laborismo simpatiza más o menos con el comunismo. Al menos no le repugna su convivencia. Ya en tiempos del primer Gobierno laborista británico, gustaba Mac Donald de confiar al Kremlin los más delicados secretos políticos con gran regocijo de Stalin, según luego nos contó desvergonzadamente un secretario suyo. El comunismo inglés de hoy tiene, sin embargo, pese a su aparente insignificancia, fuerza operativa en el seno de ciertas agrupaciones obreras, por ejemplo, en las «Trade Unions», en los Sindicatos Mineros y en los Ferroviarios. Influye, con resultado, en ciertos

sectores de la Prensa y aun de la radio. Incluso logra éxitos concluyentes a través de sabotajes en la marina. Inglaterra, por otra parte — digámoslo por nuestra cuenta también—ha comprendido mal el signo de los tiempos; la obcecación mercantil ciega su propio instinto de defensa; valora, como antaño, su condición geográfica insular; se supone, como antes de la aviación, todavía una potencia o mejor un imperio extracontinental; se siente insensiblemente invulnerable, aun después de la experiencia de Coventry y de las «V» y, en fin, sueña, como en los días de su política tradicional, que subsiste un equilibrio continental europeo que puede deshacer a su antojo, y aun pretende que perdura el pasado de su hegemonía naval; los días en que el mar era un camino privativo de Albión.

El problema francés ciertamente que es aún más delicado. Cuatrocientos cincuenta mil afiliados al partido comunista hay en Francia. Pero en el comunismo, lo repetimos, lo grave no es tanto lo que se sabe como lo que se ignora. Las últimas elecciones han dado a las izquierdas francesas, comunistas y socialistas extremistas, justamente 7.720.774 votos, exactamente el 40 por 100 de los sufragios totales. Frente a este brutal predominio no hay otra cosa sino que una atomización política que se ha patetizado en las urnas como sigue: el 24 por 100 de los votos para los partidos llamados centristas del M. R. P. y de la Unión de Izquierdas, y el 35 por 100, para lo que se ha dado asimismo en calificar de derechas. Comenta así esta situación política francesa el «Informe» aludido en cuestión: *El partido comunista francés es poderoso, especialmente por su fuerza electoral y el apoyo sindical. Es el partido político más importante y dirige la mayor parte del movimiento laboral. También sigue actuando en numerosas organizaciones y en la Prensa.*

El caso italiano no es ciertamente mejor. Se calculan en 1.700.000 los afiliados al comunismo en Italia, aunque el partido afirma que cuenta con 2.300.000 miembros. En las elecciones últimas—y esto es lo que vale—logró el 23 por 100 de los sufragios. Juntamente con el socialismo y el partido social demócrata de izquierda reunió 10.784.680 votos. Esto es, el 42 por 100 del sufragio. Los partidos llamados de derechas—movimiento social y monárquico—no lograron más del 13 por 100 y los del centro—democrático-cristiano, republicano y liberal—el 46 por 100. ¡Una mayoría demasiado exigua para no sobrevivir con vilipendio! Según el «Informe» en cuestión *Los comunistas, apoyados por los socialistas, dominan la vida política italiana... Controlan la Confederación General de Trabajadores, que sigue siendo la organización sindical más importante de Italia. Su federación juvenil dice tener 455.000 miembros... El comunismo se concentra principalmente en las áreas industriales urbanas del norte de Italia y de las regiones agrícolas de Emilia y Toscana. Desde 1948 las mayores ganancias electorales han sido obteni-*

das en la región del Sur, que es la más pobre.

Y no hay por qué hablar después de los pequeños Estados europeos—los más extensos como nuestra Extremadura—con poblaciones equivalentes a la cuarta parte de la española. El panorama occidental es éste, exactamente. La defensa de Europa sufre así el terrible maleficio de la propia situación interior. Concebida la guerra, al estilo soviético, tal como apuntamos antes, en efecto, ¡qué complejo no ha de ser, en efecto, el planteamiento de la defensa occidental cuando la Europa del Occidente muestra tan terribles debilidades internas!

La situación política interior, en efecto, abre un grave interrogante sobre el valor positivo, a la hora de la prueba, del esfuerzo militar del Occidente. ¿Qué se puede esperar de un Ejército destinado a enfrentarse con el soviético, si se comienza por reconocer que el 25 ó el 40 por 100 de sus contingentes son ya comunistas? ¿Qué cabe esperar, defensivamente, de estos países, que reciben el material que para armarse les envían los Estados Unidos con protestas y hasta con motines? ¿Qué garantías ofrecen esos campos de aviación o esas bases marítimas cuyos ataques están minuciosamente previstos por los Estados Mayores rojos empleando para ello las milicias comunistas de los propios países en que se asientan?

No todo está perdido ni mucho menos, sin embargo. En Occidente hay pueblos decididos, realmente a defenderse y no a concretarse a estudiar la posible evacuación del país propio, en caso de agresión. Pero hay que actuar con valentía, con reflexión y coordinadamente. Inglaterra, por ejemplo, malogra el mayor esfuerzo militar europeo con su política de torpeza inaudita. Dispone la Gran Bretaña de un Ejército hoy ciertamente no demasiado numeroso. Pero de ese Ejército, aunque asombre, no hay guarnición apreciable en las Islas. Allí están, poco más o menos, como en los días de la «Home Guard». Inglaterra siembra de pequeñas guarniciones la Guayana, las Antillas y otras colonias ultramarinas. Un batallón tiene en Austria. Una brigada en Trieste. Y cuatro divisiones, en fin, en Alemania, unidades éstas perfectamente desplegadas. Pero la mitad, justamente, del Ejército británico, no demasiado numeroso hoy, insistimos, se emplea en pura pérdida. En Chipre hay una importante guarnición. En Malta, un batallón; en el canal de Suez, dos divisiones y una brigada de paracaidistas; en el Sudán, otro batallón, y en Gibraltar, tres regimientos de Artillería y uno de Ingenieros, esto es, el efectivo de una división especializada. Pues

bien; todas estas tropas, casi la mitad de las que dispone Inglaterra, podría ahorrárselas y dedicárselas a atender el verdadero riesgo, esto es, orientarlas hacia el real enemigo: el comunismo. Porque si la política británica fuera dúctil y hábil—más hábil que dúctil—, Malta la guardarían los malteses; Chipre, los griegos; el Canal y el Sudán los egipcios; y Gibraltar, los españoles. Inglaterra debería considerar atenta a los momentos y las circunstancias, tales casos y procurarse amigos en donde sembró enojos y resentimientos. Lo que a Inglaterra debe importarle hoy exactamente no es Chipre, ni el Canal, ni el Peñón, sino exactamente la amistad de Grecia, la amistad de Egipto y la amistad de España. Y para conseguirlo no necesitará mucho esfuerzo. Le bastaría darse cuenta. Inglaterra y el mundo occidental—y ello es lo más importante—acrecientaría notoriamente así sus fuerzas armadas frente al comunismo.

EL PLAN DE NUESTRA VICTORIA

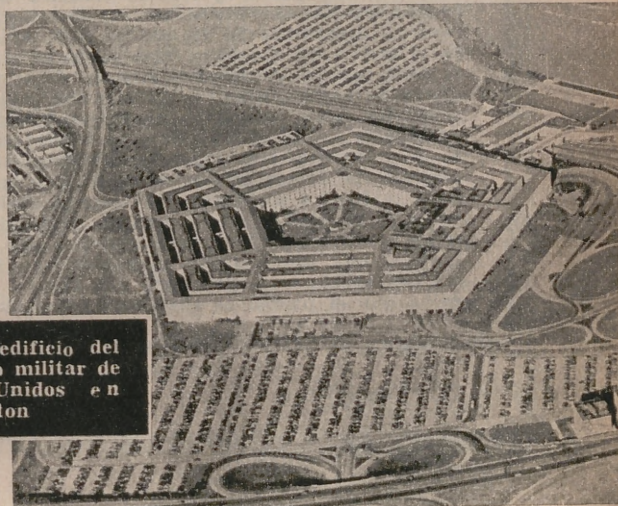
No requiere, ciertamente, mayores precisiones nuestro comentario. Las cosas están, en efecto, muy claras. El Caudillo ha expuesto un plan. El Occidente, a la verdad, no parece hasta ahora haber tenido ninguno. El Plan del Caudillo tuvo ya pleno éxito en España. Primero, porque nos evitó, en 1936, el riesgo de convertirnos en el primer país satélite de Europa; luego, porque gracias a aquella fecha pudimos eludir también esa guerra inútil y estúpida de 1939, según la calificara Churchill, y tercero, porque gracias a todo ello España es hoy una excepción en el mundo; un país integral y auténticamente anticomunista.

El Occidente, sin plan, ha cosechado, en cambio, sólo desastres desde 1945; guerras frías y calientes; tensión; zozobra y, lo que es peor, ha adquirido, sobre todo, la certeza absoluta de la posibilidad de una agresión soviética contra la que, sin embargo, se resiste a prepararse.

El Caudillo sabe muy bien lo que se dice. Su plan de 1936 es el mismo que ahora, experimentado e infalible, propone al mundo. El plan de nuestra victoria. El plan que pudiera ser, del mismo modo, de victoria occidental.

Mientras tanto, España, monolítica, espiritual y cristiana, sigue siempre impertérrita tras de Franco y frente al comunismo, como si todos los días fueran, para ella, 18 de Julio.

José DIAZ DE VILLEGAS



Vista aérea del edificio del Pentágono, centro militar de los Estados Unidos en Washington

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON MARTIN ZURBANO

EL testimonio personal, personalísimo, de que el 18 de Julio eliminó hasta el postrer espectro, hasta el último miasma del siglo XIX, es usted, que vive honestamente, cívicamente, pacíficamente, en Torrevieja. Su antepasado, don Martín Zurbano, el general de la Rioja, cuya hoja de servicios militares se había nutrido con los éxitos contra los franceses y frente a los carlistas, cayó fusilado junto con sus hijos por orden del general Narváez, que le había advertido en una epístola muy ecuánime sobre la vesania de su insurrección, porque se había comprometido a sublevarse por la Constitución de 1812, por Isabel II constitucional, por la Junta Central, por el general Espartero, por la independencia nacional. Entre vivos y muertas, arribas y abajos, palabras empingorotadas, interjecciones y denuestos, pasó una centuria y algo más si no se aplica el cauterio del 18 de Julio, restañando la sangría y la anemia, por donde se iban las vidas estériles de los españoles. También usted, don Martín Zurbano, tuvo que pagar su tasa de sangre a la España decimonónica, pues perdió una pierna en Marruecos cuando era teniente de Regulares. Ya es teniente coronel mutilado, fué Alcalde de Torrevieja y vecindado en este pueblo alicantino, tan lejos de Logroño, transcurren sus días, sus meses y sus años, en medio de la costa mediterránea y el casino, entre la iglesia y el cinematógrafo, con el pretérito de su abolengo o con un periódico de Madrid delante, fruyendo, disfrutando la paz maciza del 18 de Julio, que irradia desde sus dieciocho conmemoraciones a todas las jornadas de este tiempo fundamental.

Acerca del siglo XIX se ha polemizado entre los hombres y entre las naciones, según el provecho obtenido o el descalabro que fué menester aguantar, según las ideologías y según los caracteres. León Daudet le llamó estúpido, y, sin embargo, sacó ventaja de todas las estupidices ajenas y hasta de las propias. Para Europa escatimando el adjetivo europeo, para muy pocos, sobre todo para el mundo anglosajón, germánico, protestante, fué un siglo próspero e industrial, aunque repleto de cismas y de herejías, la primera de las cuales fué la gran herejía de la Libertad frente a la Iglesia, frente al Estado y acaso contra el hombre mismo. Para nuestra España el siglo XIX, cuya secuela se extendió hasta el 18 de Julio de 1936, fué una desdicha, aparte de una enorme heterodoxia. Don Marcelino Menéndez y Pelayo escribió su «Historia de los heterodoxos» porque vivía inmerso en un ambiente de herejes, en el que a duras penas lograba evadirse el propio autor, mientras que los heterodoxos de los siglos anteriores no constituyeron nunca un peligro para nuestra fe ni para nuestra Patria. Se ha publicado por el Instituto de Estudios Políticos un libro de don Fernando Díaz Plaza sobre el siglo XIX a través de sus documentos, eligiendo de las toneladas de proclamas, arengas del Ejército, discursos parlamentarios, tratados internacionales, cartas privadas, recortes de la Prensa, poesías de circunstancias, decretos y leyes con espécimen de lo que el siglo quiso y de lo que el siglo obtuvo. El historiador no ha contado con las personas a manera de protagonistas o antagonistas, y ni siquiera con sus memorias para huir de cualquier subjetivismo psicológico, quedándose tan sólo con el rastro de la palabra escrita o del vocablo impreso. El vocabulario de los textos es ramplón y la sintaxis retórica e insincera. Hay tantas apafeaciones a la libertad y a la soberanía nacional que se les pierde el respeto, pareciéndonos que asistimos a una farsa donde se gesticula en nombre del pueblo o en presencia del pueblo; pero en la que el pueblo se encuentra en el monte

enrolado en el carlismo, cuya escenografía es más modesta y más auténtica, o en la que luego empieza a afiliarse a la acracia, que es un modo violento de manifestar que si no mandó un Rey verdadero, tampoco debe mandar un Roque.

Hubo, no obstante, un Roque, un don Roque Barcia barbudo, cejijunto, y un si es no es krausista, que antes de editar su «Diccionario etimológico» desde el cantón de Cartagena propuso entregar el puerto y aquella plaza fuerte a la soberanía de los Estados Unidos si los soldados y los barcos de don Emilio Castelar no cesaban en el bombardeo y en el asedio. Casi a la vez, el Presidente norteamericano transmitía a su embajador en Madrid la consigna unánime de que nuestra bandera tendría que ser arriada en los escasos lugares en que aun se enarbolaba de América. Como también se contraponen en los papeles recogidos y seleccionados por Díaz Plaza la exoneración de don Domingo Dulce de sus empleos, honores y condecoraciones a causa de su abuso de autoridad y de la confianza del Poder público; pero su nombramiento inmediato de teniente general por sus méritos y servicios. El siglo principia por la correspondencia entre la Reina María Luisa y Godoy, rumoreando en torno de los amados franceses de Napoleón y los temidos británicos, en tanto que el siglo se acaba en el Congreso de los Diputados en una sesión vespertina, en la que Sagasta defiende su gestión de firmante del Tratado de París, en el que España se redujo a la porción mayor de una península, menos Gibraltar, con unos presidios africanos y unas islas adyacentes.

Debajo de la hojarasca de todos los documentos reunidos por el compilador se advierte la reyerta de Francia e Inglaterra rivalizando en conseguir su predominio y nuestro vasallaje. Los partidos españoles son facciones a sueldo de ingleses y franceses, quienes ordenan las jugadas de bolsa, los pronunciamientos y las bodas reales. En la España de la guerra de la Independencia, el territorio nacional está ocupado por las tropas de Bonaparte o de Wellington, a quien luego se regala el Sato de Roma granadino; en la España de Fernando VII mandan las logias, los diplomáticos del Congreso de Verona, la Santa Alianza y los cien mil hijos de San Luis (léase Angulema); en la Es-

MAÑANA SERA OTRO DIA HACIA LO

POR estas fechas en las redacciones de los periódicos se sacan fotografías del archivo y periodistas escriben sobre el 18 de Julio de 1936, sobre el 18 de Julio de 1945, sobre el 18 de Julio de 1939... Fechas sobre las cuales la memoria reviste con añoranzas de ex combatiente, ternuras de esperanzado, exclamaciones de orgullo, gloria o de firmeza. A las páginas de huecoboado vuelven las banderas victoriosas y el plomo de la imprenta edifica su fugaz monumento político con palabras queridas, nombres de tercios y brigadas, acciones, posiciones, capitanes y capitulaciones, fechas de condenación internacional, luego rectificaciones y de acuerdos, cifras de los años de construcción... Toda una historia ya.

Pero ahí arriba está, lector mío, el título de esta sección de EL ESPAÑOL, no escogido al azar. Sobre el recuerdo de los dieciochos de Julio de 1936, la voluntad se vuelve apasionadamente a dieciochos de Julio por vivir: el de 1964, el de 1970, el de 2001.

No puede uno saber cómo serán esos días futuros ni quizá podrá verlos con estos ojos que se ha de comer la tierra, pero quiere mirarlos al hoy con el mismo generoso talante de alegría que hay en aquellos versos tan nobles:

¡Oh dichosos ojos—que nunca he de ver!
Sean como sean,—¡bellos han de ser!

LA ACTITUD DEL 18 DE JULIO

de la guerra carlista mandan los masones, han saqueado con la legislación desamortizadora a los Ayuntamientos, a los conventos y al Estado inerme; en la España de Espartero lo manda el Regente, sino, según la copia popular, el embajador inglés; en la España moderada de Narváez manda el Rey, pero el Rey del paraguay y del justo medio, o sea, Luis Felipe Orleáns; en la España de O'Donnell y Prim en Tetuán mandan las cancillerías, que nos obligan a retirarnos de Africa; en la España con honra (conforme a su terminología), del grito de Cádiz, manda el oro del duque de Montpensier y alguna tenida que trae el Monarca, gran masón de la dinastía masónica de los Saboyas y pega después un trabucazo a don Juan Prim en la calle del Turco; en la España de la primera República no manda nadie, sino las primitivas tribus ibéricas que se matan entre sí; en la España de Cánovas no manda la Restauración, que es un fantasma, sino las clientelas de los caciques, la yernoocracia, la diplomacia turnante, alternante o combinada fr neoinglesa, el capitalismo mediocre, la incipiente socialdemocracia, el anarquismo. Cronológicamente se cierra el siglo XIX con el desastre ultramarino; pero históricamente ha de continuar la subversión, la descomposición y el caos durante los años del 1900 que terminan en el 18 de Julio. No hay una linde para nuestras desgracias, para nuestras guerras civiles, para la heterodoxia española en el 1 de enero de 1901, sino que el siglo XIX se perpetúa insepulto y putrefacto, produciendo los problemas de Cataluña, de Vascongadas, de Marruecos, de la segunda República decimonónica y del Frente Popular prosoviético. Los más antiguos nacional-sindicalistas, cuya retórica era de otro estilo, de un estilo más verídico, pedíamos que se enterrara al siglo XIX como una consigna urgente y fundacional. Sin conocer a usted, don Martín Zurbano, pretendíamos que usted saborease la paz de Torreveja, mientras la población crecía demográficamente, el campo se industrializaba, la industria hacía independiente a España, que era respetada en el exterior y la aliada de la más grande potencia del orbe. Lo que pretendíamos aquí está. El siglo XIX ya no huele ni asesina. Hay un Caudillo que ha conducido a España por la vía del 18 de Julio a la ruta amplísima, motorizada, de la segunda mitad del siglo XX. Usted, don Martín Zurbano, descendiente directo de Marín Zurbano, fusilado por orden de Narváez, puede leer en el casino de Torreveja las noticias pacíficas y optimistas sobre España que se publican en los periódicos.

EN la actual vida política española creemos que la fecha del 18 de Julio se ha convertido en un ideal y en una inspiración. No es un recuerdo, algo que fué, sino un hecho vivo, algo que continúa siendo un impulso inintermitido. Usted tiene un amigo que acaso le hable del tono «reaccionario» de esa disposición o de aquel ministerio. Yo tengo otro que me habla del liberalismo y del abandono del espíritu del Movimiento, de aquel grupo, de esa revista o de este sector de la Administración. El amigo de usted y el mío tienen criterios aparentemente antagónicos sobre nuestra realidad política. Pues bien; cuando pensamos en el 18 de Julio, cuando pronunciamos ese guarismo, esa fecha, 18 de Julio, parece como si un conjuro, una fuerza mágica, un abracadabra, cerrase la boca del amigo de usted y del mío, pusiese orden mental y objetividad en el fervor militante, generoso casi siempre, de nuestros compañeros.

El 18 de Julio, decimos, es un ideal, una inspiración, una actitud. Concretemos que se trata de una generosidad que nace del amor y de la angustia, de la esperanza y del miedo. No había tiempo para discriminaciones odiosas mientras la República asesinaba a mansalva a los mejores españoles. Era suficiente coincidir en la fe, en el amor a España y en la voluntad de luchar por los dos grandes ideales. La generosidad era además obligada entre aquellos a quienes nada ni nadie podía asegurar sus vidas. Aquella generosidad, generosidad entusiasta, potenciada y organizada por el Caudillo nos condujo a la Victoria. Y porque la Victoria era fruto de una actitud antipartidista, de entrega, de sacrificio, de amor, pudo en justicia denominarse nacional, Victoria nacional. A cada pensamiento de orgullo, de clan, de bandería, de secta—puede haber clan y secta bajo una ficticia unidad con exclusiones—queríamos levantar plenamente la mirada y la atención a la fecha del 18 de Julio, en la que todos nos necesitábamos, en la que España necesitaba de todos y cada uno de nosotros, en la que por encima de todos los matices existía la unidad del entusiasmo y del común objetivo.

Muchas veces hemos hablado de una España integradora y avanzada. De la España tradicional y moderna que dé cumplimiento total a las aspiraciones del 18 de Julio. Pero creemos que todo intento de hacer prosperar un ideario o una actitud contra uno u otro sector

LO EXTERIOR Y LO FUTURO

la mejor unidad española, la mejor unanimidad, la mejor magnanimidad están en la anticipada visión al futuro de la Patria. Sepamos sentir, sepamos escuchar la vida y la esperanza. El pasado que pueden recordar los mayores de treinta años no es más que disensión, ni el recuerdo trae otra cosa que disensión y disputa entre quienes se empeñan en recordar, entre los que a fuerza de anclarse en el recuerdo nos parecen hoy lamentablemente anacrónicos: tales los rancios del siglo, los rancios de por acá, los que aspiran a repetir las Cortes de Cádiz, los que buscan repetir el Pacto de San Sebastián, los que se encaminan a repetir la Restauración de Sagunto, los que sueñan repetir la generación del 98, como si eso no fuera siglo XIX muerto y enterrado en las primeras fosas de la guerra que empezó hace dieciocho años; un siglo, el XIX, que ya no es mal porque permaneció insepulto entre nosotros hasta treinta y seis años después de haberse anotado su defunción en los calendarios. Frente a los rancios están los nuevos, los de las últimas promociones, que sólo parcialmente han promovido todavía. Si les escucháis no descubriréis muchas cosas claras, y esto es natural, porque en el mundo no se entra con claridad, sino con viveza, ímpetu y desconcierto. Pero ellos se van dibujando ya los que valen para

el mando venidero, los activos y los sencillamente críticos. Hay que creer en los que se ocupan de lo que están haciendo y de lo que van a hacer, no en los que hablan continuamente de lo que debiera haberse hecho. Hay que confiar en los que se van a los campos de trabajo del S. U. T., así como en los que estudian cibernética, energía nuclear o productividad. Hay que preferir los que se contradicen, derrapan y se ponen otra vez de pie a los infalibles y anatematizantes que van por la «segura senda» de los maestros de antaño, segura a fuerza de llana y común. Hay que interesarse por la novela que acaba de publicar Castillo Puche y por las infinitas novelas que están escribiendo infinitos chavales españoles, mientras que no tiene interés actual ninguno lo que siguen escribiendo don Pío Baroja y don Juan Ramón Jiménez. Hay que mantener a España y a cada español en el camino hacia lo alto, hacia lo exterior y hacia lo futuro.

¿Creéis acaso que el escribir estas cosas significa desconocer nuestras dolencias? No, os lo aseguro. Lo que pasa es que algunas dolencias que antes se trataban con el reposo ahora se curan con el ejercicio, que para la salud son mejores las dificultades que la facilidad. Los futuros dieciochos de julio están ahí, no en ese valle, sino en esa montaña. ¡Arriba, escaladores!

Luis PONCE DE LEON

de los que nos unimos a vida y muerte por la vida o pervivencia del país, no es sino candidez o tentación diabólica. Tenemos idea que San Juan de la Cruz afirma que toda inspiración, todo proyecto, toda supuesta misión extraordinaria que nos aleje del cumplimiento de las obligaciones cotidianas viene del lado malo. Así, nosotros creemos que todo lo que sea incompatible con una fidelidad real al 18 de Julio, no al 18 de Julio que cada cual pueda inventar, sino al 18 de Julio con sus hombres, con sus combatientes, con sus héroes con nombres y todo, no puede ser fecundo ni constructivo dentro de la política española.

Lo que apuntamos son razones conocidas, repetición de criterios en los que la mayoría coincidimos. Por ello acaso le sedujese a usted más averiguar si las últimas promociones juveniles, que no vivieron la experiencia creadora y desbordante de las primeras jornadas de la Cruzada, tienen idea clara de aquella unidad de afectos, de aquella unidad militante y combatiente para la recuperación de España, cuyo recuerdo aun moviliza nuestra capacidad de comprensión y de objetividad, de disciplina y de fe hacia quienes, sin sostener idénticos criterios políticos, también estuvieron allí, junto a nosotros y a vosotros, al amigo de usted y al mío. De momento contestaremos con un acto de fe. Creemos en la existencia de una juventud adiestrada en la mirada a distancia, en la visión de la totalidad, en el espíritu del 18 de Julio. La actitud parcial acaso sea una tendencia natural en los momentos de paz, y por ello no precisa de estímulos ni de argumentos. Distinguirse en la discrepancia es además extraordinariamente fácil. Distinguirse en la unanimidad, con la mano ocupada en la común tarea, es extraordinariamente difícil. Los combatientes, los líderes del 18 de Julio se distinguieron dentro de la empresa unánime de rescatar violentamente la autenticidad de España. El adiestramiento de nuestra juventud en la fidelidad, en la unidad del 18 de Julio, nos asegura la continuidad de aquella empresa unitaria, y, por ausencia de peligrosidad, la aceptación y reconocimiento de todos los matices en lo que tienen de impulso dinámico, bajo el caudillaje de Franco.

Claudio COLOMER MARQUES

LA ESPAÑA DEL 18 DE JULIO DE 1954



A. Cuartero

CONTAR a nuestros lectores cómo son, cómo viven, cómo trabajan hoy los españoles, es una de las tareas que EL ESPAÑOL viene cumpliendo honradamente. Todas nuestras regiones, nuestras ciudades y nuestros pueblos; todos nuestros problemas y la solución de los que se van venciendo día a día, tienen o tendrán su puesto y lugar en las páginas de este semanario. Del cuerpo y el alma de España venimos escribiendo y escribiremos con mayor o menor acierto, pero, desde luego, siempre con fe, esperanza y caridad. De estas tres profundas virtudes nació el 18 de Julio de 1936 y de estas tres virtudes se nutre, en última instancia, todo el mandato, la justa y ejemplar Capitanía y Gobierno de Francisco Franco. A las alturas del 18 de Julio de 1954 las dimensiones y la trascendencia de este Gobierno y de esta Capitanía representan una de las bazas más firmes con que cuenta el mundo libre. Ninguna parcela del patrimonio español sufre el coloniaje del comunismo internacional: un hecho que, desgraciadamente, nos resultaría difícil registrar fuera de la península Ibérica. Esta auténtica soberanía y esta salud espiritual tienen, a lo largo de los trescientos sesenta y cinco días del año, su expresión y su manifestación adecuadas en cada momento. El balance de tales manifestaciones procuramos irlo recogiendo con exactitud. Y así como en este número cuatro enviados especiales de EL ESPAÑOL nos ofrecen un avance de la actual cosecha cerealista, en las semanas próximas cuatro redactores irán narrando a nuestros lectores cómo se afanan, cómo viajan, cómo descansan, los españoles en este verano de 1954. De Norte a Sur y de Este a Oeste, cuatro periodistas recorren ya la ruta que les ha sido fijada, buscando el dato, aún inédito, para nuestra geografía turística, el perfil optimista del monte repoblado, el señorío exquisito de la familia obrera que veranea en una residencia de Educación y Descanso, la plenitud de la gran ciudad veraniega en su «semana grande», el gozo de la aldea serrana que acaba de estrenar su camino vecinal, la presencia de todas las razas y todas las lenguas en nuestras aduanas y en nuestros hoteles, la normalidad de un pueblo, que está removiendo todas sus visceras, pero disfrutando de una paz verdadera, y precisamente porque está en paz.



Catarineu



C. Rivero

El rendimiento de este nuevo «ordo hispanus» es, por otra parte, lo que decanta con lógica contundente la legitimidad de las razones, los hechos y las aspiraciones que el pueblo español concreta y resume en la conmemoración del 18 de Julio. Al mismo tiempo, esta fecha implica el veredicto terminante y decisivo de todo el país contra un sistema de principios y unos procedimientos políticos absolutamente inválidos, tanto desde el punto de vista doctrinal, como en el orden práctico.

Conocimos entonces y hemos comprobado después ampliamente hasta qué punto y en qué medida habíamos heredado una España que «estaba por hacer». Es preciso ahora tener conciencia clara de lo que se «está haciendo» en el orden religioso, en el moral, en el económico, en el cultural, en las áreas rurales y en las urbanas, en cada una de las parcelas del espíritu y de la tierra españolas. Este conocimiento de lo que se hace reforzará la seguridad de lo que puede ser nuestro futuro. Todo ello tiene una clave: el Movimiento Nacional, la permanencia inalterable de su ideario como base y norma, como polea y motor de nuestro quehacer individual y colectivo.



F. Luna

NUEVO en ESPAÑA

YA ESTAN A LA VENTA LAS FAMOSAS NOJAS DE AFEITAR

KRON-VEST

4 creaciones de prestigio universal 4

GRAN MOGOL

JAGUAR

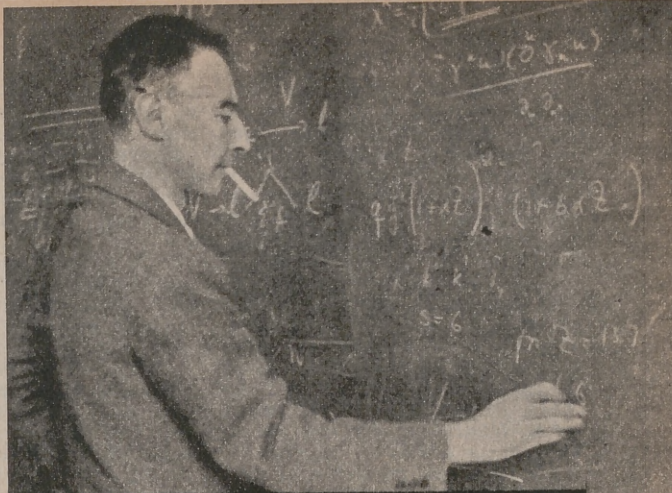


EMBAJADOR

CANCELLER

Participe en el sencillo concurso mensual de hojas de afeitar KRON-VEST y fácilmente podrá ser poseedor de un magnífico reloj todo de oro macizo marca WALTER-ROVER, que figura entre los mejores del mundo. Por cada paquete de diez hojas de cualquier clase KRON-VEST, recibirá un folleto participación concurso. Solicítelo a su proveedor.

EL SECRETO DE ROBERT OPPENHEIMER



EN SUS DECLARACIONES MONTO UN TINGLADO DE MENTIRAS

La nariz de Robert Oppenheimer no desmiente su raza. Amplia, curvada y caída, señala de lejos su estirpe hebrea. Es un hombre cincuentón, magro, larguirucho, un poco destartalado. Sus ojos son azules, casi aguamarina. Apenas tiene entrasejo. La axuberante mata de pelo de su juventud, siempre peinada a raya al lado, ha sido aclarada por la edad. Sobre el cuello de la camisa destaca una nuez prominente que baila al hablar. Usa corbatas relativamente serias. Le gustan los sombreros flexibles y de techo plano. Anda cruzando las piernas. Sus manos son blancas y grandes, con dedos largos. Nunca encontró dificultades en su vida. La fortuna de su familia, primero, y su propio valer, posteriormente, le permitieron mantenerse aislado, dentro de lo que en América del Norte se llama «ivoring-tower» y entre nosotros «torre de marfil».

Su inteligencia es prodigiosa. De él dijo David Lillienthal: «Es el único genio que he conocido.» Y Dean Acheson, por no quedarse atrás, comparaba su capacidad con la de lord Keynes. Entre los más señeros hombres de ciencia — Einstein, Millikan, Debye... — es considerado como un ser excepcional. Mas algo profundo y perturbador se ha cruzado en su triunfal trayectoria. Algo que ha alterado su ánimo de tal forma, que desde la cima de su talento se ha visto obligado a declarar, refiriéndose a una época de su vida:

«Entonces me porté como un idiota.»

Oppenheimer perteneció a aquel grupo de intelectuales que en los años treinta creía necesario simpatizar con el comunismo. Entonces ligó su vida a una serie de hombres que luego habían de reparar en ella. Cuando lo hicieran, aportarían consigo un amargo cargamento.

«YO ERA, EN CIERTO MODO, UN CHAVAL REPUGNANTE»

Debe tomarse la palabra en un sentido familiar. Oppenheimer, al hablar de su estancia en la Ethical Cultural School, destaca que no tuvo amigos. Nada recuerda de sus condiscípulos. Se mantenía más bien aislado que en relación con ellos. En una ocasión,



Robert Oppenheimer

jugando a la pelota, ésta salió lanzada y fué a caer fuera del patio del colegio. El director riñó a los jugadores, entre los que se hallaba el pequeño Robert:

—Ha sido una imprudencia. Podríais haber lesionado a alguien.

Oppenheimer reaccionó en seguida. Calculó el peso de la pelota y su velocidad de caída. De estos datos dedujo que el proyectil no llevaba fuerza suficiente para dañar a nadie.

Su padre había llegado a Norteamérica a los diecisiete años. Era un judío alemán. Cuando Robert nació en Nueva York, el 22 de abril de 1904, tenía la familia una posición desahogada. A los cinco años, su abuelo le enseñó a coleccionar minerales. El se fué haciendo con numerosos pedruscos, que luego clasificaba y estudiaba con detenimiento. Más adelante, con once años cumplidos, se hizo miembro del Club Mineralógico de Nueva York. Tenía un bote al cual bautizó con un nombre pintoresco: «Trimethy». Era la abreviatura del bi-

cloruro de trimetileno. Por todas estas cosas fué considerado Robert Oppenheimer como un niño prodigio.

A los dieciocho años entró en la Universidad de Harvard. Antes había recorrido ya Europa, donde enfermó de disentería. Convaleciente, se trasladó al Oeste, al cuidado de su tutor, Herbert Winslow Smith. Entonces conoció una región de América que le enamoraría para siempre. Y con el otoño se hizo universitario.

UN RANCHO PARA LEER A BAUDELAIRE

Tampoco fué demasiado notoria su estancia en la Universidad. El anuario de su promoción le dedica solamente una línea: «Permaneció tres cursos como no graduado.»

Pero en Harvard, Oppenheimer trabajó de firme no sólo en sus estudios técnicos, sino aprendiendo también Humanidades. En tres meses adquirió suficientes conocimientos de griego como para leer a Sófocles sin ayuda de Diccionario. Luego se inició en la literatura francesa, y conoció a Dante y a otros escritores clásicos. Una vez graduado continuó estudiando, tanto en centros americanos como extranjeros. Se hizo ingeniero por la Universidad de Cambridge en 1926, y doctor por la Universidad de Gotinga en



Oppenheimer con David Lillienthal, último presidente de la Comisión de Energía Atómica, que también se opuso al desarrollo de la bomba de hidrógeno

1927. Comenzó a relacionarse con jóvenes científicos de todo el mundo. Entre ellos, algún japonés. Dicen que, pasados ya muchos años, cuando una bomba atómica arrasó Hiroshima, sus compañeros nipones le enviaron un telegrama de felicitación... Realmente, su éxito técnico había sido extraordinario.

Y llega 1929. Todo el mundo ve en el joven físico una gran promesa. Entra de profesor en la Universidad de California y en el Instituto de Tecnología. El Oeste, que tanto le atraía, iba a ser su lugar de residencia durante muchos años. Un rancho rodeado de pinos, erguido sobre una verde ladera, y desde cuyas ventanas se alcanzaba a ver las nevadas cumbres de las montañas, era su refugio favorito para el descanso. Allí leía a Baudelaire durante las noches, iluminado tan sólo por los resplandores de un farol de aceite. Poco a poco, Robert Oppenheimer se va encerrando en su torre de marfil.

LA TORRE DE MARFIL

«Tenía gran simpatía por el espíritu nihilista de aquellos tiempos. Mi vida de muchacho no me había preparado para saber que hay cosas crueles y amargas.»

Es el mismo Oppenheimer el que ha escrito estas palabras. Sus amigos de entonces son científicos, humanistas, artistas...

Renuncia al teléfono, a la radio, a los periódicos, a las revistas. Como distracción aprende el sánscrito. Lee libros de Teología y encuentra especialmente atractivas las novelas de Dostoyevski. Se hallaba tan separado de la actualidad viviente de su país, que no se enteró de la tremenda crisis económica que en 1930 hizo temblar los cimientos de Norteamérica. Dos años después, con ocasión de una visita de Alberto Einstein al Instituto Tecnológico de California, se obtiene una fotografía histórica. Es uno de esos clásicos grupos donde se hallan más de setenta personas. Oppenheimer está en primera fila, pero en uno de los lados. Le separan cuatro personas de Alberto Einstein. Quince años después, por derecho propio, se hallaría a su lado.

Su labor como profesor es eficientísima. Su prestigio aumentado de una manera continuada Oppenheimer resume así aquella época de su vida:

«Yo estaba profundamente interesado en mi ciencia. Pero no conocía las relaciones entre el hombre y la sociedad en que vive...»

EL COMUNISMO ENTRA EN SU VIDA

En el mundo ocurrió un hecho nuevo en 1936. Sobre los campos de España se desarrollaba una lucha que conmovía a todas las naciones. Algunos se equivocaron al tomar partido. Otros, intencionadamente, se pusieron de parte del comunismo.

Oppenheimer fué de los que no supieron o no quisieron compren-

der. Sin preparación ni experiencia, decidió interesarse por la política. Fué la guerra española lo primero que atrajo su atención. Y, sin embargo, Oppenheimer consideró el asunto simplemente de oídas, como una persona vulgar:

«Yo nunca había estado en España; conocía un poco de su literatura. Pero no sabía nada de su Historia y de sus problemas políticos contemporáneos.»

Con estos elementos de juicio, Oppenheimer se embarcó en una aventura que luego se tornaría peligrosa. Fué un médico, el doctor Thomas Addis, el que le proporcionó alguna manera de actuar. Por medio de él entregó sucesivos donativos mensuales de más de cien dólares, a sabiendas de que iban a manos de organizaciones comunistas. Una serie de personas pertenecientes al partido o simpatizantes con él entraron a formar parte de sus amistades: Jean Tatlock, una joven de la cual dicen que se enamoró; David Hawkins, Steve Nelson, W. Schneidermann, Kenneth May... Su hermano Frank se hizo militante en 1937. Robert Oppenheimer continuó en su papel de compañero de viaje.

Oppenheimer simpatizaba con la idea comunista de los «frentes populares». Fué en 1939 cuando conoció a su futura esposa en Pasadena. Estaba ella entonces casada en segundas nupcias con el doctor Harrison. Pero antes había enviudado de Joe Dallet, comunista destacado que encontró la muerte cuando combatía con la Brigada Lincoln contra las tropas nacionales. Katherine Harrison se casó con Oppenheimer en 1940. Había pertenecido al partido, y en sus amistades abundaban los comunistas activos. En su casa, un típico edificio norteamericano de madera, se dieron fiestas y reuniones, donde los comunistas eran mayoría.

La noche anterior a la catástrofe de Pearl Harbour, Oppenheimer se hallaba en una gran reunión a favor de los rojos españoles. Al día siguiente dice que va a cesar en estas actividades porque habían aparecido otros hechos más graves en el mundo.

EL PLIEGO DE CARGOS

Cuando se inició en Los Alamos la fabricación de la bomba atómica, Oppenheimer es llamado para dirigir los trabajos. Tiene a sus órdenes un verdadero ejército de técnicos. Pero, al llegar la hora de las acusaciones, se reprochó a Oppenheimer haber introducido comunistas en los laboratorios de Alamogordo. Como réplica, él dijo:

«Antiguas conexiones o simpatías con el comunismo no son suficientes para descalificar a un hombre en cuya integridad se confía.»

Pero había razones serias para tener por insostenible esa opinión. Entre otras la manera solapada y continua en que fueron filtrándose los secretos atómicos norteamericanos para caer en manos de los rusos.

En estos trabajos admitió a su hermano Frank, el cual había estado afiliado al partido comunista. Más adelante, en 1946, afirmó, al ser interrogado por un agente del F. B. I., que no había tenido contactos con un hombre llamado Haakon Maurice Chevalier. El tal hombre era agente ruso y buscaba datos confidenciales.

Todas estas cosas y muchas más salieron a la luz en 1954. Después de la explosión de la segunda bomba de hidrógeno las autoridades norteamericanas separaron a Oppenheimer de sus cargos. Estaba en discusión su lealtad. Las acusaciones, concretamente, eran éstas:

Primera. Alrededor de 1940 tuvo frecuentes contactos con comunistas, incluyendo en éstos a su hermano Frank y a su esposa. Luego tuvo relaciones amorosas con una comunista, y más adelante se casó con otra, viuda de un combatiente de las Brigadas Internacionales. Además contribuyó con dinero, de manera continuada y generosa, a las empresas comunistas entre 1940 y 1942.

Segunda. Colocó comunistas y filocomunistas en Los Alamos, cuando la primera bomba atómica se hallaba en período de desarrollo.

Tercera. Dió testimonios contradictorios al F. B. I. cuando fué interrogado sobre sus reuniones con comunistas alrededor de 1940.

Cuarta. Rechazó como una «temible equivocación» la propuesta que le hizo un comunista de enviar información confidencial a la Unión Soviética. Pero no comunicó el incidente al Gobierno hasta varios meses después.

Quinta. Se opuso con insistencia a la fabricación de la bomba de hidrógeno. El pliego de cargos descargó una tormenta de protestas en la Prensa izquierdista internacional. Se presentó a Oppenheimer como un sabio aislado y distraído, que tuvo malas compañías sin saberlo. En este mismo sentido iba orientada la autodefensa que el propio Oppenheimer escribió. Pero las investigaciones e interrogatorios posteriores han puesto las cosas de tal manera que la Prensa internacional comienza a dar marcha atrás. Ya no se dice que Oppenheimer es una víctima de «los cazadores de brujas», es decir, de McCarthy y su Comisión de investigación. Incluso se destaca que no fué el senador por Wisconsin quien le denunció. La cuestión es quitarle triunfos al combativo Joe.

EL PRIMER VEREDICTO

El 28 de mayo la Comisión de Seguridad de la Oficina de Energía Atómica norteamericana dictaba veredicto por dos votos contra uno. He aquí, en esencia, su contenido.

«El doctor Oppenheimer es un ciudadano leal. Ninguna prueba de actividades subversivas o de inteligencia con el enemigo ha sido aportada contra él. Sin embargo, su conducta y sus amistades persistentes demuestran un

gran desprecio contra las exigencias del sistema de seguridad. Se ha mostrado influenciado, y este hecho podría haber tenido graves consecuencias. Su actitud frente a los proyectos de la bomba «H» ha sido dudosa y hace pensar que quizá su participación en los futuros programas del Gobierno respecto a la defensa nacional no sería compatible con la seguridad.»

Firmaban el veredicto Gordon Gray y Thomas Morgan. El tercer miembro de la Comisión investigadora mantuvo que Oppenheimer era un ingenuo y no podía ser acusado de nada.

De allí salió el sabio malparado. Quedaban justificadas las anteriores medidas de precaución. Durante las sesiones de la encuesta se pudo acusar a Oppenheimer de haber montado un tinglado de mentiras, sin que él tuviera algo que oponer a tan grave afirmación. Sus abogados apelaron ante la Comisión de Energía Atómica. Pero un segundo veredicto confirmó en esencia el anterior por cuatro votos a favor y uno en contra.

LA DANZA DE LAS CONTRADICCIONES

Son 992 páginas a máquina lo que ocupa la reseña taquigráfica de los interrogatorios. Ante las implacables preguntas de Roger Robb, Oppenheimer se contradujo y dejó todos sus puntos débiles al descubierto. Su mayor descencierito se mostró al ser interrogado en torno a sus relaciones con el espía Haakon Maurice Chevalier. He aquí literalmente lo que allí se dijo:

ROBB.—Díganos exactamente cuanto ocurrió.

OPPENHEIMER.—Un día, durante el invierno de 1942-43, Haakon Chevalier vino a mi casa. Creo que para cenar o para beber algo. A las 10 me dijo que había visto recientemente a George Eltenton, un sabio formado en la U. R. S. S. Eltenton, según Chevalier, sabía cómo enviar informaciones técnicas a los sabios rusos. Chevalier no pasó de ahí. Yo le contesté: «Eso es una traición.» Quizá no fuera eso exactamente, sino otra frase parecida, como «es una cosa terrible». Chevalier estaba totalmente de acuerdo conmigo. Y el asunto terminó. Fue una conversación muy breve.

ROBB.—¿Le dijo usted la verdad sobre este asunto al agente del F. B. I. Pash?

OPPENHEIMER.—No.

ROBB.—¿Le mintió usted?

OPPENHEIMER.—Sí.

ROBB.—¿Qué le dijo usted a Pash que no fuera cierto?

OPPENHEIMER.—Que Eltenton había intentado acercarse a tres miembros del laboratorio de Los Alamos por medio de intermediarios.

ROBB.—Para poner este asunto en claro, ¿le reveló usted a Pash la identidad de Chevalier?

OPPENHEIMER.—No.

ROBB.—Llamemos a Chevalier de momento Mr. X. ¿Declaró us-



El profesor Einstein con el doctor Oppenheimer

ted que Mr. X tomó contacto con tres personas?

OPPENHEIMER.—Sí.

ROBB.—¿Por qué hizo usted eso?

OPPENHEIMER.—Porque yo era un idiota.

ROBB.—¿Es ésta su única explicación?

OPPENHEIMER.—Me repugnaba nombrar a Chevalier y a mí mismo.

El interrogatorio continuó en el mismo tono. Hasta que Robb concluyó:

ROBB.—¿No es exacto, doctor Oppenheimer, que, según su propio testimonio, usted ha narrado a Pash un tejido de mentiras?

OPPENHEIMER.—Exacto.

OTRA INEXACTITUD MAS

Cuando se trató de la oposición a la bomba «H», Oppenheimer trató de defenderse. Pero tampoco pudo hacerlo con brillantez. Oppenheimer afirmó que la Comisión general consultiva se había expresado unánimemente en contra. En la Comisión había nueve miembros. De ellos, ocho se hallaban presentes. El otro, el doctor Seaborg, estaba de viaje en Suecia. Robb preguntó a Oppenheimer si se había consultado por carta a Seaborg. Oppenheimer insistió en que no. Entonces Robb puso de manifiesto otra inexactitud más en las declaraciones del sabio.

ROBB.—Ha testificado usted que no conocía el 29 de octubre la opinión del doctor Seaborg. Pero aquí hay una carta fechada el 14 del mismo, firmada por Glenn Seaborg. ¿La recibió usted antes de la sesión del 29 de octubre de 1949?

OPPENHEIMER.—Antes de verla yo quiero declarar que no lo recuerdo.

ROBB.—Veamos, doctor. ¿Usted ha declarado esta mañana que el doctor Seaborg no había dado respuesta antes de la sesión del 29 de octubre?

OPPENHEIMER.—Exacto. Era lo que yo creía.

ROBB.—¿Era aquello verdad?

OPPENHEIMER.—No.

El doctor Seaborg en aquella carta se pronunciaba decididamente a favor del programa de fabricación de armas termonucleares.

Luego declararon dos científicos: el doctor Alvarez, que había contribuido a la fabricación del detonador de la bomba atómica, y el doctor Teller, el físico que llevó a término la bomba «H». Ambos declararon en contra. Sobre todo, las afirmaciones de Teller fueron de una dureza extraordinaria.

ROBB.—¿Cree usted que el doctor Oppenheimer puede ser un riesgo para la seguridad?

TELLER.—En gran número de casos he visto actuar al doctor Oppenheimer, y sus actos me resultaron difíciles de comprender. Yo estaba en profundo desacuerdo con él en numerosos problemas, y su conducta me pareció francamente confusa. En este sentido, precisamente, yo desearía ver los intereses vitales de este país en manos de personas que pudieran ser comprendidas más fácilmente y en las cuales pudiera tener mayor confianza.

Luego, el general Roscoe afirmó que Oppenheimer se había opuesto a la fabricación de un detector capaz de registrar las explosiones atómicas rusas.

UN TESTIGO A FAVOR QUE SE CONVINCE DE LO CONTRARIO

La defensa aportó numerosos testigos. Su misión se redujo a afirmar que creían en la lealtad de Robert Oppenheimer. Sin em-

LEA Y VEA

TODOS LOS SABADOS

“EL ESPAÑOL”

bargo, el testimonio más destacado fué el de John Mc Cloy, presidente del Comité directivo del Chase National Bank y secretario de Guerra adjunto de 1941 a 1945. El afirmó que creía en la lealtad de Oppenheimer. Pero el abogado Robb le presentó el asunto de otra manera.

ROBB.—¿Ha llegado a su conocimiento, señor Mc Cloy, que hay en su Banca un empleado que durante bastante tiempo ha tenido relaciones amistosas y hasta íntimas con ladrones?

MC CLOY.—No. No sé nada...

ROBB.—Suponga que el director de una de sus sucursales tiene un amigo que va a visitarle un día y le dice: «Yo tengo amigos que sueñan con venir a nuestro Banco para robarlo. Me gustaría discutir con usted la posibilidad de dejar abierta la puerta blindada para que puedan llevar a cabo su proyecto», y que el director haya rechazado esta sugerencia. ¿Esperaría usted de su empleado que le narrara el incidente?

MC CLOY.—Sí.

ROBB.—Si no le diera cuenta del caso, ¿se inquietaría usted?

MC CLOY.—Sí.

Las preguntas continúan con la misma hipótesis como caso. Robb apura el argumento.

ROBB.—Supongamos que a usted se lo cuenta; pero, escudándose en su amistad, oculta el nombre de la persona. ¿Trataría usted de averiguarlo?

MC CLOY.—Defendiendo el interés y la seguridad del Banco, yo insistiría, sin duda.

ROBB.—Supongamos que años más tarde el director de su sucursal le dijera que todo había sido una serie de inventos. ¿Trataría usted de averiguar por qué los hizo?

MC CLOY.—Sí.

Por este camino, siempre hablando de un caso ficticio, mister Mc Cloy se vió obligado a reconocer que había razones para dudar de Oppenheimer. Un director de Banco, públicamente, no podía hablar de otra manera.

EL VEREDICTO DEFINITIVO

«El trato con personas que el doctor Oppenheimer sabía que eran comunistas ha sido llevado por él demasiado lejos, sobre todo, si se considera que es un hombre al cual se han confiado desde 1942 funciones de la más alta importancia.»

Por razón de esta relaciones, y no por su oposición a la fabricación de la bomba «H», Oppenheimer ha sido definitivamente separado de sus cargos de confianza. Su caso es muy parecido al de Alger Hiss y al de tantos otros intelectuales brillantes que prefirieron ser compañeros de viaje del comunismo. Todos ellos, con sorprendente coincidencia, ayudaron a los rojos españoles. Todos ellos también han puesto en peligro la seguridad de su país.

Son hechos demasiado claros para que haga falta acompañarlos de comentarios.



SE PREMIA A LOS QUE PONEN EL ALMA EN SU TRABAJO

CUALQUIER oficio, desde el más sencillo hasta el más complicado, puede convertirse en un arte, puede alcanzar categoría artística. Basta «poner alma», algo de espíritu en la tarea para dignificar la más modesta labor. Para elevarla de la simple condición de quehacer manual a la categoría más elevada de la artesanía.

Para estímulo de los dos grandes sectores del mundo laboral —empresarios y obreros— existen en España, desde hace años, dos recompensas: el título de Empresa Modelo y el de Trabajador Ejemplar. Ambos premian, sobre todo, la perseverancia, la moralidad laboral, la buena conducta en el trabajo. Quedaba todavía, como objeto especial de premio, la virtud especialista, la perfección, destreza o maestría, en cada oficio, en cada especialidad. Para recompensar este singular arte, ha creado la Organización Sindical los premios provinciales y nacionales de «Destreza en el Oficio», cuya segunda convocatoria corresponde a estos días de julio de 1954.

PRIMERO HAY QUE GANAR EN LA PROVINCIA

La convocatoria de los premios de «Destreza en el Oficio» forma un círculo inverso al de la piedra lanzada en el estanque. Conmueve, primero todos los talleres e industrias de las especialidades incluidas en la competición en todas las provincias españolas. Hay, por ejemplo, unos mineros asturianos, unos queseros montañeses, unos zapateros alicantinos, unos catadores de vino andaluces, que al saber que este año darían un premio al mejor en su oficio, han empezado a hacer sus cuentas. Y sus cálculos.

—Oye, tú, ¿por qué no formamos pareja otra vez y vamos por el premio de albañiles? El año pasado tuvimos mala suerte; pero así y todo, le «andamos» cerca.

Y así, porque el año anterior se anduvo cerca del triunfo, porque un compañero anima, o por demostrar una pericia que e

sólo conocen en un rincón de España, o por el placer de competir, o por tantas y tantas razones, se inscriben los especialistas en la competición. ¿Requisitos? Ser mayor de veintinueve años y acreditar documentalmente la categoría laboral. Nada más. Bueno, nada más para empezar. Que, por lo pronto, hay que ganar en la provincia. Hay que competir con los demás inscritos, del mismo oficio, en un torneo provincial. Y aquí empieza la lucha. Y aquí empieza a cerrarse el círculo, a formarse el embudo por cuya parte más estrecha saldrá, al final, el campeón nacional de la especialidad.

LA CANTIDAD SOLA NO BASTA: EL PAVO VENCE AL BUEY

La lista de los oficios convocados a los premios de destreza se ordena de acuerdo con su agrupación en los Sindicatos. De tal modo, que cada Sindicato organiza la competición de la especialidad designada que le corresponde. Por ejemplo, este año la lista comprende dieciséis Sindicatos y dieciocho especialidades, porque dos Sindicatos han convocado por partida doble. Uno, a queseros y matarifes. Otro, a tractoristas y leñadores.

En todas las pruebas se atiende, en general, para calificar a dos extremos: la calidad y el tiempo. O lo que es igual: la perfección y la rapidez. Ambas, computadas por Jurados, en los que forman industriales y especialistas del ramo, son decisivas.

Como ejemplo, he aquí la estampa del concurso provincial de destreza entre los cocineros de Barcelona, que no resulta mala muestra de cuánto hay que «afinar» para vencer en la fase primera, en el ámbito de la provincia.

La competición culinaria, celebrada en «La Rosaleda», alcanzó su punto de máxima espectacularidad con el aliño y guiso, al estilo del siglo XII, de un buey de 331 kilos, asado a la vista del público, relleno con dos



LOS CONCURSOS DE "DESTREZA EN EL OFICIO", CAMPEONATOS DE PERICIA PROFESIONAL

corderos, dos lechones, dos patos, seis pavipollos y seis pichones. Para realizar este trabajo de Hércules del arte culinario fué necesario montar un asador con un «hast» de más de cinco metros de largo, rematado por dos ruedas de metro y medio de diámetro. Durante las tres horas que duró la operación del asado, dos parejas de pinches movieron las ruedas, dando lentas vueltas al buey sobre un estanque en el que se habían derretido 7 kilos de manteca de cerdo. Se consumieron cerca de siete toneladas de leña de olivo. Y, ¿para qué seguir enumerando cifras? Los mil y pico de invitados al asado que preparó Ramón Tarragó—que éste es el nombre del extraordinario cocinero—pueden testificar, por su parte, la calidad, la exquisitez del guiso. No se trataba, pues, solamente de cantidad. Pero...

El «pero» lo puso su contrincante, César Bello Calvo, con un plato más reducido: con un pavo relleno de múltiples comestibles, que, por su presentación y por la calidad inmejorable de su condimento, ganó para su «autor» el premio de campeón provincial.

LA FILOSOFIA DE LOS ZAPATEROS

En la criba de las competiciones provinciales entran muchos. Y de ella salen muy pocos. Este año, las cifras totales, las que suman todos los competidores, han sido 3.530 inscritos en la fase provincial. De ellos, han triunfado únicamente 368, que, en concepto de campeones de su especialidad en su provincia, llegan a la prueba nacional.

Aquí están—y vayan como ejemplo—, los zapateros montadores. En provincias compitieron 125. A Madrid, a la prueba final, han llegado 11. Exactamente los mismos que el año anterior. Son los representantes de otras tantas provincias: Madrid, Alicante, Zaragoza, Sevilla, Málaga, La Coruña, Guipúzcoa, Vizcaya, Navarra, Badajoz y Santander. Su prueba es doble: primero, la confección de un par de zapatos de señora escotados, de tipo clásico, en taflete color coñac, cosidos a cordón, con tacón de siete centímetros con arista en la parte central; segundo, la confección de otro par, de forma y modelo de libre elección.

—Estamos aquí—explica Diego Gómez, que venció en Málaga a cinco competidores—desde las diez de la mañana hasta las dos de la tarde. Un descanso para comer, y luego, otra vez, desde las cuatro hasta las nueve.

—Tenemos que realizar en cada par de zapatos—interviene Justo Lázaro, de Bilbao, en el oficio desde los catorce años—el arreglo de los materiales y el tacón, preparar, como si dijéramos, los cimientos; y luego, el montaje y el encedado, o sea, acoplar el corte a la suela; después, la imposición de pisos y el cosido, y, por último, la terminación y el lujado.

Algunos de los que acuden a estas competiciones tienen ya un nombre en el oficio. Son conocidos. Se han creado una fama. En ésta, los «cuatro grandes» son Bilbao, Madrid—Avelino Amores, con treinta y ocho años de experiencia, el más veterano—, Sevilla—Juan Aranda Gómez—y Navarra, que recuerde.

—El año pasado llegué también a la final nacional. Quedé en cuarto lugar, después de un fallo justo. Porque los tres primeros eran mejores. Eran tres artistas, ¿sabe? Este año no sé



Todos los oficios compiten en los concursos de destreza que convoca la Organización Sindical para estímulo de los trabajadores. Ofrecemos en estas fotografías aspectos del desarrollo de las pruebas de albañilería, peluquería artística y matarifes

cómo irán las cosas. Mi especialidad son los zapatos de caballero, y en esta prueba, primera, ya lo ve, empezamos con zapatos de señora.

Tiene treinta años de oficio. Cuarenta de edad. Se llama José Pérez Mañeru.

El benjamín del grupo es el campeón provincial de La Coruña: un mocetón de pelo claro, Francisco Brao, veinticuatro años y seis de zapatero.

—Están muy bien estos concursos. Los jóvenes aprendemos

mucho aquí, en contacto con los que tienen más experiencia.

Y, por último, Valentín Calvo, un veterano que es aquí «Santander», encuentra, quizá sin buscarla, la regla maestra de la filosofía del oficio:

—Es cuestión de pulso y vista.

Regla que muy bien puede aplicarse a casi todas las profesiones. E incluso, a la vida toda, que el pulso es el ímpetu, y la vista, la medida. Y todo es



Un camión inteligentemente conducido salva los obstáculos de la prueba

cuestión de conjugar la fuerza y la distancia.

AL AIRE LIBRE: ALBAÑILES, CONDUCTORES, BRIGADAS DE SALVAMENTO, TRACTORISTAS Y LEÑADORES

Ser albañil, un buen albañil se entiende, no es asunto fácil. Hay que tener exactitud en la colocación, tino en la confección de la mezcla y velocidad en la concepción de la obra. Poner un ladrillo encima de otro es sencillo. Ponerlos con gracia es facultad reservada sólo a los vencedores. Veintiséis cuadrillas han participado en la sección de albañilería. Un arranque de arco, con sección en ala de gaviota, es el trabajo señalado. Ni una conversación ni un cigarro liado interrumpen el oficio. Y así son proclamados vencedores Antonio Morla Ausina, oficial, y Julio Rodríguez Moreno, ayudante, de la cuadrilla de Valencia.

—Qué dirán en la obra cuando se enteren...

«La obra» es la suya, aquella en la que trabajan ahora, aquella a la que volverán con el diploma del premio en la mano.

El conductor, ya sea de camiones, autobuses o taxis, tiene tres enemigos principales: el peatón, su propio vehículo y los coches que conducen los demás. Ha de estar atento al fallo de alguno de estos elementos, poseer una especie de sexto sentido que le avise en los momentos de peligro y conocer como si fuese una parte misma de su cuerpo el coche que conduce.

Conducir un camión de diez toneladas por encima de unos rodillos de madera no es cosa fácil ni la logran con seguridad todos los conductores. Pasar por entre unos bolos de madera colocados en el suelo a escásima distancia de las ruedas, tampoco es coser y cantar. Ni lo es obedecer, en el acto, las señales de un guardia de la circulación que no deja adivinar sus intenciones. Por ello, de los cincuenta parti-

cipantes en la «gimkana» celebrada en el paseo de coches del Retiro, el fallo del Jurado se decide pronto por Mariano Martínez, taxista, proclamado campeón nacional, y Federico Madríguez y Manuel Llamas, como conductores de camiones y autocares. Cuestión, como los zapatos, de vista y pulso.

La mina es uno de los lugares que, a veces, cobra un tributo crecido a los hombres. No se puede perder un momento cuando allá abajo, en las entrañas oscuras de la tierra, esperan angustiados, enterrados tras unas galerías desplomadas, unos cuantos mineros. El grisú ha explotado, y la operación de salvamento ha de ser rápida. El equipo dispuesto. Cinco hombres componen el equipo. Trajes incombustibles, casco protector, careta antigás, botas ligeras y resistentes. En el paseo de la Chopera del Retiro madrileño se ha instalado una especie de mina siniestrada. Los obstáculos son salvados con decisión. Si hay que «mampostiar», se hace. Si hay que descender por pozos, se desciende. Al final, un hombre es salvado. Y una patrulla vence a las demás: la brigada hullera de Sabero, que respira entrecortada por el esfuerzo.

Los tractoristas son los conductores del campo. No es lo mismo correr por asfaltada carretera que sortear piedras, trepar por lomas, trazar surcos o roturar barbechos. Para esto se precisa una técnica singular.

Todas las provincias de España agrupadas en diez regiones, han presentado equipos de tractoristas.

Los oficios campesinos tienen, en estas competiciones, otro puesto: el que corresponde a los leñadores. También tendremos, al fin de las pruebas, un «número uno» en esta especialidad al aire libre.

LOS CONTRASTES: DE LA CARNE AL PELO, DEL PAN AL DULCE, DEL METAL A LA MADERA, DEL VINO AL MODELO

Es lástima grande no poder describir con detalle todas las pruebas, todos los tipos. La galería de estampas resultaría, por igual, variada y aleccionadora. Variada, como las figuras cambiantes de un caleidoscopio. Aleccionadora, como resulta aleccionadora, de lo que debe imitarse y lo que debe ser rechazado, la vida. Aunque aquí conste claramente nada hay que merezca repulsa alguna. Ni nada que resulte repulsivo. Ni siquiera la competición de los matarifes en el Matadero Municipal.

Esta, desde luego, requiere en el espectador una condición previa: no acudir con el ánimo reblandecido por la sensiblería. ¡Ah! Y tener eso que llaman por ahí «estómago». Pero sin exagerar ninguno de estos dos requisitos, que no es necesario revestirse de una capa de indiferencia marmórea, ni dejar las entrañas en casa. Al cuadro som-

Pulso y vista son las condiciones fundamentales para el oficio de zapatero

brío de la sangre, las vísceras blandas y revueltas, la carne desollada, se superpone pronto la visión de la agilidad deportiva de los matarifes, de las incisiones exactas con que preparan el despiece de la res, de las manipulaciones limpias con las que vacían el cuerpo abierto en canal, de los potentes y precisos tajos con que lo parten, por necesidad, en dos. Todo con velocidad de cirujanos: de los quince minutos establecidos para cada res, a casi todos les sobran cinco. Y uno, que actúa fuera de concurso, tiene suficiente con ocho. Vence, entre dieciséis el candidato de Madrid, Manuel Iglesias Rivillo.

Tras el plato fuerte del Matadero, de la carne al pelo, el ambiente luminoso y perfumado: un salón de peluquería de señoras. Tras las manos firmes del matarife, las manos suaves del peluquero. Después de la limitación de un cuerpo muerto, toda la fantasía, toda la imaginación que puede coronar una cabeza femenina, toda la escultura efímera que puede fabricarse —¡quién lo dijera!— con una mata de cabellos rubios, negros o castaños. Y hasta de otros colores no naturales. Y hasta cast sin pelo, que sigue la moda del pelo corto. Uno de los «figaros» lanza la fórmula:

—El secreto es adivinar, a la primera ojeada, qué peinado corresponde a cada cabeza, según sus características.

Como oficios análogos aparecen en la competición dos especialidades: talla, en madera, y ajustadores, en metal. Trabajar con sentido de lo preciso, de lo exacto y de lo armónico son las características comunes.

Grato oficio para muchos sería, a primera vista, este de catadores de vino. Pero muy pocos servirían. Nada más lejos de un catador de vino que un bebedor. El catador apenas prueba desde la punta de la lengua. Y exactamente dictamina: tantos grados, tal viña, tal año.

Y del vino, tras otro giro caleidoscópico, a los modelos de alta costura. Casi podríamos decir, que de los hombres pasamos a las mujeres. Que el concurso cambia de sexo.

Como final quedan los cableadores de cuadros eléctricos y los linotipistas. Dos especialidades técnicas que exigen mucha práctica y mucha destreza. Rapidez de manos y visión de conjunto.

MIL DUROS, LA FAMA Y EL HONOR

Los premios «Destreza en el Oficio» están dotados con 2.000 pesetas, para la categoría de campeón provincial, y 5.000 pesetas, para los vencedores absolutos, para los triunfadores nacionales. A esta recompensa económica van unidas dos satisfacciones morales: un diploma, certificado de la maestría profesional, pasaporte hacia la fama en la especialidad—«Desde X. X. (pongan aquí el nombre de cualquiera de estos campeones) no habíamos tenido un tallista tan fino»—y el honor de recibir el diploma y el premio de manos del Jefe del Estado el 18 de Julio, el día en que España festeja la Exaltación del Trabajo.

D. J.





Aquí pasó FRANCO EL 17 DE JULIO DE 1936

Fachada del hotel Madrid, de Las Palmas, a la plazuela de Cairasco. El balcón entreabierto situado detrás de la palmera segunda de la izquierda corresponde a la habitación que ocupaba el Capitán General de Canarias, Francisco Franco Bahamonde

EN EL HOTEL MADRID DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA, SE ALOJO EL CAPITAN GENERAL DE CANARIAS LA VISPERA DEL ALZAMIENTO

VEINTICUATRO HORAS TENSAS Y VIGILANTES

El Hotel Madrid, en Las Palmas de Gran Canaria, situado en la plazuela de Cairasco, fué el mundo testigo de la estancia del Generalísimo Franco, durante las veinticuatro horas anteriores al viaje que de Las Palmas a Tetuán hizo el Caudillo para tomar el mando de las fuerzas de Marruecos.

El Hotel Madrid, de esta manera, tiene la categoría de monumento presente en la Historia de España en estos dieciocho últimos años.

La plazuela de Cairasco es un lugar dulcemente provinciano, donde, al caer la tarde, al toque de ánimas, desciende de las vecinas torres catedralicias con incommovible puntualidad diaria como una sensorial llamada a la

eternidad. En el centro, sobre alto pedestal, el precoz canónigo Cairasco, amigo y corresponsal de Lope de Vega, contempla impasible el paso de las décadas, con un gesto de sabiduría perpetua, libre de las contingencias del vivir.

El aire claro del espacio y las esbeltas palmeras que contornean la plazoleta pudieran hacernos creer que nos hallamos en Cádiz o en Sevilla, en los tiempos de Fernán Caballero o del padre Coloma, si no fuera por las manifestaciones técnicas del mundo de hoy, automóviles, cables eléctricos, iluminación nocturna... Por otra parte, el paisaje de Canarias, específico y rotundo, se ad-

vierte en las laderas próximas, llenas de platanares, que hacen tan inconfundible la latitud como inconfundible sería para un viajero extraño llegar a una masa flotante de hielo y averiguar que estaba en las inmediaciones del Polo Norte.

Este es el lugar donde Francisco Franco, cuando era Capitán General de Canarias, pasó veinticuatro horas tensas y vigilantes, en las que se estaba decidiendo el destino de su Patria.

SIETE HOJAS DE INSCRIPCION

En 1936, el Hotel Madrid Moderno era propiedad de don Vi-



Habitación que ocupaba Franco la víspera del 18 de Julio de 1936. A la derecha, fotografía de la galería donde da la puerta de dicha habitación

Hotel "Madrid Moderno"

A cargo de
Vicente Moreno Pérez

Nombre del huésped, nombre y apellidos: *Francisco Franco*

Dirección del hotel, número y calle: *Las Palmas de Gran Canaria*

PARTE DE ENTRADA

DATOS DEL VIAJERO

Apellidos: *Francisco*

Nombre: *Francisco*

Edad: *43 años*

Estado: *casado*

Oficio: *Militar*

Pueblo de naturaleza: *Ferrol*

Provincia: *La Coruña*

Nación: *España*

De dónde viene: *Tenerife*

A dónde se dirige: *Las Palmas*

Pasaporte: *43, 62*

Fecha de expedición del pasaporte: *17 de Julio de 1936*

Localidad donde existieron el pasaporte: *Las Palmas*

Alcance la habitación número: *18*

Fecha de entrada: *17 de Julio de 1936*

EL VIAJERO

Francisco

El dueño o encargado

Hoja de inscripción correspondiente al General Franco, que se conserva en el hotel Madrid

cente Moreno Pérez, hoy fallecido, y estaba considerado como uno de los mejores de Las Palmas. Sencillo y recatado, parecía, en otro aspecto, una gran casa particular, con su familiar servi-

dumbre, despojada de ese aire impersonal y maquinal de los enormes hoteles de las grandes poblaciones.

Había huéspedes dedicados a diferentes actividades: industriales, funcionarios, comerciantes, etcétera. El mismo general Orgaz, desterrado por el Gobierno republicano, residía en el hotel, y allí también se alojaba el delegado de Hacienda con destino en la provincia.

Cada huésped llevaba su vida normal y todo transcurría en aparente tranquilidad.

Mas el día 17 de julio, como prueban las inscripciones reglamentarias, se alojó en el Hotel Madrid Moderno el Capitán General de las Canarias, Francisco Franco Bahamonde.

A las nueve y media de la mañana de aquella fecha entran en el Hotel Madrid varias personas y el encargado de recibir a los huéspedes facilita las hojas de inscripción.

Siete hojas, que dicen así. Francisco Franco-Salgado Arāju. Edad, cuarenta y cinco años; soltero; militar; naturaleza, Ferrol; procedente de Santa Cruz de Tenerife y con destino a la misma. Pasaporte número 43, 62.

Lorenzo Martínez Fused; edad, treinta y seis años; casado; militar; naturaleza, Ubeda; procedente de Tenerife y con destino a la misma; ocupa la habitación número 18.

Francisco Espejo Aguilera. Edad, cuarenta y seis; casado; militar; naturaleza, Montilla; ocupa la habitación número 13.

Alvaro Martín Bencomo. Edad, veintinueve; soltero; militar; naturaleza, Tenerife; ocupa la habitación número 14.

José Gil de León. Edad, treinta y dos; soltero; naturaleza, Ma-

drid; ocupa la habitación número 16.

Manuel Lojendio Clavijo. Edad, veintinueve; casado; militar; naturaleza, Tenerife; ocupa la habitación número 14.

Los cuatro últimos proceden de Tenerife y se dirigen a la misma.

LA SEPTIMA, PARA EL CAPITAN GENERAL

La séptima hoja corresponde al Capitán General de la región. Está fechada, igual que las anteriores, en 17 de julio de 1936. Y sus datos son:

Apellidos: Franco Bahamonde.

Nombre: Francisco.

Edad: Cuarenta y tres.

Estado: Casado.

Oficio: Militar.

Pueblo de naturaleza: Ferrol.

Provincia (en blanco)

Nación: España.

De dónde viene: Tenerife.

A dónde se dirige: Idem

Los demás datos figuran en blanco, excepto que ocupa la habitación número 10 y 11-26. Al lado del nombre aparecen las palabras «familia y ayudantes».

La hoja está firmada, por orden, con firma ilegible.

Nada más llegar, el Capitán General de Canarias se retiró a descansar a su habitación.

EL MISMO MOBILIARIO EN LA HABITACION

La habitación que ocupó el Capitán General de las Canarias ha sufrido, a lo largo del tiempo, algunas modificaciones, impuestas principalmente por la serie de reformas de albañilería que ha sido necesario hacer.

Sin embargo conserva todavía el mismo mobiliario usado en la vispera del 18 de Julio de 1936. El mobiliario se compone de una espaciosa cama, una mesilla de noche, unas mesas para lámparas y un centro, cómoda y sillas de estilo isabelino.

Desde el balcón puede verse toda la plazuela de Cairasco, con sus palmeras de estilo sevillano, y puede, asimismo, observarse las idas y venidas de los habitantes o el pasear de las gentes.

Desde este balcón, pues, el Generalísimo, con la emoción tensa y la mirada impaciente, contemplaría, en algunos instantes, el cielo de Canarias.

CUANDO FRANCO IBA A LAS PALMAS SE HOSPEDABA EN EL HOTEL MADRID

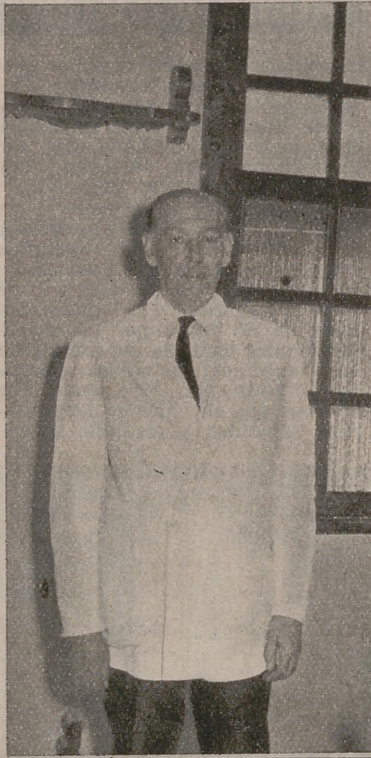
Desde la estancia del Caudillo en 1936 hasta el año 1954, el Hotel Madrid Moderno ha cambiado de dueño. Hoy lo son don Juan de Armas Medina, que conserva las hojas de inscripción como una rara reliquia, y don José Enriquez Arencibia. Los dos juntos forman una Sociedad.

De la antigua servidumbre sólo quedan el camarero Eulogio Cabrera Martínez, y el conserje, Bernabé Fabelo. Ambos son testigos auténticos y vivientes de cuanto ocurrió en aquel día.

Eulogio Cabrero anda alrededor de los sesenta, y es un espíritu abierto y sencillo. En julio de 1936 prestaba sus servicios en el Hotel Madrid como mozo de comedor. Tiene buena memoria, y par-



Bernabé Fabelo Medina, conserje del hotel, que transmitía cartas del huésped, general Orgaz. Continúa en el mismo puesto



El camarero Eulogio Cabrero Martínez, que atendió en el hotel Madrid a Franco y a su familia la vispera del 18 de Julio

ticularmente la jornada del 17 de julio la recuerda como cosa presente y tangible.

Eulogio Cabrero habla del recato, austeridad y modestia del entonces Capitán General, que se unían a la amable condescendencia y sencillez de su trato.

—Siempre que el General venía a Las Palmas se hospedaba en el Hotel, dice Eulogio.

Y a continuación añade:

—El día 17 de julio, después de permanecer algún tiempo en la habitación tras la llegada, el General Franco bajó al comedor, tomó el desayuno sin ninguna compañía, y salió: No le volví a ver hasta el mediodía, cuando pasó el cortejo fúnebre del entonces Gobernador Militar de la provincia, general Balmes. A la hora del almuerzo, el Generalísimo regresó al hotel y comió en el comedor en compañía de su esposa e hija.

En el mismo salón se encontraba el general Orgaz. Sin embargo, ningún observador podría darse cuenta de que las relaciones entre ambos generales eran mucho más íntimas de lo que a primera vista se podría deducir. Los saludos corteses eran la única muestra de conocimiento entre ambos.

De lo que por la tarde hizo el Generalísimo, apenas sabe nada Eulogio Cabrero. Sin embargo, se sabe que el Caudillo permaneció largo rato en la plazuela de Cairasco, dando cortos paseos, como quien espera o tiene cierta impaciencia. Cabrero cree que al atardecer daría, como acostumbraba, algún paseo con sus ayudantes.

Lo que sí recuerda el camarero es que hacia las ocho y media de la tarde el General Franco se sentó en la terraza del hotel, en el centro mismo de la plazuela, al pie del monumento al canónigo Cairasco, con su esposa e hijos.

Entonces se presentaron dos guardias de asalto y se acercaron a él para ofrecérsele a sus órdenes, ya que el Capitán General vestía uniforme militar. Les agradeció el ofrecimiento y les mandó retirarse. Al poco tiempo, el Generalísimo y su familia pasaron a cenar al comedor y luego se retiraron a sus habitaciones.

LAS CARTAS DEL GENERAL ORGAZ

Bernabé Fabelo Medina es el conserje del hotel y otro de los testigos de aquella jornada. Por su puesto de servicio vivió menos de cerca el ambiente de aquellas horas tensas. El general Orgaz tenía cierta confianza en él y le recomendaba hacer llegar algunas cartas a determinados jefes del Ejército, cartas cuyo contenido ignoraba Bernabé.

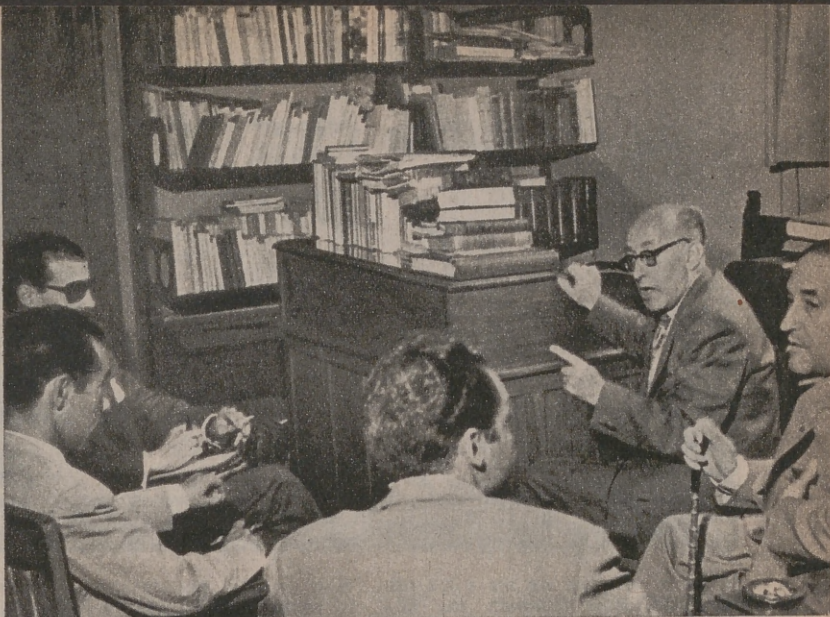
—Sin embargo—nos dice Bernabé—, es de suponer que tendrían muy estrecha relación con los hechos que luego se iban a desarrollar.

Estas son, pues, las dos personas de la servidumbre del hotel que conocieron de cerca aquel día.

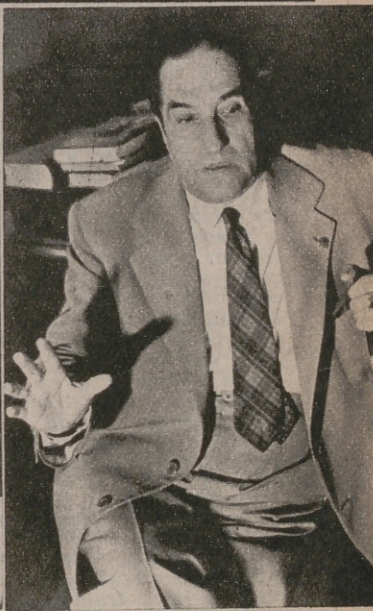
Hoy, después de varios años, el recuerdo del día 17 de julio de 1936 está presente en ellos como si estuvieran viviendo los acontecimientos. Unos acontecimientos que dieron nuevamente rumbo de la Historia de España.

Paulino G. POSADA

(Fotos Ascanio.)



"MANO A MANO" LITERARIO



Federico Carlos Sáinz de Robles y Tomás Borrás (dos hombres que han dado mucho que trabajar a las imprentas) acaban de publicar, en colaboración, un "Diccionario de sabiduría"

Hacemos mesa redonda en un despacho de la Hemeroteca Municipal con Federico Carlos Sáinz de Robles y Tomás Borrás, los dos personajes de esta entrevista en rueda dividida en dos actos.

Nada más puesto al churriguerismo de la portada, a la solemnidad del edificio, que la sencillez de estos dos hombres, de Sáinz de Robles, del que se ha dicho con donaire que tiene nombre de emperador y apellido de elector; de Borrás, que sorprende agradablemente al que no le conoce con su apariencia joven, con su aire elegante, con ciertos perfiles de dandysmo literario de buena estirpe...

Los dos entran en el primer

acto de la entrevista como autores al alimón de una obra extensa e importante: un «Diccionario de sabiduría», fruto de un trabajo inteligente de ordenación del pensamiento universal, del saber de todos los tiempos y todos los países, realizado en un cordial «mano a mano», sin número uno y sin «yo, el mejor». Tomás Borrás ocupa solo el segundo acto como autor de «Contra la anti-España» y «Algo de la espina y algo de la flor».

Sáinz de Robles y Borrás son dos ejemplos magníficos de esa añeja verdad que coloca la juventud en el espíritu, en la ilusión, en el afán inagotable del ahacer mejor que en



Tres actitudes de Federico Carlos Sáinz de Robles durante la entrevista que publicamos en estas páginas

la cifra relativa de los años, de la edad. Son también los dos hombres y nombres que han dado mucho que trabajar a las imprentas. Federico ha cuajado las estampas de las ciudades, de la Historia, de la Geografía y ha cultivado con fortuna todos los géneros literarios. Para la cuenta de su fecundidad literaria, el «Diccionario de sabiduría» hace su libro número 51 en sus cincuenta y cuatro años. Tomás, por su parte, tiene un apellido de larga ejecutoria en las letras españolas, por las que ha levantado el perfil bellísimo de sus cuentos, de sus narraciones, de sus versos. Tiene publicadas siete novelas, catorce colecciones de cuentos y novelas cortas, dos volúmenes de versos y cuatro o cinco libros de temas diversos. Además, los dos, Sáinz de Robles y Borrás, se asoman diariamente a las columnas de los periódicos y dan testimonio de su interés y su atención hacia el hecho notable de cada jornada, hacia el problema de cada momento, hacia los valores españoles de siempre.

ACTO PRIMERO. ¡ARRIBA EL TELÓN!

CAMPANY.—¿Ha habido algún motivo especial o concreto que les haya traído la idea de hacer el diccionario?

BORRAS.—Sí. Hay una causa: la de que todos los diccionarios de sabiduría—los verdaderos diccionarios de sabiduría, no las colecciones de frases o de pensamientos más o menos amplios—daban de lado a casi todos los pensadores y escritores españoles. Sobre todo los diccionarios anglosajones recogen tan poco de pensadores y escritores españoles que se ofrece en ellos una visión ridícula de lo que España ha sido y ha representado en el pensamiento y en las letras universales.

S. DE ROBLES.—Y también, seamos sinceros, porque teníamos editor para el diccionario y, haciéndolo, nos ganábamos unas pesetas. Los escritores vivimos «de escribir».

JALON.—¿Es la primera vez que trabajan juntos?

S. DE ROBLES.—Sí, pero no será la última. En otra clase de trabajos—la creación—ambos somos enemigos de la colaboración. No la entendemos. En esta obra, sin embargo, la colabora-

ción es casi aconsejable, porque la tarea material de recopilación y ordenación es demasiada y agotadora para una sola persona.

JIMENEZ.—¿Qué descubrimiento, de esos que siempre se producen en lo literario, han hallado durante la confección de la obra?

S. DE ROBLES.—El plagio. Los escritores se toman ideas unos a otros y es frecuente encontrarlas en autores de primerísima fila, a pesar de la lejanía en el tiempo y en el espacio. Hay frases enteras que aparecen con pequeñísimas variantes de ropaje en varios autores.

BORRAS.—Sobre todo se ve la gran influencia y la enorme fuente de conocimiento y de inspiración que es la cultura china.

S. DE ROBLES.—Claro que no sabemos en quién se inspiraron los chinos...

BORRAS.—Los autores españoles son también una revelación. Hay españoles que han sido verdaderamente expoliados. De entre ellos, sobre todo, Quevedo y Gracián, que fueron copiados en Francia y repetidos por Schopenhauer y Nietzsche.

JIMENEZ.—¿Cuántos autores españoles figuran en el diccionario?

S. DE ROBLES.—Unos 900. En los diccionarios italianos solo figuran tres o cuatro españoles. En el inglés, de entre 60 ó 70.000 autores, solo se cita a Cervantes. Lo español está saboteado. Uno de los fenómenos curiosos y desconciadores es que los escritores hispanoamericanos están nutridos de lo francés y de lo inglés más que de lo castellano.

Tomás Borrás no fuma. Federico Carlos Sáinz de Robles fuma un cigarrillo tras otro, un poco nerviosamente. Tomás Borrás permanece quieto mientras Mora tira las placas que ilustran la entrevista. Federico se mueve, se levanta, no reposa.

CAMPANY.—¿Qué españoles mandan?

BORRAS.—Aparte de los presumibles e inevitables, nos hemos ocupado esforzadamente en trasladar a Séneca entero y en desmontar el gran edificio de la obra de Quevedo.

S. DE ROBLES.—Hemos entrado a saco en los ascéticos y místicos de los siglos XVI y XVII y nos hemos encontrado con el gran valor de hombre que, como

los del P. Márquez o fray Juan de los Angeles, están desplazados de las cumbres por los gigantes de la mística y de la ascética de esos siglos.

JALON.—¿En qué medida han recogido el total de la cultura?

BORRAS.—Lo chino y lo persa lo hemos recogido casi íntegramente. Sin embargo, el pensamiento griego ha tenido que ser espigado. En realidad es lo más conocido y, por lo tanto, lo menos necesitado de divulgación.

S. DE ROBLES.—También han quedado fuera los contemporáneos. Como propósito inicial al acometer la obra.

JALON.—¿Cuánto tiempo le ha llevado esta?

S. DE ROBLES.—Cerca de tres años de trabajo.

BORRAS.—Claro que durante este tiempo nos hemos dedicado también a otras cosas; pero, desde luego, trabajando en ella todos los días.

CAMPANY.—Del pensamiento y la literatura árabes, ¿figura mucho?

BORRAS.—Para recoger lo árabe hemos encontrado muchísimas dificultades, ya que existe muy poco traducido al castellano y hemos tenido que trabajar sobre traducciones francesas e italianas. Además, moderno apenas hay casi nada. El esplendor del pensamiento árabe coincide con el contacto de árabes y españoles. Los casos de Córdoba y Toledo, los dos grandes focos culturales de sus siglos mejores, no han vuelto a repetirse.

JIMENEZ.—¿Qué pensamiento han encontrado más flojo?

BORRAS.—Lo menos original lo francés. Los franceses son magníficos expositores, son «fil tradadores» de lo ajeno, pero carecen, en general, de capacidad creadora.

S. DE ROBLES.—Pensamientos robustos son el inglés y el alemán. El italiano es muy débil. En general se nota un tono de cultura que se produce por capas, cuyos principios son iguales, para extenderse después en ramificaciones diversas.

CAMPANY.—¿Del pensamiento ruso?

S. DE ROBLES.—En Rusia no hay pensadores; hay artistas que piensan. Su filosofía está diseminada en las obras de sus novelistas.



Tomás Borrás tiene en el perfil algo de pájaro limpio, de ave noble y una indolente elegancia de meridional

JALON.—¿Y de lo indígena americano?

BORRAS.—Tampoco. De los mayas, de los incas, no se conoce nada en el campo de la filosofía. O no ha llegado nada a nosotros, a nuestro tiempo.

JIMENEZ.—¿Han agotado el material o han desechado parte de él?

S. DE ROBLES.—Desde luego hemos sometido los textos a una selección rigurosa, pero con el material que nos ha sobrado hay suficiente para llenar otro tomo.

BORRAS.—Que podría comenzar a imprimirse mañana mismo.

DOS HOMBRES Y DOS ESTILOS

Sáinz de Robles—estatura media, magro—tiene cabeza de intelectual. Sus ojos azules, muy vivos, chispean a través del cristal de sus gafas, que más parecen calculadas para templar y moderar la mirada que para agudizarla. Es muy expresivo en sus gestos. Muy vehemente. «Yo soy más joven que todos vosotros tanto, que no he nacido todavía por última vez. Y tengo interés por todo: por el último drama y por la última novela policiaca.»

Pesa a su tremendo impulso vital, en algún modo se conjugan en él el orden y el desbordamiento, el equilibrio y el alud del espíritu. Es quizá una mezcla de humanismo renaciente y escritor romántico. Con perfiles satíricos, desde luego. Vive abierto a todas las sugerencias, pero crea con método.

Borrás tiene también la típica estatura media de los mejores tipos de la raza. Físicamente es más rotundo y de temperamento más sosegado. No mas frío, sino con el fuego ardiendo más en el fondo. Tiene en el perfil algo de pájaro limpio, de ave noble. Y en el ademán, mucho de la indolencia y la elegancia de un moro notable o de un español meridional. «He vivido más veces. He sido lagarto y conservo de esta época mi amor a las ruinas y al sol. Y también perro allá por el siglo XVI. Luego he ido ascendiendo. Ahora soy simplemente hombre.» Está en su mejor sazón, en la época dorada de la madurez en la producción y en el estilo. Tres líneas de su rostro, entre las que existe una notable armonía, señalan decisivas para un aficionado a calcular los caracteres por

las caras: el arco de la ceja, la curva de la aleta de la nariz y la línea en que se unen los labios. Va cuidadosamente vestido y sostiene entre las piernas un bastoncillo de junco. Hay momentos en que lleva con él el son de las frases, como acompañan los gitanos con sus varitas el son del canto, del que Borrás sabe tanto.

JALON.—¿Qué dinero les ha producido el libro?

S. DE ROBLES.—Tenemos un contrato con la editora por el cual nos reconoce un 10 por 100 de la venta; tanto por ciento que nos corresponde a Borrás y a mí a partes iguales.

JIMENEZ.—¿Más cosas alrededor del diccionario?

S. DE ROBLES.—Que no ha habido ni tijeras ni añadido.

BORRAS.—No hemos querido hacer un diccionario de citas. Este es un verdadero diccionario de sabiduría, sin precedentes en España. Se trataba de no irse por lo fácil, sino de estudiar los temas y de ver los conceptos.

CAMPANY.—¿Cómo han trabajado?

BORRAS.—Las sucesivas operaciones que hemos tenido que realizar han sido: el acarreo de obras, su lectura detenida, la selección de los textos y su correspondiente anotación; después, naturalmente, la copia de los mismos, el cotejo y, finalmente, confeccionar los índices.

JIMENEZ.—Federico, de todos sus libros, ¿cuáles prefiere?

S. DE ROBLES.—El dedicado a Velázquez, la

«Autobiografía de Madrid», la «Historia de Madrid»... Pero, aunque con vergüenza, tengo que confesar que el que más se ha vendido y sigue vendiéndose es mi «Diccionario de sinónimos».

JALON.—¿Cómo escriban, a mano o a máquina?

BORRAS.—A máquina siempre. Es más rápido, más limpio y destacan más las repeti-

ciones, los fallos en la construcción, se ve el texto «ya impreso».

S. DE ROBLES.—Yc, a mano. Menos los originales para los periódicos, que los entrego a máquina, porque no suele haber tiempo para corregir pruebas; evito así muchas erratas.

INTERMEDIO

Terminado este primer acto, el correspondiente al «Diccionario de sabiduría», y antes de quedarnos frente a Tomás Borrás y él frente a nosotros, la conversación se generaliza, se diluye, al margen de la entrevista. Borrás habla del Madrid de principios de siglo, de los años de la Dictadura. Sáinz de Robles, de poemas y poesías. Y remata su peroración con el elogio de Borrás:

—Borrás es uno de los mejores cuentistas de España. Y conste que no olvido, al decirlo, ni a «Clarín» ni a la Pardo Bazán. Pero bueno, yo me aparto. Este turno es solo tuyo, Tomás.

Y Federico Carlos Sáinz de Robles se levanta del corro, enciende otro pitillo y se sienta ante la mesa de su despacho, la mesa sobre la que han ido naciendo día a día tantos libros suyos.

ACTO SEGUNDO. LITERATURA Y POLÍTICA

La conversación se centra ahora sobre los dos últimos libros de Tomás Borrás: una colección de cuentos titulada «Algo de la espina y algo de la flor» y un libro. «Contra la anti-España», donde se salva de la fugacidad



«Yo soy más joven que todos vosotros; tanto que no he nacido todavía por última vez», afirma Tomás Borrás

de los periódicos, los semanarios y las revistas una serie de artículos políticos de extraordinaria calidad.

CAMPMANY.—¿Qué diferencia fundamental existe entre cuentos y novelas cortas?

BORRAS.—El cuento tiene que tener una geometría. No basta el suceso, sino que hace falta una construcción arquitectónica, aunque sea de Lilibut. La novela corta obliga a un mayor desarrollo del asunto.

JALON.—¿Y esa modalidad de los cuentos gnómicos?

BORRAS.—He escrito muchos cuentos gnómicos, y bastantes de ellos se recogen en esta última colección, en «Algo de la espina y algo de la flor»; pero con ellos no pretendo ser original. Ese tipo de cuentos lo han hecho ya antes que yo los húngaros y los suizos contemporáneos.

JIMENEZ.—¿A qué atiende más en sus cuentos, a las ideas o a los hombres?

BORRAS.—Al principio me importaban más aquéllas, y así puedo citar mi título «El poder de los pensamientos». Luego, cada vez más, me interesa el hombre por dentro, los motivos de las acciones humanas. Cuando ya se va siendo viejo lo que más interesa es el dolor, el dolor humano. Motivación, por otra parte, propia de nuestra época.

JALON.—¿Qué cuento de este último libro prefiere?

BORRAS.—«Río en el río» o «La Anunciación».

CAMPMANY.—¿Estorba la juventud al cuentista?

—Sí, sí. Creo firmemente que no se puede ser buen novelista y buen cuentista siendo joven. Poeta, sí. La narración es algo que necesita de la vivencia y la experiencia.

JIMENEZ.—¿Le preocupa el estilo?

BORRAS.—Creo que me han dado fama de estilista. Sin embargo, puedo decir que escribo sin ninguna preocupación en este sentido. Escribo rápidamente, sin corregir apenas, sin enmendar ni trabajar demasiado la prosa. Además, no es cierto tampoco que los estilistas escriban despacio y elaboren mucho. Recuerdo unas cuartillas que escribió Pérez de Ayala en el Ateneo en menos de diez minutos que podrían quedar como modelo de estilo.

JALON.—Pero usted maneja un léxico muy amplio y muy puro. Y tiene novelas en las que se recogen todos los matices peculiares del castellano en una región...

BORRAS.—Bueno, esto es irrito de la preparación de la lectura. A todo libro le precede una época, una etapa más o menos larga, de elaboración. Antes de escribir «Luna de enero y el amor primero», por ejemplo, estudié durante meses las modalidades del castellano que se habla en el campo charro. Ahora bien, queda siempre por dilucidar una cuestión. ¿Qué es escribir: la elaboración, la preparación previa, o el trabajo material de redactar?

CAMPMANY.—¿Qué finalidad general persigue «Contra la anti-España»?

BORRAS.—Este es un libro de contraataque; en él figuran esas ideas que hemos de ir transmitiéndonos unos a otros, de generación en generación. Yo no he hecho sino facilitar esta transmisión a las nuevas generaciones. Pretendo (como digo en el prólogo) municionar a la juventud, en la que creo, para que añada a sus propias inspiraciones las que apuro. Y si he reunido ciertos artículos en este libro, es porque siguen vigentes los asuntos y las dificultades de que tratan.

JIMENEZ.—¿Cómo ve el panorama político del mundo?

BORRAS.—(Rápidamente.)—Veo la guerra a

la vuelta de la esquina. El error grave de los anglosajones fué desmontar la Alemania del cuarenta y cinco, como el error de la anterior guerra fué el haber desmontado el Imperio austriaco en el año catorce.

JALON.—De haber escrito ahora los artículos que se recogen en el libro, ¿los habría modificado?

BORRAS.—Sí, pero para agravarlos.

CAMPMANY.—De todos los temas que trata, ¿en cuál considera haber realizado una aportación más personal?

BORRAS.—En el referente al separatismo catalán. Creo y afirmo que el separatismo catalán fué un asunto francés, un movimiento azulado desde Francia. Francia ha favorecido siempre la independencia regional de Cataluña para crear un «Estado tapón» en la frontera española.

JIMENEZ.—¿Tema central de hoy en España?

BORRAS.—El más importante, Marruecos, siempre Marruecos. Y Gibraltar. Y Tánger. Todos ellos, capítulos de la gran confabulación de la anti-España contra nuestra legítima presencia en África.

CAMPMANY.—El mayor sentido social de nuestro tiempo, ¿perjudica a la individualidad?

BORRAS.—Yo creo que no. Hoy el individuo sirve y trabaja con mayor sentido social; tiene por la legislación laboral, por ejemplo, una seguridad económica desconocida antes; pero creo que nada de esto atenta contra la individualidad. Al contrario, la beneficia, al proporcionarle una base más sólida para su desarrollo. Y por otra parte, la iniciativa individual tiene siempre abiertos todos los caminos.

JALON.—Políticamente, ¿cómo ve al pueblo español actual?

BORRAS.—Con mayor sensibilidad política que nunca. Con más interés hacia todos los problemas públicos que jamás. Antes el pueblo quedaba fuera de la política; ahora está dentro. Afortunadamente, porque así no volverán a repetirse las bárbaras escenas de muchas muertes de nuestra Cruzada, en las que las víctimas decían a los verdugos comunistas en el paredón: «Pero si yo no me he metido en nada.» Y el error era precisamente ese: «no haberse metido».

La entrevista ha terminado. Sainz de Robles se incorpora de nuevo al grupo. La pareja se reúne otra vez. Al salir atravessamos la sala de lectura de la Hemeroteca. Los últimos lectores, los que apuran el tiempo hasta el último minuto, andan ya recogiendo sus papeles, cerrando los libros. Salimos al sol rutilante de la calle. Y nos despedimos de Tomás Borrás y Sainz de Robles, dos escritores que aman verdaderamente a su oficio. Y que quizá por ello triunfan en él todos los días.

(Fotografías de Mora.)

LEA Y VEA
TODOS LOS SABADOS
"EL ESPAÑOL"

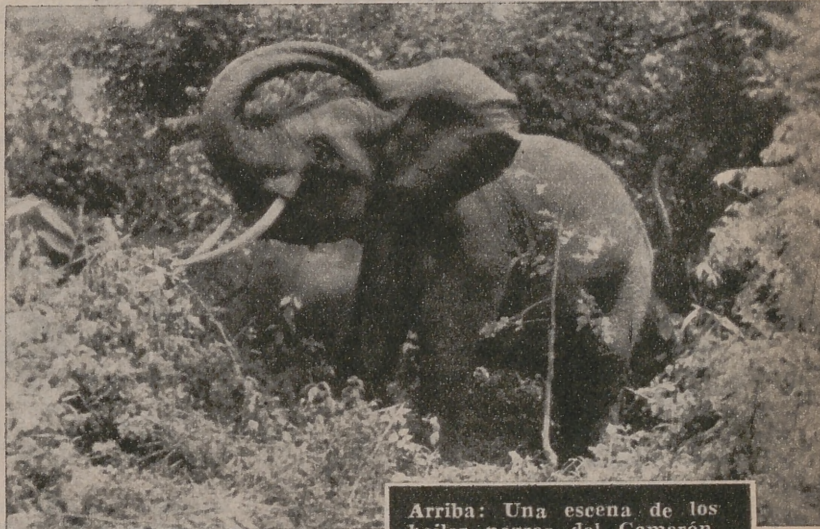
LUCKY STRIKE
MADE IN U.S.A.
IT'S TOASTED
CIGARETTES
¡SU MARCA FAVORITA!
Pub. Ruescas-Av. José Antonio, 55-MADRID

AFRICA TENEBROSA

A TRAVES DEL CAMARON FRANCES



EN LOS DOMINIOS DE LOS HAUSAS



Arriba: Una escena de los bailes negros del Camerón. Casa típica de los indígenas.—Los elefantes se abren paso en la espesura de la selva

SEGUIMOS viaje con la expedición «Isabela» a través del Africa negra, rumbo al lago Tanganica. Nuestra próxima etapa es Bertona. Salimos a la carretera, que inicialmente es amplia y de magnífico trazo. Carreteras antiguas, pero que se conservan en perfecto estado. Algunas de estas rutas de Camarones fueron construidas ya en tiempos de la colonización alemana, si bien los franceses, con la ayuda americana, las han mejorado notablemente, en especial durante la última guerra mundial.

Nuestro viaje, como ya quedaba indicado en la crónica anterior, está repleto de pintoresquismo. Avanzamos por entre numerosos poblados indígenas, que aparecen casi sin interrupción a ambos lados de la carretera y que forman apretadísimos grupos de color negro. La construcción de estos poblados es de estilo pamue, casi idéntica a las que puedan verse en nuestra Guinea Española: cabinas construidas con barro y maderas, con sus clásicos techos de nipa.

La densidad de población es enorme y aumenta todavía más en las inmediaciones de las gran-

des poblaciones. Así nos sucede a medida que nos acercamos a Jacomide, y al compás de este avance cambia también de forma extraordinaria el paisaje.

FUEGO EN LA SELVA

La selva cerrada e impenetrable que predomina en la costa de esta zona tropical va desapareciendo y el paisaje se ensancha. Por primera vez después de un año y medio de estancia en Africa, mis ojos pueden clavarse en la lejanía, abarcando grandes extensiones de terreno que se pierden a lo lejos. Los árboles, altos y densos, han quedado a nuestra espalda y avanzamos por entre pequeños arbustos, que tienen un extraordinario parecido al de nuestros montes de caza de España.

El terreno es árido, de tierra seca y calcinada, y los arbustos y la hierba tienen un melancólico tono amarillo propenso a inflamarse en cuanto se arrime una cerilla. Estamos en plena zona de sequía. Sequía que nos acompañará ya hasta las mismas faldas de Ru Wengri.

El calor de esta zona es sof-

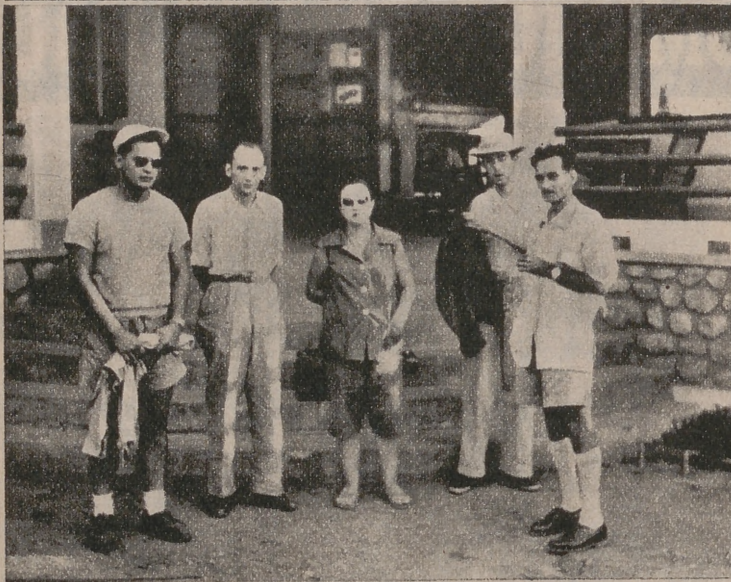
cante. A lo lejos podemos perfectamente divisar el humo de los grandes incendios. El fuego prende en los bosques espontáneamente, si bien en muchos casos es provocado por los indígenas. Incendios provocados, por cuanto con ello el indígena limpia el bosque y prepara sus plantaciones de yuca, de algodón o café, o, en caso contrario, deja espacio abierto alrededor de sus poblados para que de este modo sea mucho más fácil la defensa en caso de ataque de cualquiera de los múltiples animales de la selva.

UN EJERCITO FERAZ: LAS TERMITAS

Nuestro coche alcanza ahora los primeros hormigueros de termitas. Estos, que aparecen ante nosotros, tienen la forma de seta, aunque de mayores dimensiones. Construidos de barro, ocupan enormes extensiones. Imposible calcular, ni siquiera aproximadamente, su número. Los hay a mi-



Los campamentos de las tribus negras del Camerón se sitúan estratégicamente en las márgenes de los grandes ríos que atraviesan la «jungla».—Abajo: Los miembros de la expedición española



llones. Al poco rato las setas aumentan de volumen y cambian de forma. Son especies de conos cortados por una base que alcanza hasta diez o doce metros de radio. Esta enorme extensión que ocupan ha motivado que sobre ellas hayan crecido árboles o se hayan constituido en cientos de colonias de indígenas.

Cuando por algún motivo desconocido las termitas, esas feroces hormigas, deciden «cambiar de residencia», avanzan sembrando destrucción. Es incomprensible que estos pequeños ejércitos puedan desplegar tal ferocidad. Nada se resiste a su paso. Lo devoran todo, lo mismo madera que metal. Pocas cosas hay que causen a los nativos tanto terror como cruzarse con una de estas emigraciones de termitas. Se conocen numerosos casos de personas que sufrieron una horrible muerte al ser alcanzadas por uno de estos ejércitos. El perder la vida es cosa de minutos, y luego los huesos quedan brillando al sol, limpios como si salieran de un baño de ácido nítrico.

Toda esta zona que estamos atravesando ahora, y ya hasta que lleguemos a Bangui, es prácticamente desierta. Los escasos núcleos poblados caminan también hacia su desaparición. Afri-

ca es el Continente que más tendencia tiene a convertirse en desierto. Casi lo es ya en una tercera parte, y en las zonas relativamente pobladas respira ya una atmósfera de temor. La voz de alarma ha sido dada, motivada, en gran parte, por las enormes talas que, con fines de explotación maderera, se llevan a cabo en los bosques.

Todos los componentes de la expedición contemplamos absortos las mutaciones del paisaje. De vez en cuando nacen conversaciones sobre diversos temas, pero siempre alrededor de África. De entre toda la expedición yo soy quien llevo menos tiempo en África, salvo David, que pisa por primera vez esta tierra, con fines exclusivamente profesionales. Año y medio de estancia en la colonia es muy poco tiempo para ganar la categoría de «viejo colonial» que ostentan los demás compañeros de viaje.

Ahí está, por ejemplo, don José, joven todavía, pero con nueve años de experiencia africana, al frente del Subgobierno de la Guinea Española. Ahí está también doña Isabel, infatigable acompañante de su marido en todas sus correrías y apasionada entusiasta de esta tierra. Y en cuanto a don Manuel Borrego,

delgado, nervioso, con muchos años de «colonia» sobre sus espaldas, lo que le hace profundo conocedor de una buena parte del Continente, es el guía ideal para nuestra expedición.

EN PLENO CORAZÓN DEL CAMARÓN FRANCÉS

Son las diez de la noche, hora en que entramos en Bertona. Bertona es una pequeña población situada en pleno corazón del Camarón francés. Población que tiene escasa importancia, pero que se constituye en centro de comunicaciones.

El problema de alojamiento continúa siendo grave. No existe en la población más que un solo hotel, lleno hasta los topes. A fuerza de ruegos y gestiones conseguimos dos habitaciones, una de las cuales la ocupa el matrimonio y la otra servirá para todos los demás. Extraño e incómodo hotel es éste, en el que ni siquiera se puede tomar un baño.

Al día siguiente, de madrugada, salimos en dirección a Bonar. Nuestra salida dista mucho de ser parecida a la del día anterior. La carretera es mala, francamente mala, y muy estrecha. En cambio, la vegetación que vemos en los primeros kilómetros sigue siendo la misma: desierto y grandes extensiones de matorrales que nacen en un terreno plano o, a lo sumo, ligeramente ondulado.

EN LOS DOMINIOS DE LOS HAUSAS

Las pocas poblaciones indígenas con las que nos cruzamos han cambiado totalmente de fisonomía. Las cabañas se han hecho cónicas. También ha desaparecido la raza pamue. Estamos en los dominios de los hausas.

La distancia a que se encuentran los poblados indígenas, en ningún caso inferior a 50 kilómetros, hace que aquéllos sean mucho más amplios que los de nuestra anterior etapa.

Las mismas cabañas tienen grandes dimensiones y forman círculo alrededor de la «casa» del jefe, que difiere en forma, siendo generalmente de construcción cuadrada, con una amplia entrada, en la que podemos ver dos columnas de madera tallada con inscripciones árabes.

Los hausas constituyen un pueblo de excepcional interés. Son oriundos del África negra, y desde hace muchos siglos están en contacto con los árabes, de los que han tomado su lengua, su religión y sus costumbres, e incluso, en algunos casos, hasta sus vestidos.

En tiempos pasados los hausas se dedicaban a la captura de esclavos, que luego, vendían a los árabes. Actualmente están extendidos por todo el África y se han convertido en una especie de pueblo aristocrático, totalmente reacio a asimilar cuanto significa cultura occidental. Sus actividades son diversas, pero generalmente se centran en la compraventa de pieles, en la construcción de objetos de artesanía indígena y en la ganadería. Sus instintos guerreros son totalmente nulos y desean la presencia en África del hombre blanco, pues a

La pequeña ciudad de Buso ya tiene espléndidas avenidas



su lado se sienten especialmente protegidos, aparte de que consiguen también mayores beneficios económicos.

Estas interesantes características de los hausas nos hicieron detenernos y visitar varios poblados, lo cual fué aprovechado por David para disparar su cámara tomavistas.

Los poblados hausas, que quedan muy aislados, ofrecen un vivo contraste con los demás, y en ellos la miseria es absoluta. Van totalmente desnudos y viven en condiciones ínfimas, en viviendas construidas únicamente con paja, en forma de media esfera, a la usanza más primitiva.

En uno de los poblados en que nos detuvimos hallamos un hausa que vivía solitario, separado de los demás, y que a la puerta de su choza tenía como una especie de tenderete, en el que había los objetos más absurdos. Me llamó la atención de entre ellos una espada, totalmente llena de inscripciones árabes. Sin embargo, fué imposible adquirirla, a pesar de que para ello empleé cuantos medios o recursos estaban a mi alcance. El hombre se aferró a la espada como un naufrago se agarra a su tabla de salvación.

EL SOLITARIO HOMBRE BLANCO

Durante la etapa de Bertona a Bonar, y a 50 kilómetros de la frontera del Camarón con el A. E. F., nos detuvimos en uno de los grandes poblados hausas. El poblado de Garona-Bulay, en el que habitan más de 1.000 indígenas.

Nos detuvimos en este poblado porque en él vive un hombre blanco. El único en muchos kilómetros a la redonda. Garona-Bulay es un importante nudo de comunicaciones, y este hombre blanco, joven todavía, tiene montado en él una especie de «Parador de camino». Gracias a ello



Belleza clásica de la raza negra del Camarón



Una manada de elefantes se dispone al baño en el río ante el objetivo de la cámara de los expedicionarios

pudimos injerir una apetitosa comida fría, compuesta de fiambres y regada con magnífica cerveza helada.

Este hombre blanco es realmente un tipo interesante. Nos cuenta que su cojera y la cicatriz que cruza su rostro las adquirió durante la guerra luchando con las tropas del general Montgomery en el desierto. Acabada aquélla se trasladó a Nairobi, y de allí al «parador» de Garona-Bulay. Ahora se está construyendo una casa de ladrillos que piensa con-

vertir en hotel, dotado de todas las comodidades posibles. «De este modo—nos decía—ofreceré confort a todos los viajeros que crucen con los grandes camiones de algodón en dirección a Fort Lamy o Libreville.»

Sin embargo, y a pesar de todas sus explicaciones, uno no consigue explicarse la presencia de este hombre blanco en tamaño rincón del mundo. Nosotros coincidimos en que tal vez no le era ajena la proximidad de los diamantes. En su charla nos fa-

cilitó interesantísimos detalles de la ruta que teníamos que seguir. De este modo supimos que a unos 100 kilómetros de distancia aproximadamente la carretera se hace casi intransitable y que está salpicada por numerosos puentes, contruidos con troncos de árboles que apenas se sostienen. También nos dice que la caza en esta región es muy abundante, singularmente la de antílopes, y que también nos cruzaremos con muchas manadas de monos cínocéfalos (mayores y más fieros que el manchil), así como con elefantes y leones.

«YO TAMBIEN SOY ESPAÑOL»

Con estos informes en cartera emprendimos la marcha en dirección al puesto fronterizo que separa el Camarón del A. E. F. Apenas si habíamos recorrido 40 kilómetros de carretera cuando pudimos comprobar la veracidad de los informes recibidos; una manada de los mencionados monos cruzó la carretera a pocos metros de nuestro coche. Son monos enormes, casi del tamaño de los gorilas. Poco después cruzamos otro poblado, en el que nos paramos obligatoriamente para asistir a la fiesta que anuncia el monótono golpeteo de los tambores y el cadencioso canto de los negros. Dos enormes antílopes aparecen muertos y van a ser descuartizados para la fiesta. Son dos maravillosos ejemplares, machos, de magnífica cornamenta, y cuyo peso no deba ser inferior a los 800 kilos cada uno. Los indígenas nos explican por señas que fueron muertos por un cazador blanco que está allí. Efectivamente, allí está el hombre, acompañado de su mujer y un pequeño. Nos saluda en francés, y don José comienza a charlar con él sobre temas de caza. Yo aprovecho un paréntesis para hacer un comentario en español. El hombre se vuelve rápido, comienza a reír y contesta: «¡Hombre, haber dicho que era usted español... Yo también lo soy!» La sorpresa no puede ser más grata. Seguimos conversando, y sabemos que lo mismo él que su mujer son catalanes, si bien su hijo nació en Francia. Está allí de encargado de la obra de reconstrucción de carreteras, a las órdenes de un ingeniero francés. Por ello su estancia en el poblado es enteramente eventual. El hombre está esperando terminar su labor para volar a París, y desde allí a España, a nacionalizar a su hijo, que ninguno de los suyos quiere que deje de ser español. En el curso de la conversación explicó su caza de los enormes antílopes y corroboró las palabras del hombre del parador sobre la gran abundancia de caza en la región. Los indígenas celebran la cacería y las muchachas danzan al son de las «tumbas». Así dejamos el poblado, en plena fiesta, y con un español, al que dimos un fuerte abrazo antes de proseguir nuestra marcha.

EL NIÑO MIMADO DE LA EXPEDICION

Sin ninguna otra novedad llegamos al puesto fronterizo. También aquí los trámites son rápidos. Una simple ojeada al pasaporte por un funcionario francés y el clásico «Ca va...» Cruzamos la frontera y llegamos a Buar a las once en punto de la noche.

La previsión que tuvimos en Bertona de poner un telegrama al hotel había dado sus resultados. Magníficas y confortables habitaciones para todos nos estaban esperando. Antes de llegar a él, no obstante, tuvimos otra sorpresa. En la fachada de otro edificio pudimos leer: «Albergue catalán». El albergue es dirigido por un viejo catalán del Rosellón, que fué quien nos indicó dónde estaba nuestro hotel.

La mañana del día 3 fué de reposo. La empleamos en pasearnos por Buar. El viejo catalán del Rosellón nos acompañó y nos habló con entusiasmo y emoción de Barcelona. También fué él quien nos presentó al administrador de la zona de Buar, hombre sencillo y cordial, que habla perfectamente el castellano y siente por nuestra Patria verdadero cariño y devoción.

Es uno de los franceses en los que se puede creer. Hombre sano de cuerpo y alma, que cree en Cristo y en los valores positivos de la civilización occidental. Con un deje de amargura en la voz nos habló de su hijo, que estaba luchando en Indocina...

Magnífico hombre y magnífica la estancia en Buar, población que abandonamos después de comer, tomando el camino de Bangui. Larga etapa de 650 kilómetros.

El coche respondió magníficamente a lo que de él se esperaba, si bien la marcha tuvo que reducirse mucho, debido al mal estado de la carretera. Ahí estaban, efectivamente, los puentes contruidos con troncos de árboles. Cuando éstos llegaban nos teníamos que apeare del coche para aligerar la carga y continuar luego la marcha. En otras ocasiones hemos tenido que empujarlo, puesto que se hundía por el mal estado del piso. El coche era y se constituía en el niño mimado de la expedición. Era el que debía conducirnos al éxito o al fracaso.

NOS ATORMENTA LA SED

La etapa es, efectivamente, durísima. Acabamos agotados, cubiertos de polvo y sedientos. El agua de nuestras cantimploras —recogida muchos kilómetros antes en un riachuelo y desinfectada con las pastillas correspondientes, se nos había terminado, y, a pesar de que su sabor no era demasiado agradable, todos la recordábamos con nostalgia. Doña Isabel anima incesantemente al grupo, como queriendo demostrar que no debemos preocuparnos por ella. Nos demuestra que hicimos bien bautizando con su nombre a

la expedición. Y mientras, sigue la marcha.

Unos kilómetros más allá vemos desde lejos a unos camiones parados al borde de la carretera y una tienda de campaña iluminada por una fogata. Detenemos el coche y somos amablemente atendidos por los dos conductores, hombres holandeses que hablan perfectamente el francés. Allí podemos beber cuanto queremos y decidimos aceptar su invitación para pasar con ellos la noche. Pues, a pesar de que nuestro propósito era llegar a Bangui a toda costa, era ya hora muy avanzada y nos faltaban aún 150 kilómetros, que, cruzados con la lentitud necesaria en aquel terreno, nos hubieran obligado a llegar al final muy avanzada la noche.

UNOS HOLANDESES HOSPITALARIOS

Cenamos con magnífico apetito. Los holandeses lo habían hecho ya, pero nos invitan a tomar café, preparado en una cafetera especial, de alcohol.

Estos holandeses son también excelentes personas. Su charla, alrededor del fuego, después de cenar, es amena e interesante. Nos invitan a ir con ellos de cacería en cuanto nazca el día. Abundan en la región el león, el antílope, el elefante y el búfalo.

Don José, apasionado aficionado a la caza, acepta encantado, y los demás nos sumamos también. Los holandeses son hombres precavidos, me refiero a los que están con nosotros. Van magníficamente pertrechados, con toda clase de armamento que les pueda ser útil. Avanzan muy despacio en su camino. Y se internan cuanto puedan en la selva hasta conseguir cazar las piezas deseadas. Su cordialidad les lleva a crecer la tienda de campaña a doña Isabel, mientras ellos y los demás nos tendemos envueltos en nuestros sacos de dormir. Un pequeño grupo de negros que los holandeses llevan como escolta montará la guardia durante la noche para evitar el ataque de los leones.

UN RUGIDO DE LEÓN

Desvelado por el café o por la misma fatiga del viaje, tardo mucho rato en dormirme. Fumo cigarrillo tras cigarrillo, tendido cara a un cielo hermoso, lleno de estrellas, hasta que me parece oír no muy lejos el rugido de un león. Me incorporo y corro hacia uno de los negros que montan guardia.

El negro me sonríe y dice «Sumba» (así llaman a los leones). Pero permanece tranquilo y sin moverse.

Yo me tiendo de nuevo. El rugido de los leones sigue oyéndose, unas veces más cerca que otras. Pero no hay peligro. Y en esta confianza me voy durmiendo, dando gracias al Señor por depararme la suerte de vivir unos días tan hermosos.

Suscríbase a POESIA ESPAÑOLA.

NOTAS Y RECUERDOS DE UN REDACTOR POLITICO



LA REDACCION DE "LA EPOCA" POR DENTRO

Fernández Shaw me llevó al periódico conservador en 1919
El "corte" cada mañana

Personajes, figuras, redactores y colaboradores

MI incorporación a la Redacción de «La Epoca» fué de este modo: Yo iba diariamente a la puerta de Palacio, como redactor de «El Globo» y de la agencia Mencheta, para recoger las noticias que, salvo los días de crisis y acontecimientos políticos, se limitaban a las audiencias del Monarca y a las declaraciones que, después de despachar con el Rey, hacían a los informadores el Presidente del Consejo y los Ministros de turno. La distribución de estas visitas ministeriales era así: el lunes, los Ministros de Estado y Justicia; el martes, los de Gobernación y Hacienda; el miércoles, los de Guerra y Marina; el jueves, Consejo de Ministros con el Soberano; el viernes, los titulares de las carteras de Fomento, Instrucción Pública y Trabajo. Los sábados no había despacho con Su Majestad. El redactor palatino de «La Epoca» era, a la sazón, Guillermo Fernández Shaw, gran periodista y autor teatral, que tenía ya notoriedad, porque había estrenado «La canción del olvido», con su colaborador Federico Romero y el maestro Serrano. Fernández Shaw tenía el encargo del marqués de Valdeiglesias, director y propietario del viejo periódico conserva-

Por Francisco CASARES

dor, de que buscara un muchacho joven que tuviera condiciones—sobre todo voluntad y entusiasmo—para que le sustituyera en la información en el regio alcázar. Quería el director que Guillermo se quedase en la Redacción. El salir todas las mañanas a la calle le privaba de su más directo y eficaz colaborador. Guillermo le ayudaba a redactar las crónicas de sociedad. Bailes, fiestas, bodas aristocráticas, acontecimientos de carácter social, llenaban esa sección que, con la política, ocupaba los mayores espacios en el diario vespertino. Y Fernández Shaw se fijó en mí, pareciéndole, con su bondad característica, que yo tenía las aptitudes precisas para ser quien le relevase en su misión.

—¿Quiere usted ser redactor de «La Epoca»?—me dijo una mañana, separándose del corro de los compañeros de trabajo.

—¡Naturalmente!—le respondí sin dudarle un momento. La oferta era tentadora. De la modestia de «El Globo», a la inclusión en el equipo de un periódico que, si no era popular y de extensa tirada, tenía un prestigio verdaderamente singular, el trasplante representaba un ascenso. Y mi



Arriba: Una vista de la antigua plaza de Oriente, donde tantas veces montó la guardia informativa Francisco Casares.—Abajo: Torres del Alamo, uno de los redactores de «La Epoca»

vocación se veía súbita y ampliamente recompensada.

MI INCORPORACION-LOS QUE FORMABAN LA REDACCION

Quedamos de acuerdo. A la mañana siguiente comparecía en la Redacción del periódico conservador. El me presentaría al director y probablemente sería admitido. Así ocurrió. No podré olvidar nunca la impresión que me produjo la visita. El marqués me recibió, con Fernández Shaw, en su despacho, que usaba sólo para las visitas, porque él realizaba su labor cotidiana en la misma Redacción, junto a los demás periodistas que formaban el cuerpo de

aquella. El marqués me hizo algunas preguntas, me dijo que el periódico era modesto y no podía pagar bien, y me anunció que sería encargado de la información de Palacio y algunas otras. Inmediatamente me presentó a los redactores. En una amplia sala, con pinturas en el techo y puertas doradas, con espejos—había sido salón de baile en tiempos anteriores, cuando la residencia era la casa de una familia ducal—, había dos grandes mesas, alrededor de las cuales trabajaban los redactores. En la cabecera de una de esas mesas, cerca de los balcones que daban a la calle Ancha de San Bernardo, tenía su sitio el director. En mesa aparte, el redactor jefe, que era en aquella fecha—y lo fué hasta el año 1933—don Mariano Marfil. Otra mesa, en un rincón, la ocupaba don Angel Illana, redactor financiero, coronel del Cuerpo Jurídico, hombre muy enterado de asuntos y problemas económicos. Había, todavía, otra mesa, que utilizaban alternativamente algunos colaboradores, como Araujo-Costa, que se ocupaba de cosas literarias, y Manuel de Sandoval, poeta y académico de la Española. El secretario de Redacción, don Francisco Pérez Mateos, gaditano, periodista desde su ciudad natal, se sentaba a la misma mesa del director, cerca de él, como hombre de su confianza.

Eran redactores, a la sazón, además de Fernández Shaw, al que ya he aludido: Don Ramón de Cárdenas, viejecito simpático, que se ocupaba preferentemente de extractar las disposiciones que publicaba la «Gaceta». Nos daba caramelos todas las mañanas, y en invierno, para preservarse del frío y evitar, al mismo tiempo, la incorrección de estar con el sombrero puesto, se cubría la cabeza con un fez oscuro. Murió poco tiempo de conocerle yo en aquella Redacción. Después, al cabo de muchos años, las circunstancias me depararon conocer y tratar a un nieto de aquel veterano escritor, Ramón de Cárdenas como él, que ocupaba la subdirección de Regiones Devastadas y que además de ser uno de los más brillantes arquitectos españoles tiene excepcionales condiciones de simpatía y caballerosidad. Don Javier Betegón, antiguo en la casa, que hacía algún artículo esporádicamente, pero acudía, indefectiblemente, todas las mañanas al periódico. Don Jerónimo Béquer, que había sido redactor jefe, dejando ese puesto a Marfil, porque sus achaques no le permitían seguir una actividad intensa. Era académico de la Historia y persona de gran valía y extensa erudición.

Don Eduardo Gómez de Baquero, «Andrenio», era el crítico musical. Menudo, elegante, de conversación amena, muchas veces inclinada a la ironía, llegaba a la Redacción a media mañana y se sentaba en la mesa de los colaboradores para ultimar unas cuartillas que llevaba ya redactadas desde su casa. «Andrenio» hacía la crítica teatral. Sin ser un crítico duro, se le temía y se le respetaba por la autoridad de su firma y la serena severidad de sus dictámenes. De «La Epoca» pasó a «El Sol». Esto ocurría con frecuencia: los redactores del viejo diario se los llevaban a los de más tirada y de mejor retri-

bución, consiguientemente. Don Salvador Canals hacía—compartiendo la tarea con Mariano Marfil—los artículos de fondo. Entonces no se llamaban todavía «editoriales», ni se había incorporado al argot profesional el vocablo «editorialista». Ni mucho menos, naturalmente, el de «columnista». Canals, que había sido subsecretario de la Presidencia con don Antonio Maura, era un hombre de edad, pero lleno de ímpetu, de vitalidad. Llevaba, generalmente, hecho su artículo y después de un rato de conversación lo dejaba a Valdeiglesias o a Marfil y se iba. Era hombre de muchas actividades. En tiempos publicó un semanario que, como éste de ahora, titulábase «El Español». Pertenecía también al equipo del diario conservador, aunque no solía ir por la casa—dada su edad avanzada y su poca salud—, don Juan Pérez de Guzmán, historiador académico, persona de extraordinaria cultura. El más antiguo, salvo el director, en la Redacción.

MARFIL, POLITICO, ECONOMISTA, MAESTRO

Don Mariano Marfil no pudo hablar ni escribir sin sentir una invencible emoción. Desde que llegué al periódico tuvo para mí especiales predilecciones. El año 1922—esto lo referiré en otro capítulo de mis recuerdos—se le nombró subsecretario de la Presidencia. Me llevó a su lado como secretario particular. Desde entonces no dejé de ser su hombre de confianza. Y cuando, por discrepancias de orden político, se separó del periódico, en 1933, yo me fui también. Me parecía obligado seguir la actitud y la ruta de mi jefe. Era Marfil un hombre externamente serio, casi impresionante, que imponía respeto, y hasta temor, a los que trabajaban a sus órdenes. Una barba negra, puntiaguda, muy de aquel tiempo, y unas gafas de montura dorada daban una gran seriedad a su fisonomía. Er el fondo fué siempre un hombre de bondad exquisita, de trato cordial y de condiciones realmente excepcionales. Su cultura, nada vulgar, le llevó a relevantes puestos en la dirección política del país y en los medios financieros. Ocupó las subsecretarías de la Presidencia y Gobernación—esta última cuando las elecciones desastrosas de 1931, que trajeron la República, y de los episodios de aquellos días habré de ocuparme en el transcurso de esta exposición de cosas vistas y vividas—, la Dirección General de Aduanas y la Delegación de Gobierno en la C. A. M. P. S. A. Después pasó a ser consejero de la Compañía de los Ferrocarriles de M. Z. A. y, finalmente, presidente de su Consejo de Administración. Su primera carrera fué la Intendencia militar. Cursó sus estudios en Avila, siendo número uno de su promoción, y aunque se alejó posteriormente de la actividad castrense, todos los de dicho Cuerpo le estimaban y tenían como orgullo que fuese su compañero. Marfil escribía rápidamente, con una letra menuda, difícil de leer. Y sus artículos eran modelo de corrección, de pulcritud. Y de intención, la mayoría de las veces. Como polemista político resultaba temible.

Recuerdo que cuando fuimos juntos al Palacio de la Castellana, sede de la Presidencia del

Consejo, uno de los porteros de la casa me dijo:

—Nosotros conocíamos mucho a don Mariano. Cuando fué Presidente del Consejo con Eduardo Dato, venía casi todas las tardes. Y el jefe del Gobierno daba la orden categórica de que mientras estuviera el señor Marfil en su despacho no se le molestase para nada. A veces esas entrevistas fueron de dos y tres horas.

En realidad lo que pasaba es que Marfil era el delegado de los jefes del partido conservador—primero, Dato; después, Sánchez Guerra—en el periódico. Y que simultáneamente ejercía funciones de consejero, de auxiliar eficazísimo, de aquellos personajes. Separado de la redacción de «La Epoca», como digo, por estimar de modo diferente a su director y a los amigos más cercanos de éste, la posición y conducta que debía adoptar el periódico ante las circunstancias políticas del país, fué colaborador asiduo de «Ahora», casi siempre para tratar de temas económicos. Luego fundó la revista «Economía Española», que ha sido acaso el mejor ensayo de investigación y estudio de su clase. La guerra le sorprendió en Madrid. Pudo salir «camuflado», después de afeitarse y cambiar su fisonomía, como un monsieur Dupont, fabricante francés. Inmediatamente se puso a las órdenes del general Mola, con el que tenía una antigua y muy cordial amistad. Se ocupó con el teniente coronel don José María Rivero de Aguilár—actual Subsecretario de Obras Públicas—de la organización del servicio ferroviario en la zona nacional. Como todo el mundo sabe, la mayor parte del material y los centros ferroviarios de más importancia quedaron en la zona roja. La labor se hacía difícil, ardua, y sólo la capacidad de trabajo, la inteligencia y el tesón de aquellos hombres pudieron resolver los graves problemas de las comunicaciones férreas, tan fundamentales para la guerra. Poco antes de la liberación, y cuando toda su ilusión se cifraba en su llegada a Madrid, murió en San Sebastián a consecuencia de una intoxicación nerviosa, que no llegaron a definir exactamente los médicos.

EL CUERPO DE REDACCION

En lo que pudiera llamarse el estado llano de la Redacción figuraban Luis Benavente, un murciano acometedor, de buena figura que, fallecido Matos, fue secretario de Redacción; Gabriel Briones, veterano en las lides profesionales, que pertenecía al Cuerpo General de Hacienda y fué secretario del señor Burgos Mazo, en la etapa en que dicho político ocupó la cartera de Gobernación. Briones hacía la «Tribuna del Congreso» y llevaba la sección política en el periódico. Anselmo Alarcón era su ayudante directo, ocupándose de la sección de «Pasillos del Congreso». Eusebio Montes, el decano de la casa, tenía a su cargo la «Tribuna del Senado» y trabajaba en la redacción cuando no había Cortes. Eduardo Montesinos era el informador municipal. Angel Torres del Alamo el de sucesos, sección poco utilizada en aquel diario. Iba por la Redacción casi todas las mañanas, nos alegraba la vida con sus chascarrillos y su

charla ingeniosa, y sólo de cuando en cuando escribía una breve nota, si el suceso del momento tenía tanta importancia como para que «La Epoca» se ocupase de él. La crítica musical la realizaba Víctor Espinós, que, luego, después de la liberación la hizo en «Madrid». Había sido redactor de «El Universo». En «La Epoca» tuvo la sección palatina, antes que Guillermo Fernández Shaw y yo. De Espinós hay que hablar siempre con admiración, con respeto y simpatía. Era todo un caballero. Su hija, Juanita, sigue la labor de su padre no sólo en la crítica sino en la Biblioteca Musical circulante del Ayuntamiento. Otros nombres: Joaquín Gallardo Rúa, Vegué Godoni; Manuel Abelló, al que llamábamos «Apolón»; Miguel Morales de Acevedo, Nicolás Jordán de Urries; «Tomillares», que ayudaba al marqués en la crónica de sociedad; Luis Rubio, que derivó hacia el socialismo y se hizo secretario de Alvarez del Vayo; Luis García de Valdeavellano, luego Catedrático; Enrique Vaquer, José Ignacio Escobar —actual marqués de Valdeiglesias—, y otros.

Luis Araújo Costa fue muchos años el crítico literario. Su cultura y su personalidad daban a los artículos de Araújo un singular prestigio. Muchas veces pareció que estaba cuajada su candidatura para académico de la Española, aspiración que se frustró repetidamente. Le apocaba con gran entusiasmo, en el legítimo deseo de ser inmortal, don Manuel de Sandoval, el gran poeta que también colaboraba asiduamente en el diario conservador

EL «CORTE».

Y, por último, quiero citar aparte a don Francisco Pérez Mateos. Como ya he dicho, era de Cádiz y ejerció allí el periodismo muchos años, hasta llegar a Madrid y pasar a «La Epoca», donde llevaba la secretaría de la Redacción y un poco la personal del director. Era el que tenía mando directo sobre los redactores, y el que revisaba minuciosamente las cuartillas que escribíamos en nuestras respectivas secciones. Y le teníamos verdadero miedo, porque, siendo fundamentalmente bueno, imponía por su inalterable seriedad. Llegaba el primero a la Redacción y dirigía la operación de «corte» de los periódicos. Este sistema de comenzar la labor de la jornada no lo he visto, después, en ninguna de las redacciones a que he pertenecido. Mateos se situaba en su puesto, en la mesa de Redacción en los periódicos de la noche anterior y los de la mañana del día, cortados por páginas dobles, o sea que de cada diario se utilizaban de ejemplares, para poder señalar y recortar todo lo que conviniera. Un redactor —generalmente, el más nuevo en la casa— se situaba, de pie, con unas tijeras en la mano, delante de Mateos. Este, con lápiz azul, señalaba con iniciales cada artículo o gacetilla, para que pasara a unas carpetillas con el nombre del redactor correspondiente. Y así, cuando uno llegaba a su puesto de trabajo encontraba, cada mañana, todo lo que el resto de la Prensa había publicado acerca de la sec-

ción que tenía encomendada. No se podía escapar nada. El procedimiento es de indubable eficacia. Los artículos que podían ser de interés para el mañana, como antecedente, se señalaban con una «A», que quería decir «archivo». Y se guardaban en carpetas, en el que tenía el periódico, que



Marqués de Valdeiglesias, director de «La Epoca»

era y ha sido el más nutrido y completo que yo he conocido en las redacciones por las que he pasado. Una vez realizado el «corte» comenzaban a llegar los redactores. Y se iniciaba el trabajo. Como dejó indicado, todos —salvo los colaboradores de categoría— entregábamos a Pérez Mateos nuestras cuartillas, muchas de las cuales eran recortes de los periódicos, pegados con obleas y con nueva titulación. En aquella redacción no se usaba la goma de pegar. Eran obleas, que había que humedecer con la lengua para adherir el recorte de que se trataba. Pérez Mateos tenía la obsesión de corregir. Nunca estaba conforme con lo que escribíamos. La manía llegaba a detalles pintorescos. La sustitución de un verbo, la modificación de una frase. Se pasaba horas y horas cambiándole a los redactores lo que habían escrito. Y muchas veces llamándolos a capitul para advertirles severamente de sus «errores». Que solía consistir en haber puesto «celebrado» donde él creía que debía ponerse verificado. O «notable», por «brillante». ¡Cosas así! Pero ese aprendizaje, que en ocasiones se nos antojaba una humillación mortificante, no cabe duda que era provechoso. Yo he mantenido muchas veces —y lo sigo pensando— que «La Epoca» fue una auténtica y extraordinaria escuela práctica de periodismo.

Allí no había, como en otras Redacciones que yo he conocido, alborotos, griterío, risotadas. Todo había de ser circunspección y respeto. Se hablaba en voz baja. Los redactores teníamos para los jefes un temor cordial y una disciplina casi castrense. Pero el periódico salía impecable. Y es notorio que, en las redacciones de los de la mañana, «La Epoca» se leía y releía con especial interés. Porque siempre, en la sección que fuere, había una noticia nueva, importante, digna de reproducirse.

OTROS NOMBRES

Siguiendo con la breve noticia de los que fueron redactores o colaboradores, dejaré aquí constancia de los que llegaron después de incorporarme al periódico. Por ejemplo, Melchor Fernández Almagro, que entró muy poco después, y que hizo muchos artículos de fondo, y que sucedió a «Andrenio» en la crítica de teatros; César González Ruano, que pasó fugazmente por el periódico y que, con sus aires nuevos, irritaba a Marfil; Luis Ardila, al que llevé yo a «La Epoca» después de haber sido compañero suyo en el «Globo» y convencido de su destreza y talento; Antonio García Vallejo, capitán de Ingenieros y buen periodista; Hipólito Finat, marqués de Carvajal, que osciló incomprensiblemente hacia ideas y posiciones de izquierdas, y ha muerto hace poco en exilio; Bushell, que fue redactor pasajeramente, y algún otro que no recuerdo. Cuando nos separamos Marfil y yo, entró un equipo nuevo, de significación muy pronunciada —algo así como un trasplante de «Acción Española»— en que figuraban Vegas Latapié, Vigón, y creo que, por pocos meses, Víctor de la Serna. No sé si se me habrá escapado algún nombre. Si ha sido así, conste que fué involuntariamente.

LA REDACCION MODELO

En lo que a mí, personalmente, se refiere, he de decir que fueron los años de mi juventud, de mi mayor ilusión. Trabajé con la mejor voluntad, en un constante deseo de superación. Hice de todo: desde las sencillas noticias de las visitas de un Ministro y las audiencias en Palacio, hasta largas crónicas de viaje y artículos literarios. Aprendí mucho. Lo que haya podido ser en el periodismo lo debo a aquella etapa. Alterné mi trabajo en «La Epoca» con el de la agencia Mencheta, a la que seguí perteneciendo. Y, luego, se me autorizó —en el año 1931— para que fuese también redactor de «El Sol», en la segunda etapa de don Manuel Aznar, al que consideré siempre como uno de mis grandes maestros. Y del periodismo español, en definitiva. Circunstancias políticas, a las que he aludido de pasada y que habre de contar más pormenorizadamente en otro capítulo, me apartaron del decano de los diarios. El año 1948 hubiera cumplido el siglo de existencia. Mi recuerdo no se ha borrado. Mi gratitud para los que fueron mis jefes no puede extinguirse. Mi cariño para los que compartieron la labor, como compañeros, no cancelará nunca.

La Redacción era modelo en todos los aspectos. Las gentes que a ella pertenecieron fueron siempre de lo más selecto. La prueba es que se las llevaban a otros periódicos. De la organización interna, del copioso y sugerido anecdotario, de las cosas que allí vi, hablaré con más detalle en este apunte de memorias. Hay mucho que referir. Y de gran parte de esas cosas y episodios se desprenden enseñanzas que el periodismo podrá aprovechar. Que serían indudablemente, aleccionadoras.

TEATRO DE LA ZARZUELA

TARDE, 7

NOCHE, 11

COMPANIA LOPE DE VEGA

Director

JOSE TAMAYO

PRESENTA

la obra más apasionante del teatro moderno



**INTERESA...
EMOCIONA...
INTRIGA...**

CRIMEN PERFECTO

de Frederick Knott

Version española de Jose López Rubio

EL MAYOR EXITO MUNDIAL DEL TEATRO POLICIACO

**Más de 200 representaciones en Madrid
Precios populares**

COMO VIVI EL 18 DE JULIO

Por Juan PUJOL



Juan Pujol
co r respon-
sal de guerra
en el frente
de Vin aroz
en 1938

El día 16 de julio de 1936 no fué en Madrid un día del Carmen como todos los demás. La atmósfera se había hecho angustiosa, como en un eclipse, y todo hacía augurar la inminencia de sucesos dramáticos, a la vez temidos y deseados. Acabábamos de enterrar a Calvo Sotelo y ya estaba claro que España se había escindido, y la pugna no tardaría en comenzar. Me encontré a mi hermano, por la tarde, en la Gran Vía.

—No te quedarás en Madrid...—le dije.

—No. Ya tengo los billetes para toda mi familia. Iremos a San Sebastián. ¿Y tú?

—Mañana mismo me voy a Estoril a llevar a los míos. Pero en seguida volveré.

Nos separamos. Creyó pensarlo mejor y devolvió los billetes. No nos volvimos a ver hasta tres años después, que pasó en las cárceles y cuando escapó de ellas, en las Embajadas.

Yo me fui con mi mujer y mi hijo, que providencialmente acababa de terminar su servicio militar a las órdenes de Yagüe, y había salido alférez de complemento. Toda la mañana del 17 corrimos por Castilla. Mediado el día, en Salamanca me encontré a don Cándido Casanueva, que me apremiaba para que le diera noticias.

—No sé nada con certeza, pero me figuro que hoy mismo se producirá la sublevación.

—¿Cómo lo sabe usted?—quiso saber.

—Eso no puedo decirselo. Pero, si no surge alguna dificultad imprevista, puede usted tenerlo por seguro.

Era asfixiante el calor aquella tarde cuando emprendimos el camino de Portugal. Cerca de Ciudad Rodrigo, un sujeto mal encarado nos hizo parar el coche:

—Documentación.

—¿Quién es usted?

Nos exhibió la placa de policía. Yo le enseñé mi carnet de diputado. Me lo devolvió con gesto despectivo:

—No es suficiente. Estamos en zona fronteriza.

Entonces le mostré los pasaportes que llevaba a prevención. Los examinó con escrupulosidad hostil, mirándome fijamente. Al fin me los devolvió de mala gana:

—Pueden ustedes seguir.

Cruzamos la frontera y dormimos aquella noche en Vilar Formoso, sobre jergones de maíz, porque no había entonces otra cosa. Y todo el día 18 viajamos por Portugal, hacia Lisboa deteniéndonos en Coimbra sólo para almorzar. Contrastaba la paz del país con la angustia que nos acongojaba sin poderla ahuyentar. No funcionaba la radio del coche, y todo el viaje, la obsesión de lo que podía estar pasando en España pesaba sobre nosotros, enturbiándonos la claridad radiante del día estival. Fué al llegar a Lisboa donde vimos, en el cartel de un periódico de la tarde—creo que «La República»— la noticia del Alzamiento. Hicimos velozmente los pocos kilómetros que nos separaban de Estoril. Al llegar al hotel Miramar—me parece recordar que se llamaba así—había en la escalinata un grupo de españoles rodeando al general Sanjurjo. El general, al vernos, bajó hasta el coche. me abrazó:

—Dígame usted lo que sepa.

En pocas palabras le informé de lo que sabía. La iniciación simultánea del Movimiento en la Marina—un sangriento fracaso, supimos después—y en Africa.

Se organizaba su retorno a España y ya se esperaba el avión en que había de hacerlo. A los amigos que le rodeábamos no nos inspiraba confianza el sujeto francés que iba a pilotarlo. Quizá nuestra desconfianza era injusta, pero no la podíamos desechar. Fué aquella una noche febril. Los periodistas portugueses solicitaban declaraciones del general Sanjurjo. Me encargó que las re-

dactase en forma que no comprometieran al Gobierno portugués, que le había dado hospitalidad, y así lo hicimos entre don José Fariñas y yo. Todo el día 18 se nos pasó escuchando la radio lusitana para captar las pocas noticias concretas que podía dar del Alzamiento. Algunos muchos falangistas montaron espontáneamente una guardia en torno al general, sin que él se percatara de ello. Se procuraban armas cortas, se disponían a entrar en España por Salamanca. Por la noche, el chico me advirtió sencillamente:

—Mañana vuelvo a España con un grupo de amigos.

—¿Para qué?

—Para incorporarme a la unidad que me sea posible.

Era mi único hijo. Y yo no dije nada ni me atreví a insinuar un aplazamiento. Pero no pude dormir. Ya estábamos en una realidad muy distinta de la literatura novelesca y aquella decisión juvenil era el mejor fruto de lo que había sembrado en mi hogar. Pero nadie podría reprocharme la angustia disimulada, reprimida, de la separación... Cuando le volví a ver, en los últimos días del mes, en el hospital de fuera, en Avila, el médico procuró tranquilizarme:

—Nada. El brazo izquierdo roto.

El brazo izquierdo roto y la bala saliendo bajo el cmoplato, por encima del corazón. Así empezó la guerra. La acabó mandando una batería de antitanques en una División marroquí.

Pero aquella noche febril del 18 de julio, nada que no fuera el éxito inicial del Alzamiento ocupaba nuestra previsión. ¿Había salido ya Franco de Canarias? ¿Cuál era la situación de la Flota? ¿Y la de las fuerzas de Mola? ¿Qué pasaba en Burgos, en Oviedo, en Valencia, en Málaga...? Y Goded, ¿habría logrado sus propósitos en Barcelona? La noche era caliginosa y sobre Portugal y sobre el inmenso latido del Atlántico, el cielo tenía una difusa claridad estelar. ¿Cuál iba a ser la suerte de nuestro país, de nuestros hermanos, de nuestros amigos? ¿Qué nos reservaba el porvenir y dónde habrían de reposar, en definitiva, nuestros cansados huesos? Una gran tristeza nos transía cuando, para distraernos de la idea fija, oíamos las estaciones de radio del mundo entero, que parecían llenar la atmósfera de la alegría estival, del gozo de la tierra en paz. Sólo nuestra Patria iba a verse privada de ella, anegada en sangre y en lágrimas. Y una congoja, en la que se fundían nuestro dolor personal y el de nuestro país desgarrado, nos oprimía el corazón.

Así nos amaneció el día siguiente. No lo recuerdo sino como una sucesión de episodios dramáticos, de noticias agobiadoras, de esperanzas rebeldes a morir. Por la noche, en Lisboa, en un pequeño restaurante, hizo su última cena con su esposa, la marquesa del Rif, un comandante de la Guardia Civil y conmigo el general Sanjurjo, que había de perecer, como se sabe, al día siguiente. Pero a todo esto, el 18 de julio había pasado ya: estábamos en el 19.

Y todas esas fechas, que para mí representan cosas y personas vivas en el recuerdo, zozobras que renacen, horas de espera angustiosa, amigos que ya son un puñado de ceniza, pero que en la evocación se me aparecen sonrientes en su seguridad y simples en su heroísmo, para una generación que avanza y pronto asumirá el principal papel en la escena de la vida española, ya no son más que esa cosa fría, impersonal, documental, que se llama la Historia.

LA RUTA DEL CEREAL

LOS CAMPOS DE ESPAÑA OFREN UNA COSECHA ÓPTIMA, NECESARIA Y CONFORTADORA

CON ERIGO VINO LA ALEGRÍA

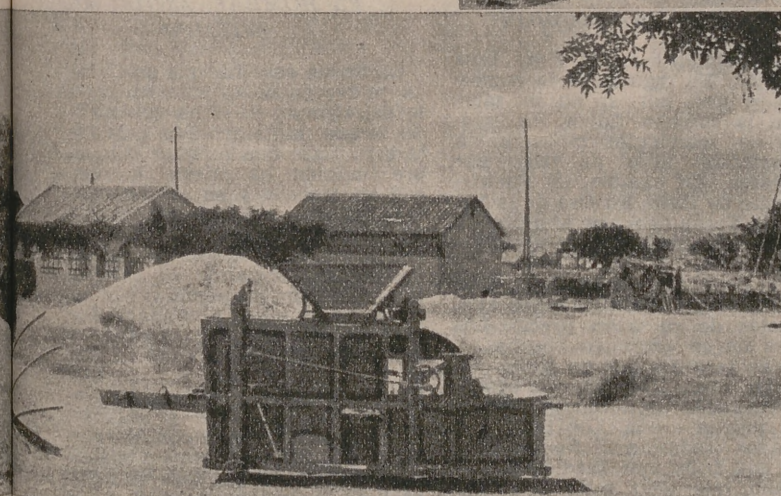
EL PASADO DÍA HAY QUE GANAR. LO EN BATALLA AMOROSA Y DURA CON LA TIERRA, LAS NUBES Y EL SOL



Los carros cargados de mies
pneen durante estos días bri-
llos áureos en todos los ca-
minos españoles

EL pan de cada jornada hay que ganarlo en una batalla amorosa y dura contra la tierra, el viento, las nubes y el sol. En nuestra áspera meseta, las mieses son a veces fruto del milagro, aunque el hombre corrija empecinadamente el clima con sudor y oficio. Pero éste es año de campanas al vuelo, no para espantar nubes o tocar a rebato, sino convocando al júbilo. Los campos de España ofrecen una cosecha de cereales óptima, necesaria y confortadora. Cuantos tractores, cuantas fábricas, cuantos triunfos para nuestra economía salgan de aquí, se adivinan con sólo pensar en que no será necesario traer trigo de fuera en toda la campaña. Cuarenta y cinco millones de quintales de grano panificable es una cifra reveladora. Ningún obsequio mejor podía hacernos la providencia en vísperas del décimo octavo aniversario del Alzamiento Nacional. Ninguna ocasión mejor, al mismo tiempo, para asomarse al campo a través de caminos vecinales y de herradura para elevar a su papel de protagonista al labrador que hizo posible este magno alumbramiento. En las ciudades y en los agros, 1954 se recordará como un año en el que con el trigo vino la alegría.

El trigo en la espiga y en la era es una espléndida realidad. En las ciudades y en los agros se recordará 1954 como un año en el que con el trigo vino la alegría



EL CAMPESINO DE CUENCA ES HOMBRE AGRADECIDO

LA avena verdea los campos; la cebada yace en las eras; el trigo está granando, a punto para ser volteado... Ya es casi una verdad en los graneros la esperanza que los labradores de Cuenca han puesto en la cosecha de cereales. Ni los pedriscos, que por fortuna no han abundado—sólo cayeron sobre los términos de Culebras y Cuevas de Velasco—ni las picardías del viento y de la lluvia remolona, han sido dificultad. Tiempo hubo, cuando en abril la temperatura bajó, en que parecía venir otro mal año capaz de compararse con el pasado. Pero a última hora todo va bien. En los caminos de la provincia se oyen palabras optimistas:

—¿Tiene usted buena cosecha?

—Gracias a Dios; si no se me logra.

—Por aquí también.

—Estaban las cámaras vacías; ni aun para las mulas había paja!

Motilla del Palancar, La Almarcha, San Clemente, Mota del Cuervo, El Provencio, Belmonte, Osa de la Vega, Tresjuncos... A la entrada de cada pueblo las mies se amontonan. Los chavales dan vueltas sobre los trillos. Y las horcas lanzan al viento el grano y la paja para que se se-

paren en un vuelo corto y brillante. El fruto es sano. Los rendimientos, mayores de lo normal. Va por comarcas. Pero en todas se sube de los ochocientos cincuenta kilos de trigo por hectárea.

Una estimación hecha a ojo por los entendidos cifra en más de dieciocho mil vagones la cantidad de trigo a cosechar. Estas cosas nunca se saben de cierto hasta que se han terminado las labores. Pero casi nunca se equivocan los enterados.

Luego llegarán las bodas. Porque en el campo, después de una buena temporada, se suceden los matrimonios. Es una manera perdurable de expresar la alegría. Con el tiempo habrá quien lo recuerde:

—Nosotros nos casamos recogida la cosecha del año 54.

CUENCA SOLO TIENE UNA ERA

Cuenca, la ciudad vertical, fresca y recogida, sólo tiene una era. Una era diminuta, casi de juguete, al pie de la inverosímil pasarela que cruza la hoz del Huécar a noventa metros de altura. En

los cafés, sin embargo, es la cosecha el tema de actualidad.

—¿Has empezado a segar ya?

—El trigo, no. Pensaba hacerlo mañana. Pero aun no se acabó la granazón. Mandé un telegrama a los hombres para que retrasen en una semana la llegada.

La charla prosigue con agarraderos parecidos. El tractor y la trilladora que la Hermandad de Labradores va a ceder a otro se prestan para hablar largo y tendido. Hay en las palabras esa vivacidad que nace de la buena ventura.

Uno, entretanto, se hace sus planes de viaje. La serranía, con sus pinares, tira de la voluntad. Mas las comarcas cerealistas están hacia el Sur. Allí hay que dirigirse. Uno se lleva una primera impresión optimista.

Partiendo hacia San Clemente al principio se hallan bosques tupidos y terrenos de montes. Luego, una maravilla de cerros dorados como inmensos melocotones maduros. Altarejo, La Almarcha,

Castillo de Garci-Muñoz... Aquí junto a los paredones de la fortaleza se aventan la cebada al contraluz del sol poniente. Un poco más allá, a la salida misma del pueblo, una codorniz sigue con su vuelo la marcha del autobús. Parece un can empecinado e incansable.

Y otra vez se oye hablar del tema de ordenanza:

—La cosecha es buena por pareja. Los yerros han fallado un poco. Fué el viento solano que vino en primavera. Y los fríos aclararon la mies. Pero es buena cosecha. Ya nos daríamos por contentos si hubiera una así todos los años.

LA «COSTA» ESTA EN DECADENCIA

En La Alberca de Záncara anochece. Una procesión sosegada y silenciosa de campesinos regresa al pueblo. Vienen en carros, a pie, con la mula del ronzal. Partieron de amanecida, con los primeros resplandores. Luego, tra-

bajaron hasta el mediodía. Cuando más apretaba el calor, vino la siesta. Después del descanso, otra vez en tarea. Y con el sol puesto, el retorno. Se duerme poco en el campo ahora. Toda la vida se polariza alrededor de la recolección. Ya se va abandonando la costumbre de «la costa». Antes, los patrones daban comida a los ereros y segadores. En la actualidad, estos son más independientes. Comen por su cuenta: guisos de carne y patatas, con algo de escabeche y embutido; tomates y pepino para la ensalada... Lo que se puede preparar en el mismo lugar de la labor. Es más frecuente el jornal que el destajo. Aquí cultivan bien la tierra. No es elogio dicho por los propios habitantes de La Alberca. En San Clemente también lo saben.

—Allí miman los campos. Si en San Clemente damos seis vueltas al barbecho, en la Alberca le dan diez. El obrero madruga más. Esto se nota en la cosecha.

Tampoco se quejan en San Clemente. Van a sacar, por lo menos, novecientos kilos de trigo por hectárea. El Servicio Nacional del Trigo lo paga bien.

—A cuatro pesetas, da ganancias. Vale la pena cultivarlo. La cebada es otro cantar. Aunque si también lo recoge el Servicio del Trigo, todo está arreglado.

Esto lo dice un labrador que antes fué pirotécnico. Hacía cohetes contra los nubes. Se hizo con tierras después, y a ellas se dedica ahora.

MENOS CEPAS

Por aquí se agradece la labor del Ministerio de Agricultura. Se

sabe cuánto vale su decisión de mantener los precios. Tampoco se olvida la tarea sindical. La Hermandad de San Clemente tiene dos tractores: uno de cincuenta y cinco caballos que cede a otras tantas pesetas la hora, y otro de treinta y cinco, que trabaja a treinta y ocho pesetas.

Ahora están en la Hermandad dos cosecheros que entregan su vino a la Comisión de Compras. Se habla de la vendimia por venir también abundante. Demasiado vino. La pregunta nace sola.

—¿Se arrancaron muchas cepas aquí este año?

—No, señor. Y ya podíamos haberlo hecho. Hubieran dado más las tierras en trigo que en uva.

El campesino cree necesario averiguar a su vez:

—¿Cree usted que el Estado seguirá abonando primas por viña arrancada?

—Eso parece, amigo.

El gesto permite adivinar que pronto habrá menos cepas en el término municipal. Y que aumentará la superficie dedicada a cereales.

San Clemente tiene una plaza Mayor casi perfecta, con portales de piedra dorada. En el bar un cartel que recuerda la época en que estamos. Anuncia «El demoledor de mieses». Un aparato que echa abajo la cosecha en un santiamén.

MOTA DEL CUERVO, UN PUEBLO ALEGRE Y EN MARCHA

Estamos en La Mancha, una tierra estridada como un inmenso bostezo. De noche, el cielo se muestra abierto, sin montañas que agobien el horizonte. Las estrellas brillan como tachuelas verdes. Y de día el paisaje está inundado de luz. En Mota del Cuervo surge la sorpresa: el Patronato de Construcción de San Isidro ha ido llenando el pueblo de edificios alegres y amplios. La cosecha también es excelente. De nueve a diez granos por simiente —unos novecientos kilos por hectárea— para el trigo. En la cebada, más: mil ochocientos kilos por hectárea.

—Es debido a la grana. Relativamente hay poca mies.

La Hermandad de Labradores tiene dos trilladoras y dos tracto-

res. Una gran Cooperativa vinícola deslumbra con sus instalaciones. Para ayudar en las épocas de poco trabajo en el campo se hacen tinajas, botijos. El agua para regadío no se ha buscado.

—O no se ha puesto interés, o está muy profunda. Yo tengo un pozo todo tallado en la piedra.

El que habla introdujo allí el cultivo del garbanzo. El cree que los que obtiene son mejores que los de Fuentesauco. Ahora también se planta mucho el comino.

Ya se va pensando en la cosecha próxima. Se preparan las semillas selectas. Para conocer las necesidades del pueblo, se leerá un bando. Un día de éstos irá a manos del voz pública.

Mota del Cuervo tiene un molino de viento, cuidado y repulido, que compone el paisaje. Tiene también un mesón, el «Mesón del Quijote», limpio, confortable. Allí se oyeron los clientes el viernes pasado la sinfonía 40 de Mozart sin que nadie pidiese cambio de emisora. De atardecida, se discute de motos al aire libre. Hay muchas por esta comarca. Y bicicletas también. Hasta algún cura se cruza por los caminos, con la sotana remangada, dejando una estela de detonaciones en su caminar.

EL RIO ZANCARA ARRASTRA UNA ILUSION

En Belmonte nació Fray Luis de León. En seguida se lo recuerdan a uno por si no lo sabe. Aquí la cosecha flojea. Se esperan de setecientos cincuenta a ochocientos kilos de trigo por hectárea. En cambio, en Fuente-delpino de Haro. En Osa de la Vega. en Tresjuncos, en Montanaya se llenarán los graneros hasta rebosar.

En Belmonte, desde hace poco se cultiva en abundancia los ajos, al olor de su buen precio. Las vides no se arrancan porque están en terrenos que no sirven para otra cosa. Algo parecido ocurre en Tarancón. Son tierras frescas con mucha arena. Los trigales y cebadas tempranas fueron mal por los fríos; los tardíos por el solano, que aquí sopló con peor intención. El centeno va bien. Se ha sembrado bastante en Belmonte. Sustituye a las leguminosas

que casi no se plantan ahora.

En la comarca hay una gran ilusión. El encauce y saneamiento del río Zancara. Inunda, tal como está, las tierras bajas y dificulta el cultivo.

—Se podrían conseguir por lo menos tres mil hectáreas de huerta.

Quien lo asegura conoce bien lo que dice. Parece que hay proyectos en marcha y que quizá pronto sea una realidad lo que tanto se desea. En El Provencio ya hay una enormidad de pozos accionados con energía eléctrica. Son obra del Instituto Nacional de Colonización. Aquí los labradores saben lo que vale el regadío y lo reciben como un don del cielo.

En Tarancón, los trigos y las cebadas van bien, aunque aquella es zona de vino más que de otra cosa. Un labrador del lugar define así la situación:

—En Huelves, en Pareñes, en Carrascosa del Campo, un par de mulas ara sesenta fanegas. Son pueblos cerealistas. Aquí, con veinticinco fanegas va que arde. El trabajo hay que repartirlo también con las vides y los olivos.

Pero de todas formas, en ninguna de las zonas citadas hay razones para el pesimismo. Al contrario.

EL HOMBRE AYUDO AL TIEMPO

La buena cosecha que en Cuenca se recoge no es sólo un regalo del tiempo. Si él ha contribuido a que la temporada cerealista terminase con fortuna el hombre también ha puesto lo suyo con su trabajo y su inteligencia. Este año se ha abonado mucho. El Servicio Nacional del Trigo distribuyó fertilizantes en abundancia, garantizando su calidad. Por otro lado, las semillas son escogidas, no sólo en calidad, sino también en cuanto a la variedad que más conviene a cada comarca. Con el «Cabezorro» se han llegado a obtener de 15 a 16 granos por semilla; con el «Roma» de 18 a 20; también con el «Florence Aurora» se lograron buenos resultados. Los que más se siembran en la provincia son el «Chamorro» y el «Aragón 03». Entre unas cosas y otras, a las que hay que añadir la mecanización creciente, el campo conqense aumenta su productividad. A esta marcha pronto se lograrán frutos increíbles. El campesino de estas tierras es un ejemplar humano admirable. En buenas y malas épocas trabaja sin descañso y sin lamentaciones. Merece, porque se lo gana, cualquier ayuda que a él llegue.

Ahora los pueblos de Cuenca están envueltos de un sutil polvillo, el halo de las eras en marcha. Cuando acaben estas faenas vendrá un respiro antes de la vendimia. Por septiembre se celebran las fiestas de casi todos los pueblos. Entonces la alegría se desbordará. Porque al hilo de la buena cosecha las arcas estarán llenas.

F. CARANTONA



Las máquinas trilladoras abrevian las labores precisas para que en el menor tiempo posible el trigo vaya a los graneros

TOLEDO, ENTRE LAS CINCO PRIMERAS PROVINCIAS TRIGUERAS

EN el kilómetro 10, según se sale de Toledo, es donde empieza lo bueno, pero antes hay que pasar por Zocodover y subir 600 cuestas; porque en Toledo todo está cuesta arriba aunque bien es verdad que, tarde o temprano, se termina en Zocodover y se puede recalar de vez en cuando en El Suizo para asomarse a la cabelleira cansa y burbujeante de una cervecita; y es que hoy los 35 grados no se los quita a uno nadie.

Hacia la mitad o cosa así de una de esas cuestas está el Servicio Nacional del Trigo y allí el ingeniero jefe provincial (Cortina se llama) que es casi un muchacho, ha ido poniéndole los puntos a las ies de una impresión general de la cosecha: de las cosechas, digo, porque resulta que hay tres en el sentido horizontal de la palabra, en las tres zonas cerealistas de la provincia: la de Talavera; la Central: Torrijos, Maqueda, etcétera, y la manchega: de Ocaña para abajo.

Tres zonas tan diferenciadas entre sí, o más, de lo que pueden estar dos provincias; hasta el punto de Talavera se adelanta en la recolección a La Mancha casi en un mes. Y es que Talavera tiene el canal bajo del Alberche con diez mil y pico hectáreas de regadío.

Sin embargo es este año Torrijos y Maqueda lo que promete mejor cosecha, mientras La Sagra ha salido a trompicones del mes de abril, que ha sido malo, sin reponerse del todo.

—Pero bueno, la cosecha—en general—de cereales ¿ha sido buena o no?

—En general ha sido buena; puede decirse que está entre las mejores desde después de la guerra.

—¿Superior a la del año pasado?

—Superior a la del año pasado.

—¿En qué puesto pondría usted a Toledo entre las provincias cerealistas?

—Entre las cinco primeras provincias trigueras. Y la que más brega exige.

—Dígame características de esta campaña.

—Es en la que más se ha abonado. El S. N. T. ha realizado 14.000 préstamos de abono a los agricultores. Anote usted, como cosa curiosa, que la cosecha probable de trigo en la provincia se calcula en 14.000 vagones.

—Casi el millón y medio de quintales, ¿no?

—Una cosa así, efectivamente.

—¿Y de cebada?

—De ocho a diez mil vagones. También ha sido una cosecha excelente.

—He oído hablar algo sobre los precios...

—Se le nota que le ha gustado la pregunta.

—Gracias al S. N. T. la cebada no perderá precio este año. Ha-

Esta estampa pudo fotografiarse en cualquier lugar castellano. Amorosamente los campesinos cargan los carros de mies para conducirla a las eras



bía ya quien estaba dispuesto a vender a 1,80 el kilo, y a menos. El Servicio ha salido a defenderlo garantizándolo a 2,20; lo que hará que en el mercado esté por lo menos a 2,30. La gente no se da cuenta de lo que esto significa, pero el agricultor sí, y por eso está contento con nosotros.

EL PAISAJE

Como decía al empezar, es en el kilómetro 10, según se sale de Toledo, donde empieza lo bueno; a pesar de la última cuasticita con música de fondo de la caja de cambio del autocar: una especie de Ima Sumac sólo que afónica.

Sí, porque, de pronto y sin avisar, se llena el parabrisas de un paisaje aplastado, imponente, como una inmensa manta ocre con algún remiendo de barbechos negruzcos; casi sin una ondulación, rabiamente castellano. Y a uno, hombre de ciudad y de Castilla, se le ensancha un poco el corazón. Rastrojos; rastrojos hasta donde alcanza la vista; y los haces de mies que parecen un rebaño quieto y amarillo y de vez en vez un rebaño de ovejas que parecen piedras. El sol que va de retirada deja unas sombras negras, monstruosas. Y pasan los surcos corriendo a toda prisa hacia Toledo. También pasa corriendo Rielves. En cambio se está quieto a lo lejos el castillo de Barcience. Junto a la carretera huyen los conejos (aquí hay conejos como escombros) y hasta dos perdices como enloquecidas, muy ridiculitas de andares. Torrijos es un pueblo de aquí te espero y habrá que pararse a la vuelta; por lo pronto hay parada y fonda en la taberna, a espaldas de la iglesia, y uno se explica que toda esta teoría de hombres de tierra adentro se tiren a la merluza frita, que es lo exótico, y al bacalao para acompañar el vino que no es ninguna tontería. A los cinco minutos se zarpa otra vez. Ya han desaparecido las pescadoras, guayaberas y corbatas de Zocodover

y el paisaje humano se ha hecho un poco uniformado: sombrero de paja de trillador, camisa, chaqueta al hombro, galgas en los pantalones para aunar las perneras, pañuelo en pico gualdrapando la cintura y la cadera, y abarcas de cubierta de neumático.

Pasamos por Maqueda, que queda a la derecha al borde de la carretera que va a Madrid, con un castillo impresionante, cuadrado, de torreones redondos; parece un buldog protegiendo al pueblo, que en una espadaña medio en ruinas tiene hasta su nido con dos cigüeñas; también tiene dos cementerios y uno se pregunta para qué, si es que darán a elegir.

Santa Olalla, buen pueblo también con el sorprendente espectáculo de un turismo que se cruza llevando en la boca un burrito pequeño, un poco asombrado de ser jinete. A la derecha, limitando la llanura apenas ondulada, el serucho tremendo, azul de Prusia de Gredos y, ya el testigo del Alberche: la alameda de chopos encorsetados de cal que no nos dejan hasta Talavera.

TALAVERA DE LA REINA

Que tiene la más linda alcaldesa que pueda imaginarse: la Virgen del Prado. Morenita, con un Niño chiquitujo y venga de collares de perlas alrededor de las dos cabezitas que emergen del manto bordado. La Virgen del Prado es la Patrona de Talavera y de las cosechas y debe tener mucha influencia en la corte celestial, porque hay que ver qué cosechas y qué Talavera. Ya de entrada está

el anticipo del Prado que es un vergel. Luego la calle de San Francisco, la Corredera, la plaza del Reloj. Talavera es casi una ciudad y después de venir de Toledo aquí todo parece cuesta abajo. Azulejos por todas partes y casas en construcción por todas partes; Talavera crece.

Aquí uno de los mejores agricultores de la región es el doctor Leyva, especialista de pulmón, con un aspecto inconfundible de hombre de Castilla y que tiene su «violín de Ingres» que abarca desde el trigo hasta el tabaco, pasando por el algodón, la ganadería, la cebada y qué sé yo cuantas cosas más.

Es el delegado local del S. N. del Trigo y me habla casi en los mismos términos que el ingeniero de Toledo. Cultiva en regadío y en seco, y como no hay prenda como la vista nos vamos los dos a su finca que está cerca. Me habla de la falta de unión entre los agricultores que permite una serie de problemas que no existirían de haber una compensación. La demanda—dice—ha disminuído, pasadas las épocas críticas, y el comprador aguila cada vez más; si no fuera por el Servicio Nacional del Trigo el mercado de cebada hubiera peligrado. También el doctor Leyva emplea el trigo «Pané» que según dice da un rendimiento de un 26 por 1. Los trigos Candeal y «Cruchet» se han ido desechando y hoy se emplean como idóneo el «Florencia Aurora» y el «Montana», trigos de ciclos cortos que no están tan a expensas de los fuertes calores. El «Pané» le permite en regadío un segundo fruto en verano, de tabaco, generalmente. En cuanto al seco este año ha sido escaso de agua, a pesar de lo cual la cosecha de trigo ha sido sorprendentemente espléndida. La cebada, con un mes de febrero frío, con poca agua y un marzo irregular, se ha helado bastante por esta zona; y es que—dice el doctor Leyva—el agricultor siente el afán de madrugar la sementera que tras una primera etapa exuberante fué dañada por las heladas. A pesar de

ello, la cosecha no ha sido mala en cebada.

Me va enseñando la finca; el tabaco, ya pasado el peligro de las heladas, se presenta espléndido; uno piensa en las cajetillas de «Bisonte» que hay aquí metidas con los secaderos esperando. Largas filas de olivos, plantaciones de algodón que apenas levanta ahora unos centímetros del suelo. Y las acequias que dan gloria verlas.

Me enseña unas docenas de vacas holandesas que nos miran tristísimas con esa mirada ya clasificada como de «vacca mirando al tren». Estos pastos fueron en tiempos la ganadería de la Viuda de Ortega. Aquí pastaba el toro «Baiaor» que puso de luto al torero matando a José. Uno piensa mirando a estas vacas cómo cambian las cosas y lo que a uno le hubiera gustado que no hubiera pasado ni aquí, ni en ningún lado «Baiaor». No sé si es que tiene melancolía la tarde que está cayendo serrada por el canto de una chicharra estajanovista.

El coche del doctor Leyva nos vuelve a Talavera bordeando el canal del Alberche, que pasa enchiquerado escupiendo vida a diestro y siniestro. La friolera de 9.000 hectáreas de regadío va a hacer posible ese canal, de las que 5.000 están puestas en cultivo ya. Cinco poblados enteros van a nacer a su amparo y cientos de familias van a beneficiarse de ello. Saludo al Alberche con la mano y me voy de Talavera.

LA ZONA CENTRAL

La iglesia que tiene Torrijos es soberbia, y Torrijos ya he dicho que es un pueblo de aquí te espero, y en Torrijos conozco a un agricultor, que es un descubrimiento. Jesús Renilla, ex oficial de la Legión, licenciado en Filosofía y Letras, periodista «amateur» y agricultor de pura cepa; todo ello apretado dentro de veinticinco años, de 1,80 metros de estatura y un cuerpo recio y elástico de hombre de campo.

Llegamos de noche; me presentan a José María, su hermano; José María es el teniente de alcalde, y Julián, el mayor, el Alcalde de Illán de Vacas.

El pueblecito tiene una casa, así como de 20 metros de frente por cinco de fondo, en donde están instalados «por las buenas» la escuela, la vivienda de la masstrita, el Ayuntamiento, Correos y el calabozo. En el calabozo no hay más que unos jamonos y unos chorizos; pero por condenas cortas, suponemos; ninguno cumple el año. Y es que la cárcel no funciona aquí desde antes de la guerra; como el cementerio, que también está en paro forzoso desde hace dieciséis años. Aquí no se muere nadie, y cuando se muere le ponen una lapidita de cerámica con unos versos conmovedores: los cardos hacen el resto.

Illán de Vacas, que va a ser declarado finca modelo, es de los cuatro hermanos Renilla, que llevan la administración económica y social como la sáda. En quince

años no ha habido ni un despido, y aquí todo tiene un aire patriarcal; sobre la marcha hay que hacer de juez, de alcalde, de enfermero o de comadrona; y subirse a un trillo o al volante de un tractor. Porque aquí todo, o casi todo, se hace mecánicamente; la finca tiene dos cosechadoras americanas y una trilladora de fabricación española, más una serie de arados, trillos, etc., etc., a pesar de lo cual se sigue empleando la misma cantidad de gente que cuando las labores eran a brazo o con ganado mular, del que aun se emplean hasta 21 caballerías.

He seguido paso a paso con el guarda—Pedro Soria, sexta bandera de la Falange de Castilla, 11 división—una jornada de la cosecha; jornada llena de sorpresas para un hombre de ciudad. La gente se levanta «con el tren», es decir, que el tren que pasa a las 7,20 hace de despertador. Trabajan en la siega o en la trilla hasta las diez y pico, lo que llaman «el cigarro», y a las once llega el gazpacho; he visto, fascinado, desaparecer una tina de sus buenos 15 litros, con cada saponico flotando de casi medio pan, a manos y cucharas de once jornaleros. Gazpacho preparado sabiamente por «Paco Casera» una especie de jockey tostado, socarrón, algo amoscado ante la expectación periodística, que más da la receta del gazpacho de Navalalmorales—¡por Dios, no hay que confundirlo con el gazpacho de Ceboilla!—, a base de machacar sal, ajos y aceite; añadir pepino picado, tomate, vinagre, más aceite y agua; pero con mucho pulso en las mazclas para que el punto sea bueno. Y, hala, a trabajar hasta las dos, que llega el cocido: sopa con pan migado, garbanzos, chorizo y el calabozo. Y siesta hasta las cuatro y media. Más trabajo, merienda a las siete (gazpacho otra vez), y al caer el sol a cenar: un plato fuerte con patatas y judías y aceitunas de postre. Luego a dormir en la era, que es lo bueno.

El jornalero vive de eso y del «piujar», que es una especie de tanto por ciento de comisión de la cosecha en grano. Más la «misión»: un suministro mensual para sostenimiento de la familia, que consiste en 22 kilos de harina, tres litros de aceite, una arroba de garbanzos y una arroba de vino. Más un jornal en metálico que oscila según la categoría. En total, un ingreso anual por jornalero de más de 12.000 pesetas, entre unas cosas y otras.

La cosechadora abalanza sobre la mies sus palas horizontales y, como un milagro, con un temblor trepidante y bárbaro, cae por un tubo el chorro limpio de trigo en los costales. Quince o veinte segundos. Lo que un hombre tardaría horas en conseguir. Y encima de la plataforma, manejando el embrague, el mismo hombre resaca, con el pescuezo surcado de arrugas hondas en una hidrografía de años, que hace unos cuantos sudaba agarrado a la manecera, jurando tras la yunta.

Da gusto luego, en la troje, hundir las manos en el montón de trigo y sentir resbalar entre los dedos el pan...

Fausto DE LIMA



Las espiigas brindan al hombre el grano con que ha de alimentarse

EL GRANERO ARAGONES

EN realidad, desde la famosa cosecha del año 46 no se había visto en Aragón un año completo, de regular cosecha, que hiciera buena la frase del «Aragón, granero de España», que ha cascabeleado siempre en los oídos del labrador aragonés. Pero, como decía hace unas noches un viejo agricultor alfameño, condecorador como pocos del carácter extremado de los hombres de esta tierra, el aragonés de raza se crece en el sufrimiento, en la desventura, especialmente cuando la suerte parece contradecir su tesón.

Por ello, tras de varios años verdaderamente catastróficos para la agricultura, Aragón entero se había emplazado a sí mismo para librar batalla a la adversidad. Y así, tan pronto como las lluvias del otoño prepararon suficientemente la tierra, es decir, tan pronto como «el tempero» dió la voz de alarma jubilosa por todos los rincones de la geografía agraria de Aragón, los agricultores de las tres provincias aragonesas se lanzaron afanosos y entusiasmadamente a lo que había de ser durante toda la campaña «la batalla del trigo en Aragón».

MAS SUPERFICIE SEMBRADA QUE NUNCA

Los datos han sido claros y concretos. Dada la excelente preparación de la tierra por las abundantes lluvias de otoño, en Zaragoza se dedicaron mayor cantidad de hectáreas que nunca a la siembra de cereales. Todos los barbechos preparados el año anterior, y muchísimas hectáreas de tierras resembradas ante la nula cosecha del año anterior, fueron dedicadas al trigo, en la esperanza de que este año fuera definitivo y fundamental para este tipo de cultivos. Se dispusieron las mejores semillas—concretamente el «Aragón 03», el «L 4» y el «Senatore Capelli», todos ellos de excelente rendimiento, y la siembra con estos trigos, solamente en la provincia de Zaragoza, fué del orden de los 2.500 vagonos.

El tiempo fué bueno, en general, durante el proceso del ciclo productor, pero las lluvias de primavera se hicieron esperar excesivamente. Posiblemente la cosecha por este motivo, con ser excelente, no es todo lo extraordinaria que pudiera haber sido. En los días anteriores a San Isidro—el santo labrador—llegó a temerse incluso que todo el esfuerzo de la campaña resultara estéril y baldío, pero más tarde el tiempo cuajó en una serie de temporales beneficiosos que han hecho posible el espectáculo de inmensas llanadas de trigos en los que el peso de la espiga hace doblar la caña y brillar de gozo los ojos del campesino aragonés.

CUARENTA Y CINCO MILLONES DE QUINTALES METRICOS

La cosecha de este año está



La máquina rural, arrastrada por caballerías, también colabora con el hombre en las faenas de recolección.

calculada ya en estos momentos en unos 50.000 vagonos. La mitad aproximadamente de esta cifra, es decir, unos 25.000 vagonos, corresponden al trigo que está recolectando la provincia de Zaragoza. Especialmente en sus famosas comarcas de Cinco Villas y de Los Monegros, sin que deba olvidarse por ello las fértiles comarcas de Caspe, de Daroca, de La Almunia y de Calatayud.

A Zaragoza le sigue en importancia cerealista la provincia de Huesca, que este año, a su vez, ha sembrado mayor cantidad de hectáreas que nunca, y en estos momentos, aunque la recolección en esta provincia hermana se realiza algo más tarde que en la de Zaragoza, el cálculo de la producción triguera es de unos 14 a 16.000 vagonos. Lo cual es una excelente marca si se tiene en cuenta, además, que estas cifras han de ir progresivamente en aumento en la medida que vaya ultimándose la magnífica serie de nuevos regadíos que están previstos y en vías de realización en la provincia oscense.

Estos 50.000 vagonos de trigo suponen algo más de la décima parte de la cosecha triguera de toda España, que este año está calculada en unos 45.000.000 de quintales métricos. Traducido a pesetas, el valor de esos 50.000 vagonos—ó 5.000.000 de quintales métricos—equivalen a 2.000 millones de pesetas, cifra que indudablemente no se había alcanzado nunca en las cosechas cerealistas de Aragón. Y si estas cifras de producción, realmente espléndidas, son posibles ahora, tan pronto como las condiciones climatológicas son favorables, habrá que pensar despacio qué clase de despensa pueda ser Aragón para España cuando los planes hidráulicos y agrícolas que están en marcha en estos momentos en zonas fundamentales para la producción agrícola, como son la colonización de las Bárdenas y Cinco Villas y la zona regable de Los Monegros sean una realidad clara, concreta y positiva.

LA RUTA DE LAS ERMITAS

Hasta Zuera, el viaje lo realizamos por la carretera general de Huesca. Y desde Zuera, por una carretera de segundo orden que, cruzando la espléndida perspectiva de la zona de los pinares, nos adentra en el corazón de una de las zonas más ricas y fe-

racas de Aragón. La zona de las villas de Egea de los Caballeros, Tauste, Uncastillo, Sádaba, Sos del Rey Católico...

La mañana es fresca y el paisaje una pura delicia. Una delicia por los pinares del trayecto y por este espectáculo maravilloso, siempre antiguo y siempre renovado, de las magníficas cañadas de rastrojos, en los que se amontonan simétricamente los fascasles, oro viejo, de la mies.

En el camino sembrado de ermitas—la ermita de la Virgen del Salz, la derruida de los Paúles, la de Nuestra Señora de Monlorra—un hecho asombra al cronista: no se ve, ni el campo ni en la carretera, una sola caballería, ni un carro, ni vestigio alguno de esa típica estampa campesina que componen el labrador y sus mulas en el quehacer ordinario de su faena.

MECANIZACION DEL CAMPO

Esto tiene una sencilla explicación. De unos años a esta parte, como por arte de magia, todo el ajetreo campesino se realiza ahora por procedimientos mecánicos, y el tractor y sus remolques han sustituido prácticamente—y suplenemos que ventajosamente, aun que el paisaje pierda con ello belleza y poesía—a esa aragonesa «ringlera» de mulas y de caballos de labor, tirando de la galera cargada con la preciosa carga de mieses, camino de la era.

La mecanización es completa, por lo menos, en esta comarca de Cinco Villas, donde, a partir del año 40, esta mecanización se ha ido desarrollando de una forma sistemática y progresiva, principalmente en aquellos pueblos que, por la extensión y la topografía de sus términos, hacían aconsejable económicamente esta mecanización.

En Egea de los Caballeros, adonde hemos llegado tras de visitar los pueblos de Las Pedrosas, Erla y Luna, nos entrevistamos con el presidente de la Hermandad de Labradores y Ganaderos, don Rafael Pastor, con quien charlamos extensamente sobre la mecanización y esta espléndida cosecha.

—¿Cuáles son los pueblos de Cinco Villas que mejor se han adaptado a esta mecanización del campo?

—Aparte de Egea, que posiblemente es el más adelantado y que incluso cuenta con una fábrica de segadoras mecánicas, los pueblos de Sádaba, Luna,

Biota Erla, Valpalmas, Las Pedrosas y Sierra de Luna.

—¿En qué medida se realiza esta mecanización?

—Antes de nuestra guerra de Liberación—nos dice ahora el vocal provincial de la Comisión Cerealista de la Cámara Agrícola, Navarro Alcaide—solamente unos 50 tractores trabajaban normalmente en toda esta comarca. Ahora pasan de 700...

—¿Cuántas cosechadoras modernas realizan la recolección esta campaña?

—Aproximadamente un centenar. De ellas, 30 son anteriores al año 36, y el resto, de las más modernas que se conocen, generalmente americanas.

—¿Son suficientes cien cosechadoras para atender las necesidades de la comarca en un año de gran cosecha como éste?

En la conversación está presente, con el jefe de la Hermandad y el vocal de la Cámara, el secretario de la Hermandad de Egea, Geordano Sancho, que es quien nos responde:

—Desde luego que no, pero hay que tener en cuenta que los últimos años han sido agricolamente nulos o casi nulos en esta región y, por tanto, dado el precio de estas máquinas, que han venido oscilando entre las 300 y las 400.000 pesetas, no ha sido posible adquirir todas las cosechadoras que hubiera sido de desear.

—¿Qué otras máquinas emplean en la recolección?

—Las segadoras mecánicas que funcionan solamente en esta zona, unas 4.000. También las trilladoras, como es lógico, aunque éstas cada vez se emplean en menor escala. Este año hay trabajando unas 500.

SIETE MIL VAGONES DE TRIGO EN CINCO VILLAS

Para darnos una idea tan concreta de la importancia cerealista que entraña Cinco Villas, preguntamos al jefe de la Hermandad la superficie sembrada en la zona, el rendimiento y, por tanto, la cantidad de vagones a recolectar.

—Puede calcularse en unas 50.000 hectáreas la tierra sembrada de trigo en la presente campaña—nos dice—, con un volumen de grano de unos seiscientos vagones o poco más.

—¿Rendimiento?

—De diez a once simientes.

—Por tanto...

—Por tanto la cosecha será aquí de unos 6.500 a 7.000 vagones de trigo.

—¿Es buena esta cosecha en relación a los años precedentes.

—Desde luego. Especialmente si se tiene en cuenta que el año 52 se recolectaron 2.600 vagones, y el 53, es decir, el pasado, solamente 600.

—¿Cuáles son las variedades de trigo predominantes en la región?

—La denominada «Aragón 0-3», que es de una gran riqueza de gluten, con buen rendimiento de harina y resistente a los fríos y a estas tierras ásparas y reseca generalmente.

La mañana ha pasado rápidamente en esta serie de entrevistas con los jefes locales y técnicos de la comarca. Para la tarde hemos acordado la visita a diferentes fincas de Egea de los Caballeros, donde la recolección está ya muy avanzada por medio de modernas cosechadoras.

En efecto, visitamos la finca «El Bayo», a unos 10 ó 12 kilómetros de Egea, y el espectáculo que se ofrece a nuestros ojos es realmente cinematográfico.

EN EGEA O EN EL CANADA

La pregunta salta de nuestros labios con espontaneidad y asombro. Los reportajes que de vez en cuando hemos visto en el cine sobre la recolección en Estados Unidos o en el Canadá se reproducen insólitamente ante nosotros. Una magnífica cosechadora norteamericana—una «John Deere», de 65 caballos—se encuentra en plena faena de recolección. La máquina lleva un solo sirviente: el conductor, y a un paso sorprendentemente ligero recorre la inmensa llanada de trigo, formando unas «carreteras» de rastrojo de tres metros sesenta centímetros de ancha, para llenar el depósito de unos mil kilos de capacidad cada quince minutos aproximadamente. La estampa inverosímil se complementa con la aparición de un camión que cada cuarto de hora se pone al par de la máquina para que ésta vacíe su preciosa carga y siga produciendo implacablemente.

Panorámica de un campo de trigo en tierras aragonesas

Nos acercamos a la máquina y subimos hasta su «puente de mando». La perspectiva es sencillamente extraordinaria. Inmensos campos de mies se extienden por el horizonte hasta perderse en las estribaciones de los montes de Las Bardenas. Preguntamos al conductor de la máquina.

—¿Qué producción hace al día una cosechadora como ésta

—Haga usted la cuenta—nos dice—; cada quince o veinte minutos, 1.000 kilos de trigo.

—Bueno, depende de las horas de trabajo, ¿no?

—¡Huy, las horas! Aquí se trabaja también por la noche...

—¿Entonces?

—Diga usted que, en jornada normal, unos tres vagones y medio o cuatro.

—¿A cuántos segadores les «quita» el puesto esta máquina cada día?

El conductor de la cosechadora se ríe.

—Hombre, no sé—nos dice—; pero otros años, en esta misma finca trabajaban de cincuenta a sesenta jornaleros por esta época...

JUGARRETA DEL DIABLO

La visita a la zona famosísima de Los Monegros, la teníamos prevista para la mañana siguiente a nuestra excursión por Cinco Villas. Pero razones importantes—nobleza obliga, y más si estamos en Aragón—nos hicieron posponer el viaje hasta por la tarde, una vez que el propio presidente de la Cámara Agrícola de Zaragoza, don Juan Espinera, y el secretario de la misma entidad, don Clemente Pamplona, mostraron deseos de acompañarnos en nuestra excursión monegrina.

La primera parte del viaje es tan perfecta como aleccionadora. El magnífico Chrisley ha dejado ya atrás Santa Isabel, Villamayor y el verde espléndido de sus cultivos de buena huerta. Hacia Perdiguera y Lecién, comienza ya el sobrecogedor paisaje de la zona poco menos que desértica... en años menos afortunados que el presente. Extensas llanadas de un amarillo rojizo—el rojo suave que pone sobre la caña amarilla de paja, la espiga fuerte y maciza de los trigos magníficamente granados—se dilatan enor-



memente a ambos lados de la carretera, hasta perderse, casi en el infinito. Es un espectáculo realmente subyugante este de los trigos todavía sin recolectar, erigidos apenas por el milagro de su fuerza, pero vencidos, en sí, por la grandeza de su propio poderío, de su riqueza, de su peso, de su exuberante granazón.

A la izquierda, al fondo, se recorta espléndida y gallarda, la gravedad suprema de la sierra de Alcubierre. La sierra de Alcubierre, con esa gravedad y esa misma belleza con que un puñado de héroes, de mozos de España, habían sabido hacer donación de sus vidas allí mismo, en un momento determinante de la historia patria.

Todo era perfecto y emocionante en el desarrollo de la excursión. Pero el mismo diablo, en la más insospechada forma de picardía, vino a jugarlos la más «delicada» de las jugarretas imaginables...

A REMOLQUE DE UN TRACTOR

A nuestro chófer—que tiene nombre de compilador de leyes góticas—Recaredo, se le había olvidado llenar de esencia el depósito del coche, e inopinadamente, nos quedamos «varados» entre Monegrillo y La Almolda, camino de Bujaraloz...

Yo no sé si ustedes se imaginan lo que supone quedarse en estas circunstancias en una carretera de Los Monegros, donde es poco menos que improbable que aparezca un coche en horas y horas de espera. Sobre las ocho de la tarde después de dedicarnos hora y media a las más extrañas especulaciones de cómo pasar la noche en tan «hospitalario» lugar, acertó a pasar un grupo de segadores que regresaban a La Almolda, una vez terminadas sus faenas. Nos cupo la suerte de que se tratara de uno de los propietarios del pueblo, don José María Olona, que se ofreció a remolcarlos con un tractor de aceite pesado que tenía en una finca cercana.

De esta forma, a las nueve de la noche hacíamos nuestra poca airosa entrada en La Almolda, ante la mirada atónita de los vecinos, que no comprendían cómo un coche tan lujoso hiciera de remolque de un tractor dedicado a las faenas del campo...

La excursión había terminado antes de lo previsto. Pero no había fracasado. Tenía en mis manos la información necesaria, y en mis ojos la imagen del magnífico espectáculo de la comarca monegrina en un año de júbilo por la esplendidez de su cosecha.

Ya en Bujaraloz, y tras de repostar cumplidamente para evitar nuevas sorpresas, visitamos una finca cercana, donde a la maravilla de sus trigos—todos iguales y que hacían muro dorado a la luz de los faros del coche—correspondía la aragonesa esplendidez de sus propietarios, por quienes fuimos obsequiados con una magnífica cena al estilo de esta tierra de señores, que es Aragón. Nuestra misión estaba cumplida.

M. LUIS DOMINGUEZ



El aire separa el grano y la paja. Cada paletada lanzada al aire es como una salva de alegría

TRIGO EN LA CAMPIÑA CORDOBESA

DESDE que salí de Madrid me dijeron muchas veces los viajeros de Sevilla y Cádiz que venían en el rápido.

—¡Ojú, se necesita valor! ¡Ir a Córdoba y al campo en el mes de julio! Va usted a la sartén de España.

Pero si París bien valía una misa según la herética frase, Córdoba, como tierra del cereal bien valía correr el riesgo de freírse. Y digo tierra del cereal, porque Córdoba es ahora el segundo granero de España y ante esto olvida su estirpe taurina y su fama de buen vino.

Una «miss» que también iba en el departamento y que comía fruta con la celeridad de una mona, me dijo con su deje ganoso:

—¡Oh, Córdoba! Yo sé que allí sólo saben «toguear».

Y a mí me daban ganas de decirle: «Véngase a ver si saben también trabajar...». Pero, naturalmente, no le dije nada y cuando íbamos llegando a los cultivados campos de Córdoba, la sorpresa fué mayúscula para algunos viajeros, incluyendo la «miss».

Habían quedado atrás los oliveros pueblos jiennenses y bruscamente el paisaje cambió. Dejamos de ver los olivos y los árboles frutales y, en su lugar, fueron apareciendo unas dilatadas planicies sin horizonte, que asemejaban mares de ondulantes mieses. En otras de estas inmensas llanuras que jalonaban la ruta del tren, el trigo ya estaba segado y los haces salpicaban los rastrojos en espera de ser transportados. Algunas tierras tenían ya la parva en la era y los hombres trajinaban la faena con un rito. A lo lejos también se veían almiares como perfectas pirámi-



Otra de las operaciones que se llevan a cabo en la era

des amarillas junto a los encalados cortijos.

EL MITO TAURINO SE HA DERRUMBADO

La ciudad nos depara otra sorpresa. Aquí no oímos hablar de toros. Se vive sólo para la cosecha, y los labradores ricos cruzan las calles aceleradamente en sus coches o en sus «jeeps», camino de la campiña para vigilar las labores de sus cortijos. Se suelta bien, pero se trabaja fuerte. Y en los cafés, en las peñas, y en el casino, mientras los cordobeses se defienden de su implacable clima bebiendo la clásica granizada de almendra de esta tierra, no se habla de otra cosa que de trillar, de grano y del Silo. Y hasta si se pregunta por Machaquito, que vive aquí su gloriosa ancianidad, nos responden:

—¡Ah! ¿Machaco? Machaco está ahora trillando su cortijo.

Casi nadie habla ahora aquí de toros, y durante el invierno, estos labradores han estado pendientes de la nube, de la helada y del pedrisco. Y es que Córdoba era antes de la guerra la sexta provincia cerealista de España, y ahora, en unos años de esfuerzo, ha conseguido ser la segunda en producción triguera. Y dentro de muy poco será también una de las principales en la cosecha del algodón, que ya empieza a ser aquí como la fiebre del oro blanco.

VAYA USTED A CASA DE «CURRITO»

—Si quiere ver a los labradores en una típica reunión, vaya usted al establecimiento de Francisco Bañeres «Currito», como le decimos nosotros, que está en el Campo de la Verdad—me aconsejaron.

El señor «Currito», con sus cincuenta años de experiencia, es el Califa del vino en Córdoba y una institución en la ciudad en cuanto a catar y servir soleras. Reúne en su casa a muchos labradores ricos y a otros modestos, que, según la tradición de esta tierra, no saben hablar si no beben el oloroso Montilla.

Un parcelista, hombre rudo, nos explica:

—Mire usted, aquí, en la Jefatura Agronómica nos dan unos polvos coloraos para que el trigo no tenga enfermedades y no se malogre...

—¿Qué tal la cosecha de este año?

Mueve la cabeza cazarramente mientras dice:

—Mal, sabe usted, bastante mal. La última helada nos ha hecho perder mucho...

Alguien susurra a mi oído:

—No lo crea usted. A los labradores, en tocante a sus campos no se les puede hacer caso. Para ellos siempre la cosecha es mala, pero luego, cuando venden tienen la bolsa bien llena. Y además, para convencerse, vaya usted al Silo y verá.

Cuando abandonamos esta sede de los labradoras en Córdoba, ya es amanecido. Corre ahora un airecillo sutil que habrá hecho descender el termómetro de los 38 grados que hemos sufrido hoy. El Guadalquivir bajo el puente Romano se va encendiendo en los reflejos de las luces urbanas. La ciudad parece que está tendida a los pies de Sierra Morena, que desde lejos tiene un tinte azulado en sus broncas jorobas.

ESTA COSECHA PUDO SER LA MEJOR DEL SIGLO

La cosecha que se sembró se presentaba tan extraordinaria que habría sido la mejor del siglo, pero la última helada del mes de abril la malogró en parte, aunque sigue siendo abundantísima.

La avena está ya recolectada y ahora se está trillando el trigo y la cebada, aunque se puede decir que ya casi todo el trigo está trillado y entregándose.

Por todas partes hay el tráfico de la recolección. En Castro del Río, Fernán Núñez, Cañete, Baena, La Rambla, Santaella. El

Carpio y Bujalance, que son los pueblos más cerealistas de la provincia, parece que todos sus moradores tienen la satisfacción de contribuir en gran escala a que haya pan abundante para todos los españoles. Y la responsabilidad y certeza de ello les da una gozosa vitalidad. Y los pueblos ríen, trepidan, cantan. Una muchacha junto a las huertas feraces del duque, en Fernán Núñez, cantaba alegre ayudando a descargar a sus hermanos las gavillas:

«¿Qué tiene la niña de la ventera, [tera, que ese carño la va a matar...?»

En todas estas tierras, incluyendo la campiña que rodea a la capital, la superficie sembrada ha sido de 130.000 hectáreas, distribuidas en 5.354 de regadío y el resto de secano. Según los cálculos oficiales, cuando se acabe de recolectar el trigo, dará unos 14.000 vagones, que hacen 1.400.000 quintales métricos, cuyo importe será de 532 millones de pesetas. De avena se han recolectado 480.000 quintales métricos, y de cebada, 350.000. En trigo, los pueblos que más están recolectando son Santaella y Baena.

Antes se sembraba aquí por el sistema de tercio, pero desde el año 40 se siembra por «año y vez», o sea, a la mitad del terreno, con lo que la producción ha aumentado notablemente.

Las labores del campo están mecanizadas en esta provincia en un ochenta por ciento, y el terreno de la zona cerealista se cruza constantemente por cosechadoras, trilladoras, segadoras, tractores y «jeeps».

En estos últimos años se ha abonado eficazmente y aquí se emplea casi siempre abono animal, que se obtiene en los inmensos pudrideros de cemento,

SENECA NO ES NUESTRO PAISANO

Empleando el tópico se ha dicho siempre «un sol de justicia», pero yo le llamaría hoy a éste que calcina las eras al mediodía, un sol sádico, según la tortura que produce con sus rayos. No hay sombras nada más que debajo de los chozos, pero ya se ha

terminado la breve siesta que se concede a los trabajadores y ahora los hombres están aventando y cribando bajo el sol. Trabajan despacio, con la «calma chicha» de los andaluces, y parece que el calor no va con ellos. Me acerco a uno y le digo:

—¿Cómo no trabaja más de prisa para terminar antes? ¿No se quema usted así? El hombre se vuelve y contesta socarrón:

—¿Pa qué vamos a correr tanto?... «De San Miguel a San Miguel no queda nada por hacer.»

Y luego me va explicando que sería igual acabar aquella tarea, pues como no van a destajo y trabajan de sol a sol, si terminan una cosa tienen que empezar otra.

—Y ya ve—termina—, el sol ya no puede quemar más porque estamos renegrios. Pero es que hay que saber sufrir, ¿sabe usted?

—Claro, son ustedes estoicos, como su paisano Séneca—arguyo.

—¿Qué va, señorita! Ese capataz del campo que pone don José María en los papeles, es de Jerez. Mi compadre dice que él sabe quién es.

—Pregunto a este erero por la cosecha y me responde.

—«Pos mu güena». Como el año pasao. Los amos se quejan porque son muy agoniosos.

Esta finca que visitamos hoy en nuestro recorrido no está mecanizada y por esto precisamente nos hemos detenido en ella. Todo aquí es pintoresco y caemos en la tentación de subirnos en el primitivo trillo que está dando vueltas por la era. Después, hablamos con el dueño, un hombre sencillo.

—Mire usted, este cortijo, así a la antigua como yo lo tengo, sin máquinas, es lo que se pudiera llamar un cortijo de «artesania».

—¿Cuánto paga usted a los trabajadores?

—Treinta pesetas a los segadores y veinticinco a los ereros.

—¿Y qué comen?

—Pues, para desayunar, patatas fritas. Para comer, cocido y gazpacho, y a la cena, un ajillo molinero.

—¿Un ajillo pelado y sin magras encima?

—Las magras es mucho lujo aquí.



Nuestra colaboradora Blanca Espinar recoge impresiones para este reportaje entre los campesinos cordobeses



Blanca Espinar en una era de la campiña cordobesa. Por todas partes el mismo tráfigo de la recolección...

UN NEGOCIO A LA INTemperie

Para subir a Cañaveralejo Alto, finca modelo calificada por el Ministerio de Agricultura, tenemos que atravesar la llamada campiña cordobesa. El paisaje es aquí impresionante. Planicies inmensas onduladas por quebrados donde los rastros altos asemejan una interminable sábana amarilla y la oscura simetría de las plantaciones de algodón forman un contraste de campos plácidos y duros. El río se ve a los lejos como una promesa de agua en este horno de la campiña. El ganado equino lo vemos subir de beber y parece que van marcando un paso de «carrousel». Más allá, una piara de cerdos pone una mancha gris en la sinfonía de ocras y de dorados.

En la puerta del cortijo, la casera se sienta, mientras su hija espanta las moscas a su pequeño dormido. Un tractor avanza hacia la explanada delante de la casa, y el hombre que lo conduce canta, sin duda con nostalgia del fresco de la amanecida:

Por la madrugada salimos los segadores con gana de bromear...

—¿Contento?—le preguntamos.

—A ver, señorita, gano treinta y cinco pesetas, y como yo soy tractorista, ya no trabajo de sol a sol, sino las horas que me pertenecen.

—¿Y le gustaría dejar este trabajo del campo e irse a una fábrica?

—Ni soñarlo, señorita. Esta es nuestra vida, lo que hemos conocido siempre y va de padres a hijos, con la única «deferencia» de que ellos llevaban bestias y yo llevo ahora un motor. Nosotros «seamos» agricultores y no queremos salir de esto. Yo estoy ahorrando para comprarme una parcelilla porque tener terreno, sabe usted, es lo mejor. Y además—termina el hombre casi sin atreverse a decirlo—también nosotros estamos orgullosos de ser lo que somos. Porque si no fuera por nosotros..., ¿quién les iba a dar de comer a los de las capitales? ¡Fíjese usted qué bendición de trigo hay por toda esta finca...! ¡Esto es lo principal de la vida!

Efectivamente, en este cortijo hay una bendición de trigo. Los dueños, unos labradores ricos y de cumplida fineza, nos enseñan el granero y da gloria hundir las manos en la frescura del trigo almacenado y después dejarlo caer en una cascada rubia. Esta finca está toda mecanizada y con todos los adelantos agrícolas, y vemos trabajar a la trilladora con un ritmo de 10.000 kilos por día.

—¿Qué es lo que más angustia a un labrador?—preguntamos

al propietario de Cañaveralejo.

—Pues el tiempo. Dese usted cuenta que nosotros tenemos nuestro negocio a la intemperie y no podemos echarle la llave como el que cierra una tienda o un bufete. Aquí estamos a merced de una helada, que se llevará nuestra cosecha.

Un chiquillo, con una acémila con aguaderas llenas de cántaros, se cruza con nosotros:

—A la paz de Dios, don Rafael—le dice al dueño.

—Este es un «chanquero», que es como llamamos aquí a los que llevan la comida y el agua a los trabajadores a los tajos—me explican.

Más allá encontramos un grupo de mujeres trabajando. Llevan pantalones para no quemarse ni pincharse las piernas, y encima unas túnicas largas y oscuras que les llegan a las rodillas. Debajo del sombrero, unas telas blancas que les cubren el cuello y les dejan sólo al aire un poco de la cara.

—Si las viera usted—me dicen—cuando se quitan ese disfraz, como han estado tan tapadas y no se han podido quemar, están tan blancas como cualquier mujer de una ciudad.

COLOFON

Hemos andado por trochas, nos hemos desplazado en diferentes vehículos, hemos recorrido la ruta del cereal. Por todas partes hemos hallado esa actividad febril y gozosa de la cosecha lograda. Nos hemos cruzado muchas veces con camiones cargados de grano camino del Silo. Hemos visto hombres sudorosos y estoicos. En fin, hemos encontrado una Córdoba eminentemente agrícola y trabajadora. También hemos encontrado la nota emotiva en ese chiquillo avisado que espera el dinero del trigo para que su padre le lleve en septiembre al Seminario, y la mocita que va a comprar su ajuar con el producto de la cosecha. Y una seguridad para todos: que a los niños españoles no les va a faltar su zoquete de pan diario.

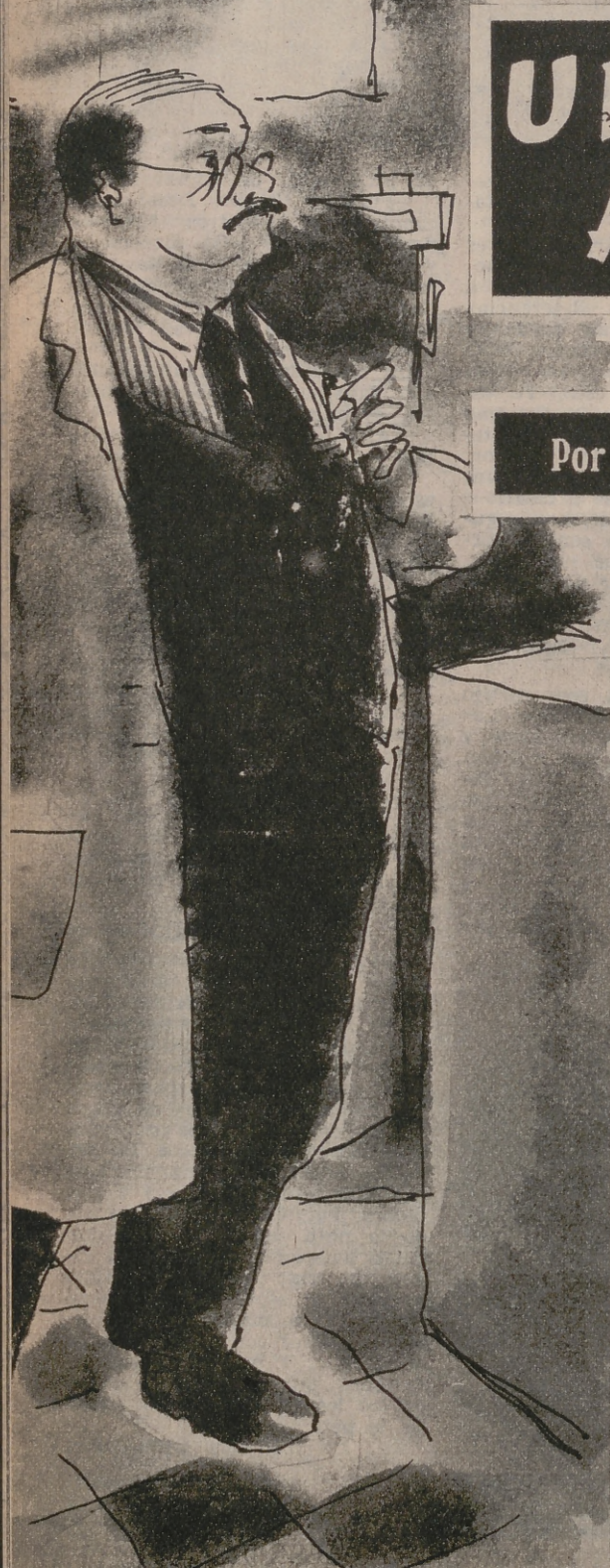
Blanca ESPINAR

Fig. 41.—EL ESPAÑOL



En la era la máquina alterna con el trillo. El trigo rendirá este año en Córdoba 532 millones de pesetas

CHOCOLATE



UNA CANA AL AIRE

NOVELA

Por Severiano FERNANDEZ

I

ALGUIEN había dado de ella la siguiente definición: «Muchas carnes y poca sal.» La Naturaleza, pródiga con la muchacha en bienes corporales, le escatimó tanto los del espíritu que ni las amigas más pobres le tenían envidia. «Mucho presumir, pero los chicos huyen de ella como de la peste. No se casará», murmuraban. Aquello era verdad. Les asustaba su exuberante humanidad sin lógica ni armonía y la ausencia de toda gracia, como no fuera la de ser hija del señor Cristóbal, el de la fábrica de chocolates. Tal vez con el tiempo esta condición acabaría por dejar en mal lugar la perspicacia de las amigas murmuradoras. Por el momento les asistía la razón. No había peligro de que se acercara ningún chico cuando iban acompañadas por la hija del chocolatero.

Se llamaba Mari Reme desde mucho antes de nacer. «Si sale chico se llamará Cristóbal, como su padre. Y si fuera niña, Mari Reme», solía decir la señora Remedios cuando su desgarbada hija estaba reducida aún a su mínima expresión. Mari Reme era más bonito que Remedios a secas, nombre, al fin y al cabo, de criada. Porque en aquel tiempo ya los chocolates «Cristóbal» empezaban a sonar en el mercado. De entonces acá había llovido mucho. Mari Reme tenía veinte años; el señor Cristóbal, peor genio y más codicia; la señora Remedios, derecho al tratamiento, y en cuanto a la cuenta corriente, había pasado de unos miles de duros al par de millonajes de pesetas. El señor Cristóbal opinaba que los varios miles de duros de antes valían tanto como los millones de pesetas de ahora. Pero sin duda hacía esta aseveración con ánimo de despistar a los tontos. Lo cierto era que antes no tenía fábrica—un destartado obrador de panadería hacía las veces—y ahora sí. Antes vivía en un piso de alquiler; ahora, en chalet propio—fábrica y chalet—en las afueras de la ciudad, éste bautizado con el poético nombre de «Villa Mari Reme». Antes andaba a pie; ahora, en coche—a pesar del precio «de escándalo», según él, del azúcar y el cacao—. Ironías de la vida. Hay que reconocer que no paraba un momento. La fábrica le absorbía tanto que hasta se olvidaba con frecuencia



de que estaba casado y de que tenía «ya» una hija casadera.

—¡Ganar, ganar, ganar!... Y de nuestra hija, ¿qué?—entonaba la señora Remedios, quien, a pesar del estribillo, poseía las mismas cualidades y defectos que el marido.

Sólo se diferenciaba de él en que le gustaba figurar, cosa que hacía en contadísimas ocasiones, menos de las que le gustaría, si el figurar no hubiera costado dinero. Sin embargo ella veía desde más cerca los problemas sentimentales de la hija. Por eso fué haciendo una campaña «para sacar al marido de casa». Honradamente, la familia tenía más que justificada una juerguecita.

El señor Cristóbal se dejó convencer y a su debido tiempo anunció el suceso:

—Algún día echaremos una cana al aire.

El ni siquiera iba al café; en cuanto a aperitivos y convites, hurtaba el bulto siempre que podía; un capital, no se hace así como así.

—Me parece muy bien—convino la señora Remedios.

Ella aprobaba el proyecto, no por sí, sino por Mari Reme, a quien le faltaban oportunidades para conocer y alternar con chicos que merecieran la pena.

—Hay que presentarla en sociedad.

El señor Cristóbal hizo entonces una inesperada revelación:

—Me gustaría tener un nieto, ¡qué caramba!

¿Dónde mantendría oculto este deseo, él que sólo se enteraba de que tenía una hija cuando había que pagar sus caprichos y «tonterías»?

—También a mí—suspiró la señora Remedios, y su suspiro estaba más que justificado por la escasa atención que los jóvenes prestaban a Mari Reme—. No sé qué le pasa a esta chica que no encaja. No, no encaja.

—Tonterías—oponía el señor Cristóbal.

Para la presentación de Mari Reme en sociedad se eligió uno de esos festejos de tipo social que se publican en los periódicos—«baile de la Prensa», «baile de la Casa regional Tal», «baile del Club Equis»—y que más tarde han de servir de inagotable fuente de ingresos para las revistas encaminadas a alimentar y fomentar la vanidad de las gentes. La señora Remedios no anduvo por las ramas: se fué a lo mejorcito. La fiesta tendría lugar en el espléndido marco de Villa Rubia. «Disfrute de una temperatura ideal bailando en nuestras pistas, cercadas de frondosos árboles, con las orquestas más famosas del mundo. Sorteio de regalos. Cotillón», rezaba el anuncio de propaganda. Y agregaba: «Pruebe una vez y repetirá. Muchas gracias.»

Mari Reme puso los ojos en blanco cuando su madre le comunicó la nueva.

—Villa Rubia ¡Oh Villa Rubia!

Nadie los conocería allí, detalle que fué considerado como totalmente favorable por las dos mujeres por aquello de que «nadie es profeta en su tierra».

En atención al nieto que había de venir, el señor Cristóbal consintió embutir su sanchopances-

ca figura en un traje smóking confeccionado con el exclusivo objeto de asistir de tiros largos a la fiesta.

—¡Para una vez que se viste una!—justificaría el despilfarro la señora Remedios.

Ella y Mari Reme llevarían vestido de noche. Más de un mes duraron los preparativos. La tía Cándida, que iba alguna que otra vez por casa—siempre aprovechaba la oportunidad para llevarse media libra de chocolate—, llegó a hacer este comentario:

—Ni que fuera a casarse la chica.

Por lo demás, el señor Cristóbal continuó ahorrando cacao y azúcar—productos caros—; consumiendo, en cambio, monstruosas cantidades de sucedáneos, a precios mucho más asequibles. Cuando alguien le decía que su chocolate no espesaba ni sabía a cacao, lo despachaba con su clásica muletilla: «Tonterías.» Y ya estaba.

Llegado el día hubo sesión permanente en el chalet de peinadora, manicura y modista. La de ésta, sobre todo, fué una jornada extraordinaria. Mari Reme, aunque era casi tonta, no se conformaba con cualquier cosa.

—Este pliegue no queda bien—diez metros de tela llevaba el vestido, un vestido a la romana, con pliegues por todas las partes, sin escote—ni delante ni atrás—con mangas hasta el puño y un serial de fruncidos con los que se intentaba disimular no sólo el exagerado precio de la confección, sino la accidentada topografía de la «percha»—. Mire que arruga. Parece que me tira un poco del sobaco. La cintura, por favor. Apriete sin miedo. ¿No sería mejor que me quitara la faja?

Sin faja no habría cintura. La modista se encogió de hombros.

—Tú verás.

—La quito—se entusiasmó Mari Reme. Se desnudó. Vuelta a ponerse el vestido. Sin faja, toda ella era carne.

—¡No, por Dios! Primero, la línea—tuvo que desnudarse otra vez para empezar de nuevo la difícil operación de vestirse.

A las ocho estaba más o menos dispuesta.

—Siempre quedará algún detalle—alegó para retener a la modista hasta el último momento—. ¡Qué horrible si llegara a saltarse algún botón o se descosiera una costura!

La mamá también estaba nerviosilla. Todo lo haría por la hija. Ella no necesitaba emperifollarse. Claro que teniendo en casa a aquellas mujeres—manicura, peinadora y modista—, ¿por qué no iba a utilizar sus servicios? Así fué como, habiendo concluido con la hija, empezaron con la madre.

Eran ya más de las ocho y papá aun no estaba en casa. Mari Reme se alborotó:

—Papá, tan despistado como siempre. Si no sé para qué nos molestamos en llevarlo con nosotras...

Lo llamó por teléfono a la fábrica.

—¿No comprendes que vamos a llegar tarde?

—Hay tiempo de sobra—gruñó el viejo.

Se presentó a las ocho y media. Mari Reme llevaba llorando un buen rato.

—¡Cómo lleguemos tarde por tu culpa!—se lamentaba, estropeando el maquillaje.

Esto le venía bien, porque tenía que arreglarse de nuevo. En algo había que emplear el tiempo.

—Pero ven acá, estúpida—le dedicó el padre—. ¿No sabes que la fiesta empieza a las once?

—Quiero coger sitio. Ya que pagamos...

La razón era de peso y el señor Cristóbal no tuvo más remedio que admitirla. Sí, señor. Veinte duros por barba le costaba la broma. Mas los trajes, mas la gasolina que consumiera el coche entre la idea y el regreso.

El señor Cristóbal cenó tranquilamente—cuquiera hablaba de cenar a las mujeres—, se vistió por su cuenta—el nudo del lazo no quedó perfecto, ni mucho menos; qué importaba—y a las nueve y media declaró que podían partir hacia la fiesta.

Unos minutos después—habían salido en solemne procesión a la acera—eran objeto de la curiosidad de las gentes de la barriada. Quico no acababa de llegar con el coche. Aun había luz natural, la suficiente para que el maquillaje de Mari Reme se pusiera de manifiesto.

—¡Ahí va, qué cara!—se le escapó a un pillete en voz alta.

Otro dijo:

—¡Si es el tío del chocolate!

Mari Reme se impacientaba:

—¿Qué estará haciendo ese Quico?—Quico, el chofer de la camioneta, era el único hombre que le ponía la mirada tierna; lógicamente, le correspondía con entusiasta antipatía—. Ya verá ese miserable...

Allí estaba el Ford saliendo por la puerta grande de la fábrica. Antes llevaba sendos anuncios en las portezuelas delanteras: «Chocolates Cristóbal.» Ahora—dinero—distinción—quedaban en la pintura las señales de haber borrado los letreros. Por lo demás, no era un modelo contemporáneo. Pero cumplía su misión. Como decía el señor Cristóbal:

—Tonterías. Lo que importa es que responda el motor.

Y respondía, en honor a la verdad.

Quico frenó y saltó a la acera. La imponente mole de Mari Reme intentaba cruzar los estrechos límites de la portezuela.

—¡La ayudo, señorita!

—Quitate de ahí, desgracia.

Quico aspiraba a vestir el smóking del señor Cristóbal y no se molestó. Por el contrario, como si no hubiera oído se puso, afanoso, a meter en el coche los cinco metros de tela que le sobraban al vestido de la señorita. Siempre quedaba fuera algún pliegue.

—Dichoso vestido—murmuraba la señora Remedios.

Y algún golfillo de los que presenciaban la escena intentaría echar una mano alargando la suya con porquerías del verano anterior.

—¡Largo de aquí!

Quico, celoso, se transformaba de esclavo en caballero. El golfillo recibiría un capón.

El señor Cristóbal había ocupado su plaza junto al chofer.

—Ya sabes, a Villa Rubia.

Mari Reme dejó escapar un fuerte suspiro.

—Creía que no íbamos a salir nunca.

La señora Remedios ensayó un gesto de dama del gran mundo, apoyando una mano, adornada con más sortijas que dedos, en el marco de la ventanilla.

—Cuando quieras, Cristóbal—pronunció con afectada voz.

II

Villa Rubia. Un anuncio luminoso en rojo vivo para favorecer a las damas. Un portero con humos de gran señor achicharrándose dentro de la librea.

—Las invitaciones, por favor.

—A cualquier cosa le llaman invitación—murmuró el señor Cristóbal acordándose de los sesenta duros que le costaba la cama al aire.

El portero hizo entrega a cada una de las mujeres de un papelito que llevaba impreso un número. A Mari Reme le correspondió el uno y a su madre el dos.

—Pero ¿hay rifa?—se alborotó Mari Reme, aunque el sorteo iba anunciado en las invitaciones.

—Sí, señorita. Hay rifa.

—Tonterías—se permitió el lujo de desdeñar el señor Cristóbal.

Los camareros formaban guardia por el pasillo que conducía al jardín. El «maitre» hacía las veces de oficial.

—¿Dónde les gustaría sentarse?

Mari Reme iba a decirle que cerca de la pista, pero su madre se adelantó:

—Ahora vamos al tocador. En seguida salimos.

Mari Reme quiso protestar. ¿Por qué no escogían buena mesa ya que habían llegado los primeros? La señora Remedios empujó a su hija hacia el tocador.

—Mientras tanto pueden ir llegando los demás. ¿No comprendes que es de mal efecto que sepan que hemos venido con tanta anticipación? La gente chic...

Villa Rubia estaba francamente atractiva con sus farolillos de colores, sus árboles iluminados y sus setos de boj. La pista tenía alrededor como a modo de palcos.

El señor Cristóbal contempló el cuadro. Sobre cada mesa lucía una pantallita de color.

Un camarero estaba a la espera, cerca de él.

—Vendrá mucha gente.

—Eso esperamos.

—Bien que cobran.

—Lo que se acostumbra.

Todos los palcos tenían el cartelito de «Reservados».

—¿Qué pasa aquí?—preguntó el chocolatero, arrugando el entrecejo—. ¿Hay categorías?

—Han abonado la reserva—informó el camarero.

—Bien. Pues yo voy a ocupar la mesa que me dé la gana, porque para eso he llegado el primero... ¿Entendido? Mi dinero es tan bueno como el de los demás, ¿no?

—No se enfade usted, buen hombre.

—Buen hombre lo será usted.

El señor Cristóbal se sentó en uno de los palcos, mientras el camarero iba a contarle la novedad al «maitre». Pasaron cinco minutos sin que nadie apareciera por allí. Los árboles y los pasillos se hallaban recién regados, de manera que se notaba un fresco muy grato. La noche era hermosa.

Fueron llegando algunas parejas, algún que otro músico y grupos de chicos.

Al cuarto de hora se presentaron las mujeres.

—¿Dónde os metéis?—el señor Cristóbal se aburría solo—. Me traéis aquí y luego me abandonáis como si fuera un perro.

—No protestes, Cristóbal—repuso la mujer—. ¿Te gustaría que la gente se enterara de que hemos llegado las primeras?

—Tonterías.

Atención. Un chico sin pareja a la vista. Mari Reme adoptó una pose interesante.

—¿Sabes, mamá, que las de Redipuestas me llamaron el otro día para invitarme a un lunch en casa de los marqueses de...?—el chico dejó resbalar la mirada sobre ella como si no estuviera allí—. Aun es pronto—se excusó la joven cuando el chico les volvió la espalda.

—Dentro de un rato los tendrás a montones—dijo la madre.

—A mí, con uno me basta—dijo el jefe de la familia, puesto el pensamiento en el nieto que podía lloverles algún día.

—También a mí—se ruberizó Mari Reme.

¡Ojo! Aquí llega un caradura pasando revista a los palcos. Se trata de un joven de gallarda figura: alto, moreno, bien vestido, gentil. Mari Reme lo come con los ojos. El la mira, insinuando una sonrisa y sigue.

—Este ha picado—murmura la señora Remedios.

No era cierto. El joven desapareció como por encanto. No volvieron a verlo en toda la noche. Seguramente temió complicarse la vida si pasaba otra vez por allí.

Los músicos empezaron a tantear los instrumentos.

—Me gustaría saber tocar algo—se entristeció de repente el señor Cristóbal.

—Hay que hablar de cosas interesantes, papá—reconvinó la chica—. ¿Qué opinas sobre...? ¿Sobre qué hablaríamos para que nos diera tono?

—Tonterías—dijo el padre de mal talante.

Y la madre, lánguida:

—Aquí se siente una, en su elemento.
Mari Reme ensayaba posturas a cual más interesante. Ya se cruzaba de piernas, ya apoyaba un codo o los dos en la mesa; ahora miraba hacia este lado, después al otro; entornaba los párpados... ¡Ay, por más que hiciera no saldría una chispa de aquel pedernal!
—¡A ver si te estás quieta!—gruñó el señor Cristóbal.

Se acercó un camarero.
—¿Qué van a tomar?
—Para mí, una botella de cerveza—dijo el señor Cristóbal.

En las cien pesetas de la entrada iba comprendida la consumición. Naturalmente, él no estaba dispuesto a conformarse con una caña.

—No se sirve cerveza.
—¿Entonces qué hay?
—Batidos, combinaciones, refrescos...
—Agua con azúcar, ¿no?
—Podía esperar a probar nuestros artículos antes de opinar—observó el camarero con una sonrisa de cumplido.

En la mesa contigua acababan de servir coñac en vasos de altas paredes.

—¿Qué es eso?—preguntó el señor Cristóbal.
—Coñac.
—Muy bien. Tráigame coñac.
Serían lo menos tres copas de las corrientes.
Las mujeres pidieron batidos de chocolate.
—Es para despistar—explicó la señora Remedios cuando el camarero se retiró.

III

Los chicos pasaban por delante del palco y ni siquiera miraban a Mari Reme.

—No te preocupes, que ya llegará—decía la madre.

Mari Reme ponía una expresión sencillamente encantadora. El mal estaba en el marco: los pómulos, la barbilla, la papada, los ojos y la frente; todo fuera de medida y lógica. A veces se abandonaba al pesimismo. Entonces se relajaban sus facciones; sólo carne, grasa y piel había allí. Era una visión instantánea. En seguida se daba cuenta y volvía a empuñar las riendas de la sonrisa. ¡Cómo se divertía aunque los chicos no la sacaran a bailar! ¡No veían que estaba contenta? Contenta, sí, muy contenta...

—Sonríe, Mari Reme—advertía con voz rasante la señora Remedios.

Y Mari Reme sonreía.

—Me parece a mí que no pica ninguno—murmuró el señor Cristóbal.

Por su parte, le había echado el ojo a un mozalbete que andaba de un lado a otro del baile, hablando aquí y allá, como si conociera a todo el mundo. Aunque bromeaba con las chicas, no le había visto bailar con ninguna, lo que daba a entender, mientras no hubiera prueba en contrario, que no tenía novia, por lo menos en la fiesta. Ahora iba a subir al tablado de la orquesta.

—¿Te gusta ese chico?

Mari Reme miró y descubrió al chico, ya en la tarima, hablando con el director de la orquesta.

—Que sí me gusta—suspiró, entornando los ojos.

—Pues anda suelto—dijo el señor Cristóbal.

—Va a hablar—exclamó Mari Reme.

En efecto, el mozalbete en cuestión anunció por el micrófono que se iba a proceder al sorteo de los regalos. Las señoras y señoritas debían tener a la vista los números que les habían sido facilitados al entrar. El primer obsequio consistía en un magnífico estuche de manicura.

—Una mano inocente, por favor.

—Anda tú—dijo el señor Cristóbal.

Mari Reme fué a levantarse, pero su madre la retuvo.

—Siéntate. Harías el ridículo.

Ya la mano inocente había sacado la papeleta de la cesta que el director de la rifa mantenía en alto. Se produjo un silencio y acto seguido un revuelo entre los espectadores más próximos a la orquesta.

—El número uno—vocearon los altavoces.

El revuelo fué general. Nadie tenía el número uno.

—Si al terminar el sorteo—anunció el del micrófono—no se presenta la afortunada a recoger este regalo, volveremos a rifarlo.





En el palco del chocolatero las mujeres miraban al hombre y luego se miraban entre sí.

—¿Qué hacemos?—se intercambiaban, pálidas, en voz baja.

—Qué mala suerte.

—Un estuche de manicura.

—Valdrá quinientas pesetas, por lo menos.

—¿Qué dirá la gente?

El señor Cristóbal se puso en pie, de súbito.

—¿Dónde vas?

—Por el estuche. Venga ese número.

—Por Dios, Cristóbal. Mira que todo el mundo se va a enterar de que hemos llegado los primeros.

—Que se entere.

Mari Reme dejó el papelito sobre la mesa, como si no quisiera participar abiertamente en la catástrofe que se avecinaba.

El señor Cristóbal lo recogió, abandonó el palco y se encaminó al lugar ocupado por la orquesta. Acababa de salir el tercer premio: una muñeca. Un mozalbete tenía en las manos el estuche de manicura.

—Vengo por eso. Aquí está el número uno.

—No puede ser—dijo el mozalbete—. Sólo intervienen señoras y señoritas.

—El número uno le correspondió a mi hija, pero le da vergüenza salir.

Hubo un cambio de impresiones entre el joven que tenía el estuche y el del micrófono. Este se inclinó hacia el señor Cristóbal:

—¿Dónde está su hija?

—En aquel palco.

Mari Reme y su madre se pusieron como la grana cuando vieron que miraban hacia allá.

—Ya metió la pata—murmuró la señora Remedios sacando el pañuelo para sonarse sin necesidad.

Mari Reme tuvo un conato de entusiasmo juvenil. Sus ojos brillaron de alegría. El chico del micrófono le hizo una reverencia. Y no pasó más. La curiosidad del público se trasladó a las ganadoras de los nuevos premios.

El señor Cristóbal se presentó, muy ufano, en el palco con el estuche.

—¿Os comía alguien?

Las mujeres se lanzaron a examinar el contenido.

—Tijeras. Lima. ¿Esto qué es?

—No todo se ha perdido—razonó en voz baja el chocolatero—. Creo que vale setecientas pesetas. De manera que, pensándolo bien, la fiesta nos sale gratis. Buenos chicos éstos. Buenos. Sobre todo, el del cesto. Simpático como el primero. Me dijo que le reservan un baile, Mari Reme.

A Mari Reme le dió un vuelco el corazón.

—¿Qué?

—Lo que oyes—Mari Reme vivió en éxtasis diez o quince minutos hasta que su padre la despertó—. Aquí está ya.

La orquesta empezaba a tocar de nuevo. El chico de la rifa se acercaba al palco, sorteando las parejas. Ellos procuraron disimular.

—¿Me concede este baile, señorita?

Rubores y sudores traspasaron el cutis de Mari Reme. Los ocho metros de tela empleados en la confección de la falda entorpecían sus movimientos para salir del palco. La señora Remedios tuvo que agacharse una y otra vez hasta que todos los pliegues estuvieron a salvo. Era una falda que hacía fru-fru.

IV

—¿Dónde pueden haberse metido?

—El chico parece formal. No te preocupes.

La inquietud correspondía a la madre. La seguridad, al padre. Después de bailar un par de piezas, Mari Reme y su pareja habían desaparecido de la pista.

—¿Tú crees que le gustará nuestra hija a ese chico?—preguntó la señora Remedios.

—No sé qué decirte—respondió el señor Cristóbal, a fuer de sincero—. Tal vez si llegara a enterarse de que tenemos una fábrica...

—Pero ella no se lo va a decir. Sería de mal gusto.

—Una fábrica de chocolate no tiene por qué saber mal a nadie—repuso con aspereza el señor Cristóbal—. ¡Qué más quisiera el barbián, quienquiera que fuera!...

—¿Por qué no te das una vuelta a ver qué hacen?—insinuó la mujer.

No le vendría mal al viejo dar una vuelta por el jardín. Salió. Los farolillos lucían entre el follaje. La arena crujía suavemente bajo los pies. Había bancos y parejas haciéndose el amor. Reconoció a Mari Reme por su vestido blanco. El chico debió de estar al otro lado de ella, porque no se le veía. Hablaban.

A espaldas del banco había un seto de boj y detrás un caminito. El señor Cristóbal podía acercarse impunemente y escuchar la conversación. Apostaría cualquier cosa a que Mari Reme no sabía por dónde andaba. Y si sabía, mejor que mejor, ¡qué caramba! Le gustaría volver donde la Remedios con buenas noticias. «¿Los has visto?» «El asunto marcha de primera», se sonrió. Y ya estaba en el caminito...

—Me gustas, Mari Reme—decía el galán—. ¡Qué bien suena tu nombre! ¡Mari Reme! ¡Mari Reme!

—¿De verdad que te gusta?—era la familiar voz de la hija, pero temblorosa y cálida como la noche.

—Que si me gusta... Desde que te vi... Lo que son las cosas... ¿Quién iba a decirme que el número uno me traería la felicidad?

—Me tendrás por una cursi.

—¿Por una cursi? Si es adorable esa timidez, esa...

—Paco.

—¿Qué, Mari Reme?

—También tú me gustas. ¿Quieres que nos ca-

semos?

—¿Tan pronto?

—Sí, sí. Mi padre tiene una fábrica de chocolate.

—¿Gana mucho?

—Bastante. Además no tendríamos que preocuparnos por el piso.

—¿Qué me dices?

—En el chalet habría sitio. Es muy grande. Se llama «Villa Mari Reme», como yo. ¿Qué te parece?

—Estupendo.

El señor Cristóbal sonreía, satisfecho. Mari Reme no era tan tonta como él creía. Bien. Ya había oído lo suficiente. Ahora, incluso podía pensar en el nieto... Estuche, novio y nieto. Hacía mil años que no pasaba un rato tan agradable. Ya decía él que una cana al aire de vez en cuando...

—¿Dónde están? ¿Los has visto?—se adelantó a preguntar la señora Remedios; pero en cuanto se fijó en la expresión del marido modificó también la suya—. ¿Qué? ¿Todo bien?

—El asunto marcha de primera—dijo el hombre, y con un gozo que llenaba de chispitas sus ojos sin pestañas ofreció—. ¿Por qué no bailamos tú y yo?

—¡Cristóbal!

—Tonterías. Nadie se enterará si sabemos o no. La señora Remedios miró hacia la pista, donde bullía una abigarrada multitud. Allí no había quien marcara un ritmo.

—Será una noche memorable—dijo la buena señora.

Y cogidos por un dedo se zambulleron en el remolino humano.

V

Habían repetido tres veces la experiencia. Todo consistía en arrastrar los pies. Era la última pieza que pensaban bailar. El señor Cristóbal sudaba a mares. La señora Remedios se hallaba pálida y ojerosa.

—Habrà que ir a buscarla—insinuó la mujer.

Eran las dos de la madrugada. Aunque la fiesta estaba en su apogeo, ellos no podían esperar más. Mari Reme continuaba ausente de la pista.

—Sí. Iré—dijo el padre.

Junto a ellos se produjo una explosión de carcajadas. El público de los palcos se ponía de pie para ver mejor algo que sucedía en aquel ángulo de la pista. Los que no reían, sonreían. Y todo el mundo parecía regocijado.

—¿Qué será?—sonrió, contagiada la pareja.

El señor Cristóbal empujó hasta ponerse en primera fila. Porque el baile se había interrumpido y el público de la pista hacía corro a... Detente, pluma, y coge fuerzas para describir el cuadro.

Mari Reme, borracha. Mari Reme contorsionándose en lúbrica danza. Mari Reme colgándose del cuello de su galán. Mari Reme, con los pelos revueltos y el rostro congestionado. Mari Reme levantando las faldas para enseñar las piernas hasta las rodillas. Y a todo esto riendo como una loca, mientras su acompañante—maldito sea por los siglos de los siglos—, muy serio, con un resplandor de burla en la mirada, la excitaba con sus gritos:

—Balla, Mari Reme. Jop. Jop. Muy bien—y tocaba las palmas.

El señor Cristóbal no daba crédito a lo que sus ojos contemplaban.

—El corazón te voy a tocar a ti, miserable—gritó, irrumpiendo en el corro con el impetu y la fiereza de un toro...

Chillaron las mujeres. El señor Cristóbal apartó de un empujón a su hija.

—¡Canalla!

El bromista intenta escabullirse.

—¡Te voy a matar!—grita el viejo en el paroxismo de su furor.

Toda la sangre ha huido de su cara, concentrándose en los ojos.

Se interponen los espectadores. El muerde, araña, pisotea, embiste, hasta que, vencido y con el smoking destrozado, se deja caer al suelo. Llorra de rabia. Tiembla todo él. Quieren ayudarlo a ponerse en pie y rechaza a golpes las manos que se le ofrecen. Está allí, con su rabia y su dolor, como desgajado de la vida. ¿Será un sueño? Llega la música hasta sus oídos. Arrastran pies a su alrededor.

—Estará también borracho—escucha.

Levanta la cabeza. ¿Quién ha dicho que estaba borracho? Uno, dos, diez, veinte rostros se inclinan hacia él. Y empiezan a dar vueltas y vueltas sobre su cabeza. Siente que va a morir.

Entonces alguien anuncia:

—Aquí llega la mujer.

Abren paso.

—Mari Reme está ya en el coche—murmura la señora Remedios, doblada sobre su marido como para que nadie la oiga.

—¡Mari Reme! Este nombre arranca al señor Cristóbal de su desvanecimiento.

—¿Dónde está?—pregunta.

—En el coche.

Vieron que se ponía en pie ágilmente y que echaba a correr en dirección a la salida sin esperar a la mujer. Ella iba detrás, salmodiando:

—Tienes que darte cuenta que no está acostumburada a beber. Ni siquiera habrá tomado nada. Una copa quizá, que más no. Yo la conozco bien.

El coche estaba rodeado de curiosos. Dentro, Quico luchaba a brazo partido con la borracha.

—Quería escaparse—se excusó cuando el patrón apareció junto a la portezuela.

La señora Remedios llegó detrás.

—Ten cuidado, Cristóbal.

El viejo separó a Quico de un manotazo, subió al coche y empezó a abofetear a la hija. La cara de ella era tan ancha que ni un golpe se perdía.

—¡Borracha, estúpida, idiota!...

Mari Reme reía con todas sus fuerzas. Cuando las del padre se agotaron, saltó a la acera.

—En marcha.

Quico dió vueltas a la manivela. El viejo Ford se estremeció.

—Cerrad todas las ventanillas—ordenó el señor Cristóbal, como si el coche fuera un barco en plena tempestad.

Quico pisó el acelerador. En el ascendo de atrás, Mari Reme continuaba riendo escandalosamente. Y la señora Remedios murmuraba:

—¡Mi pobre niña! ¡Mi pobre niña!

—¿Tu pobre niña? La encerraré en un convento para toda la vida—tronó el señor Cristóbal, confundiendo su voz con el estrépito que produjo el motor al ponerse en marcha.

VI

Mari Reme estaba como un tronco.

—Dejadla que duerma en el coche—dijo el señor Cristóbal saltando a la acera, frente a la puerta del chalet.

Quico tembló de gozo. ¡Si se la dejaran para

cuidarla! Pero era absurda su aspiración. La señora Remedios acariciaba a su hija:

—Despierta, Mari Reme. Estamos en casa.

Mari Reme roncaba. Por más que la madre hizo para despertarla, no lo consiguió.

—Hay que meterla en casa—le dijo al chofer.

Mari Reme pesaba noventa kilos, y entre ellos dos no pasarían de cien. El señor Cristóbal había entrado ya en el chalet.

—No quiero que se enteran las criadas—observó la señora.

—A ver si entre los dos...—insinuó el chofer.

Le sacaron las piernas hacia el estribo. Quico estaba arriba y la señora Remedios abajo. Empujando cada uno por su lado, tras infinitos esfuerzos, consiguieron bajarla a la acera. Allí se quedó sentada. Era un fardo insensible, inerte. Lo movieron un poco, pero no hubo manera de ponerlo en pie.

—¿Quiere entrar por un cubo de agua, señora Remedios? Bien sabe Dios que lo siento, pero no hay otra solución—murmuró Quico, compungido.

La señora Remedios entró en la casa. Encontró a su marido sentado en el hall.

—La encerraré en un convento. Te lo juro. ¿Cuánto podrá importar la dote?

Ella no le hizo caso. Llenó un cubo de agua y volvió a la calle.

—Echesela por la cabeza.

—¡Pobre vestido!—se lamentó la señora.

Más de tres mil pesetas se iban en él.

—Se limpia—dijo Quico.

Mari Reme brazó, como si se ahogara, al recibir el chapuzón. Ellos aprovecharon el momento para empujarla hasta conseguir ponerla de pie. Y se la llevaron entre los dos, escalinata arriba. El pelo le caía sobre la cara. Las ropas se le pegaban al cuerpo.

El señor Cristóbal levantó la cabeza cuando entraron.

—Te meto en un convento, como hay Dios—le envió a la hija.

Y aun tuvo intención de levantarse para gopearla otra vez. Pero no lo hizo, limitándose a murmurar:

—¡Estúpida!

Mari Reme andaba por su pie, pero de mala manera. Lo más fácil fué acostarla. Entonces le entraron unas náuseas terribles. Quería vomitar. La señora Remedios salió a buscar una palangana. Cruzó el vestíbulo, entró en el cuarto de baño y reapareció en seguida con la palangana en la mano.

—¿Qué pasa ahora?—le gritó el marido.

—Quiere devolver.

—¡Conque quiere devolver!... ¡Maldita sea! Malafiana misma la meto en un convento.

¡Y él que soñaba con un nieto! Así podía estar, pendiente de que le anunciaran el feliz suceso. Mari Reme se quejaba como si estuviera dando a luz. Bajo sus gritos se oía un murmullo que bien podía ser la voz de la madre consolándola, animándola. Santo Dios. El no podía perdonarla. No y no. Le había hecho mucho daño. Tanto que aun se sentía morir recordando la escena. ¡Aquel atajo de cobardes! ¡Aquel canalla! Que Dios lo llevara por otro camino; no respondía de lo que ocurriera como llegaran a cruzarse.

Los gruñidos de Mari Reme daban a entender que estaba pasando el difícil trance. Después todo quedó en silencio.

Salió la madre con la palangana, entró en el cuarto de baño y volvió a salir sin ella. No parecía darse cuenta de que su hombre estuviera allí, consumido por la rabia.

—¡Remedios!

—¿Qué, Cristóbal?

—¿Has oído lo que dije antes?

—Sí. Que vas a encerrarla en un convento.

—¿Y no me crees capaz de hacerlo, verdad? Pues lo haré. Vaya si lo haré.

La señora Remedios se encogió de hombros y entró en la habitación. Al minuto salió Quico.

—Esta no vuelve a dormir en casa—dijo el viejo.

Quico se encaminó a la puerta.

—No hay que dar tanta importancia a las cosas—se atrevió a aconsejar.

—Nadie te da vela en este antierro—exclamó irritado el señor Cristóbal.

Quico parecía caviloso. Se disponía a abrir la puerta, pero de pronto se volvió y retrocedió hasta situarse frente al viejo.

—Si hubiera que tapar algo, yo... yo estoy dispuesto a hacer lo que sea—construyó con esfuerzo.

El señor Cristóbal tardó en comprender.

—¿Hum?

—Sí. He oído que quiere usted meter a Mari Reme en el convento. Yo, naturalmente, valgo poco, pero estoy dispuesto...

—¿A cargar con el mochuelo?—palideció el viejo, aunque su boca sonreía.

—Eso es. Si hubiera algo, digo yo... Pues no me importaría..., pues, eso..., hasta casarme con Mari Reme...

El señor Cristóbal dió un salto para ponerse en pie.

—Quitate de mi vista—gritó—. Fuera, si no quieres que te aplaste como a un sapo. Sinvergüenza. Cínico.

Quico se jugaba en aquel momento el porvenir. Por eso aguantó a pie firme, a pesar del pánico que el furioso viejo le causaba. Incluso csó murmurar:

—Digo yo que antes de encerrarla en un convento... Yo me sacrificaría...

—¿Conque te sacrificarías? ¿Pues sabes una cosa? Quedas despedido. Y ahora márchate.

—Pero ¡don Cristóbal!...

—Te he dicho que te marches. ¿O prefieres que te lo diga de otra manera?

Quico obedeció, y al llegar a la puerta se volvió para repetir la frase que ya había pronunciado antes:

—No hay que dar tanta importancia a las cosas—después salió.

Y, en efecto, parecía como si no hubiera pasado nada.

Ahora, la señora Remedios abandonaba la habitación de la hija.

—Se ha dormido—sonrió con dulzura—. Cuando quieras nos vamos a la cama.

El señor Cristóbal recogió la americana del smóking que había dejado en uno de los sillones del tresillo y siguió a la mujer:

—La encerraré en un convento para toda la vida—iba diciendo—, para toda la vida...





VII

En vano intentaba dormir. Tantas vueltas daba, que la señora Remedios se vió en la necesidad de protestar:

—¿Quieres estarte quieto de una vez?

De momento conseguía permanecer inmóvil, pero a los pocos minutos estaba de nuevo dando saltos.

—Ni que te estuvieran matando—rezongaba la mujer.

Ya empezaba a entrar la claridad del día por las rendijas del balcón.

Uno de aquellos saltos fué más violento que los demás. La señora Remedios se dió cuenta, medio dormida, de que su hombre abandonaba la cama.

—¿Dónde vas?—murmuró. Las fatigas de la jornada habían sido tantas, que ni fuerzas le quedaban para esperar la respuesta. Como si su cuerpo estuviera pendiente de que cesaran los vaivenes en la cama, se quedó inmediatamente dormida.

El señor Cristóbal salió descalzo hasta el vestíbulo. Una vez allí volvió a sentarse en el mismo sillón que había ocupado antes. Su mirada enfocaba la puerta de la habitación de la hija. Diríase que intentaba resistir a alguna fuerza invisible que tirara de él. Miraba y dejaba de mirar, apretando los puños, hundiéndose en el sillón como si fuera un refugio.

De pronto se miró los pies y los vió desnudos sobre los baldosines.

—Este frío me hará daño—murmuró en voz alta.

Se puso en pie y retrocedió hacia la alcoba que acababa de abandonar. Pero antes de llegar a la puerta se detuvo. La luz del amanecer hacía borrosa su figura. Aun resistió sin volver la cabeza. Por fin, ésta giró antes que el cuerpo. Su mirada buscó el picaporte de la puerta que tenía enfrente. Alar-

gó una mano y avanzó con ella extendida como un ciego.

La puerta se abrió sin ruido. Aunque la señora Remedios había tenido la precaución de dejar la ventana abierta, dentro de la habitación olía a vomitona. Para el señor Cristóbal que sólo bebía los días de fiesta y cuyas narices estaban acostumbradas al perfume del cacao, este olor le resultaba insoportable. Sin embargo, se sacudió la desagradable sensación con una mueca y siguió adelante, hasta la cama en que Mari Reme roncaba. Se inclinó sobre ella. Con su pelo pegado al cráneo, los labios despintados, las ojeras, las carnes fofas y la piel pálida, Mari Reme parecía una horrible máscara carnavalesca.

El señor Cristóbal contempló aquella cara durante largo rato. En los primeros momentos, su semblante no exteriorizaba ninguna emoción. Estaba allí, pálido y erguido, con la redonda panza disimulada por la chaqueta del pijama. Unos dedos gordos y de uñas retorcidas asomaban por los bordes de las perneras. Se entreveía por debajo del mentón, la pelambre canosa del pecho.

Llegaron del vestíbulo las campanadas del gran reloj de pared.

Una, dos, tres, cuatro, cinco.

El silencio que siguió fué inmediatamente ocupado por un sollozo: lloraba el señor Cristóbal. Todo su rencor, toda su rabia, se derritieron a la vista de la hija dormida. ¡Qué monstruosa era! ¡Y él la había golpeado!

—¿Me perdonas, Mari Reme?—murmuró, sintiendo como si una garra de hierro le estrujara el corazón.

Mari Reme no se despertó. El viejo se sentó en el borde de la cama y permaneció allí, acariciando la cabeza de la hija, hasta que el primer rayo de sol sonrió sobre la tierra aún dormida.

SUSCRIBASE A
POESIA ESPAÑOLA

CARTAGENA PUEDE SER UN NUEVO "EL DORADO"



SIERRA CONTIENE UN FABULOSO TESORO MINERO

LA SED SECULAR DE LOS CAMPOS RECIBIRA EL AGUA ESPERADA

LA fertilidad de las tierras cartageneras hay que cantarla con píropos de Xerix-Al-Edrisi; hay que desempolvar las crónicas de los árabes, que tanto supieron de riegos y cosechas, maestros en el arte casi misterioso de la agricultura, para hablar de estas tierras sedientas, de estos campos abrasados en sed de siglos, de estos inútiles barbechos que encierran un tesoro cereal bajo la epidermis arrugada de sed, esperando la bendición del agua que les haga aflorar. Muy cerca, desesperadamente cerca, la fertilidad mojada de las huertas de Murcia, el largo linaje de vergeles del río Segura, con teoría de acequias y de azarbes, con sus aguas oscuras y espesas cargadas de limos con sabor a frutas y verduras. Cartagena tiene el agua cerca, a la vista de las cumbres de su sierra, brillando en el serpenteo de las venas huertanas y en la gama riquísima de verdes frescos de la vega; su angustia es la angustia de aquel afligido que anda en versos moriscos del mejor poeta árabe murciano: «Infe-



He aquí una bella perspectiva de la dura sierra que cerca a Cartagena

liz de aquel que, abrasado en sed, tiene agua en la garganta, sin poder beberla.»

LA LLUVIA LLEGA POCAS VECES

Los campos cartageneros consumen la riqueza inédita de sus entrañas en una larga y trágica espera, mirando el cielo de hito en hito, acechando la llegada de las nubes hinchadas de agua que se deshagan sobre los tornos resacos; pero la lluvia llega pocas veces, y el cielo permanece exasperante y limpio, con el sol implacable en lo alto, castigando año tras año la paramera con la severa justicia de sus rayos

ardientes. El campo de Cartagena se muere de sed; a pocos kilómetros, por la gracia mediterránea de Guardamar, llega el Segura, ya viejo, ya cansado, lento y oneroso de largas tierras verdecidas, a acostarse en el mar, que, para él, sí es el morir, con la canción oscura de sus aguas, con los viejos cuentos ácidos de la naranja redonda y el limón breve y puntiagudo collega el Segura al mar, ilustrando la sal y los pescados de rojos capítulos de claveles, de elegías de sauces llorones, de albaricoqueros y verduras; de fábulas de flores, como en versos de Segas.

Mientras el agua dulce del Segura se duerme y se diluye en el mar, la costra del campo cartagenero se recoma en su sed, una sed acostumbrada y paciente, como una vieja esclavitud. La canción de los números es desconsoladora: los datos estadísticos señalan—para el quinquenio de 1925-30—una media de lluvia recogida en el pluviómetro del puerto de Cartagena de 227 milímetros, y en el de Cabo de Palos, 135 milímetros. La vieja sabiduría árabe y la poesía de las cifras—las cifras también son voz de los árabes—lloran la sequía de estas tierras, que esperan el día alegre de su fecundidad. Ese día que ahora, en el amanecer que todos hemos querido para España, puede alborar en un futuro cercano.

CUATRO METROS CUBICOS DE AGUA POR SEGUNDO PARA RIEGO

Don Joaquín Navarro es un andaluz claro y abierto; un andaluz de esa Andalucía tan peculiar que es Almería. De Almería arriba, por la costa del cante, llegó a Cartagena, donde ejerce sus obras, que son amores, de buen cartagenero más. El cronista ha de agradecerle desde aquí su información y cortesía. Hemos hablado de las cosas del campo, de las cosas del agua, de las entrañables cosas de la tierra. Ha sido una conversación llena de las palabras antiguas, viejas como el mundo, elementales y trágicas: trigo y lluvia, río y hombre, campo y trabajo.

Don Joaquín Navarro me habla de una orden del Ministerio de Obras Públicas por la que se concede a Cartagena una dotación de agua para riego de cuatro metros cúbicos por segundo.

—Esto ya es algo—me dice don Joaquín Navarro—, y tiene, por lo menos, el valor simbólico de un comienzo de realidad en el frente del grave problema de nuestro campo. Pero esta cantidad de agua es todavía muy insuficiente, aun para el cultivo de las 48.000 hectáreas de terreno para cultivo a que han quedado reducidas las 60.000 propuestas en proyectos anteriores. Primero, porque la cantidad de agua que por este procedimiento se podría conseguir, contando con que pasara permanentemente por la desembocadura del río, cosa problemática, es inferior al mínimo necesario. Segundo, porque, según los aforos de que tenemos noticia, sólo durante me-

nos de medio año pasa por la cola del río Segura cantidad igual o superior a esos cuatro metros cúbicos por segundo, ya insuficientes, y, por tanto, la cantidad de agua obtenida habría de quedar muy por bajo de la exigida para un riego mínimo en procedimiento de buen cultivo. Tercero, porque es necesario dar la dotación de agua en dos épocas determinadas del año al riego óptimo del cultivo cerealista, y hay que contar con grandes cantidades de agua en momentos determinados, es decir, en los meses de octubre o noviembre, y marzo o abril.

—¿Cuál sería la dotación necesaria para el riego de las 48.000 hectáreas propuestas?

—Según el estudio de los técnicos, harían falta 144 millones de metros cúbicos al año, cantidad de la que habría que disponer en su 30 por 100 en octubre-noviembre, y en el 70 por 100 restante en los meses de marzo-abril.

—¿Cree usted en la posibilidad de conseguir esta cantidad de agua?

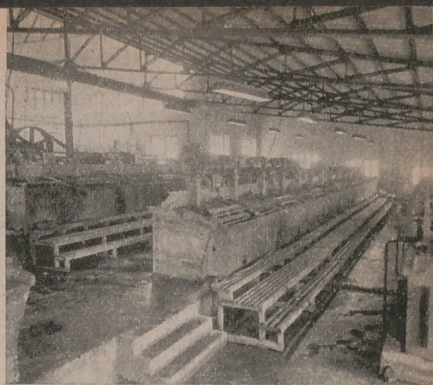
—Sí. Cartagena no pretende privar del agua del Segura a las tierras más altas. Eso sería vestir un santo para desnudar a otro. Ha sido ése un recelo injustificado que ha podido, en algunas épocas, convertir el problema cartagenero en un pleito entre la huerta y el campo. No se trata de eso. Nosotros no queremos otra cosa que aprovechar el agua del Segura, tomándola más abajo de la última toma de «Riegos de Levante», cuando ya el cauce del río no sirve para otra cosa que para perderse en el mar. Este aprovechamiento ha sido muy estudiado, y ha dado lugar a varios proyectos de técnicos, que nunca se han llevado a realización. Tal vez el ideal sería construir un gran vaso que hiciera posible el riego del campo en las épocas del año que necesita el cultivo de los cereales.

—¿Hay algún lugar apropiado para la construcción de ese vaso?

—Cerca de la desembocadura del río hay un lugar, próximo a Torre Vieja, llamado La Mata, que serviría perfectamente para el proyecto. Así, las aguas que hoy mueren inútilmente en el Mediterráneo, quedarían apresadas y dispuestas a ser vertidas sobre las tierras cartageneras en la época en que se precisen.

UN PROYECTO QUE MULTIPLICARA POR CINCO LA PRODUCCION DE CEREALES

El proyecto es bonito y razo-



Laboratorios de experiencias para el m

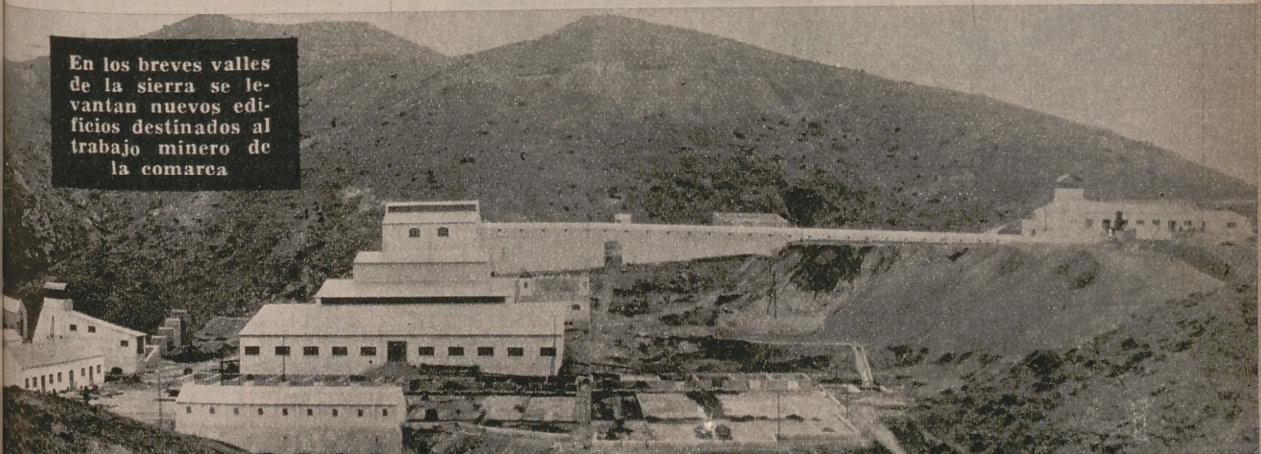


El puerto de Cartagena en plena acti

nable. La traída de aguas desde la cola del Segura hasta este campo sediento es un sueño dorado que redimiría al pobre campesinado cartagenero, pondría en producción unas tierras fértiles, pero infecundas, y lograría una aspiración secular de Cartagena, constantemente frustrada a lo largo del tiempo. Sin embargo, queda un punto por aclarar, ese punto que siempre ensombrece los grandes proyectos, los grandes sueños, las grandes aspiraciones. Queda por aclarar los gastos del proyecto, el coste de su realización. Pregunto por ello a don Joaquín Navarro.

—La inversión que habría que realizar es, ciertamente, importante; pero asombrosamente compensadora. Realizado el proyecto, la producción de cereales del campo de Cartagena se multiplicaría por cinco, con un incremento sobre la producción actual equivalente a más de doscientos millones de pesetas. Prácticamente, los gastos que se realizarían para llevar a cabo el proyecto quedarían compensados

En los breves valles de la sierra se levantan nuevos edificios destinados al trabajo minero de la comarca



con el aumento de la cosecha en solo un año. Como dato estadístico curioso le puedo decir que toda la producción de cereales de la provincia de Murcia quedaría rebasada con la de un tercio del campo de Cartagena una vez desarrollado y cumplido el plan de riegos.

—¿Se llevaría mucho tiempo la obra del proyecto?

—Unos tres o cuatro años.

Cuando le hablo al señor Navarro de la posibilidad de que el campesinado cartagenero no esté preparado, en cantidad y conocimiento, para un cultivo así, me dice:

—Nuestro campesinado sabe regar. Lo tiene demostrado con el empleo de las pequeñas cantidades de agua que llegan a sus tierras por el Canal de Aragón y las procedentes de los pequeños pozos familiares, abiertos en esas tierras. Por bajo del Campo de Cartagena corre una vena líquida, a profundidad que oscila entre los siete y los veinticinco metros; pero sus aguas son aguas malas, salitrosas y clorúricas, que no sirven para el riego.

—¿Quién alienta estas gestiones para la irrigación del Campo cartagenero, don Joaquín?

—La Comunidad de Regantes del Campo de Cartagena, que en el escaso tiempo de su funcionamiento ha logrado ya positivas conquistas. Es justo hacer constar que, por primera vez en la larga historia de nuestra aspiración, hemos encontrado apoyos decisivos y facilidades generosas. La Confederación Hidrográfica del Segura, tanto por parte de su ingeniero director, don Ramón Burillo, como por la del delegado del Gobierno, señor De la Villa, y el ingeniero señor Albacete, nos ha ofrecido toda clase de facilidades para allanar los obstáculos naturales que el proyecto encuentra en su realización. De otro lado, los nombres de Bastarache y Maestre, a los que tanto debe Cartagena, no están ajenos a este milenar sueño de traer agua a nuestros campos.

Don Joaquín Navarro, al tiempo de pronunciar estas palabras, ha abierto las manos, como ofreciéndome en una bandeja imaginaria toda su información. Es un ademán que yo traduzco como el «así están las cosas», que pone punto final a nuestra conversación sobre el tema.

Todavía se prolonga la charla cuando la tarde cae sobre el mar y sobre la ciudad, y el sol, casi escondido, permite el paso por las calles, que empiezan a poblarse de un hormigúeo huma-

no, bullanguero y alegre, y por el puerto, al que vienen a reposar las barquitas pequeñas, buscando su amparo para el sueño de la noche.

Nos separamos. Don Joaquín Navarro regresa, después del paseo, hacia la ciudad. Y yo, por una vez más, me quedo junto al mar, apurando la hora milagrosa del atardecer.

UN NUEVO EL DORADO

El viajero que haya andado los caminos de la sierra cartagenera, la vieja sierra minera que daba plata como la primavera flores, habrá quedado desolado al paso por los pueblos empobrecidos, casi abandonados, como pueblos fantasmas, como viejos esqueletos, ruinosos, descarnados y tristes. El viajero que haya caminado las calles de Mazarrón y de La Unión, los pueblos del emporio minero de Cartagena, habrá quedado sobrecoigido por aquel espectro de la muerte que fingen los muros de las casas, en los que sólo quedan los huecos que en otros tiempos fueron puertas y ventanas. Son los pueblos que parecen restos de otra civilización vencida y enterrada, restos de un país del que hubiesen huído sus habitantes; sólo de vez en cuando se ven pasar algunos hombres con paso lento y cansado, como si fuesen de regreso a un lugar que ya no les puede levantar ilusión en el alma.

Yo he recorrido ahora los caminos de esta sierra. La carretera deja la sierra minera a la derecha del viajero. El paisaje se va volviendo grisáceo y pelado por momentos. Las laderas y las motillas se ven como mordidas, una vez sacadas las venas de plata que prestigiaban la tierra, a flor de corteza. Esas muescas son como alvéolos de viejas dentaduras desdentadas: cuevas oscuras, pozos y socavones, dan al monte sin carne y sin verde un trágico aspecto de cementerio o de campo de batalla reciente. La tierra está desnuda, y sólo en alguna parcela verdea y amarillea la hierbezuela salvaje o el jaramago pobre. Posee una cierta belleza dramática este monte pelado, como escapado de un escenario para una representación dantesca, y contemplando sus vertientes y sus cimas parece asistir uno a la visión de un paisaje lunar; parece que tiene uno la luna al alcance de la mano; es éste un paisaje astral y telescópico, con toda la grandeza de lo terrible-

mente inhóspito; siente uno el temor de ver abrirse en alguna cumbre el cráter de un furioso volcán vomitando lava colérica por su boca pavorosa.

«LOS MONTES DE CARTAGENA TIENEN MINAS EN LA UNIÓN...»

Todo esto pienso, mientras el coche se desliza lentamente por la carretera que bordea la sierra. Al pasar por un pueblo, todavía se alcanza a ver la puerta de un bar de mineros, con una muestra alusiva. Por la calle, desierta, cruza una buena moza, que conlonea las caderas con el peso que le cuelga de una de las manos. La buena moza es morena ella, alta y bien plantada. Recuerdo, inevitablemente, la copla:

*Los montes de Cartagena
tienen minas en La Unión;
La Unión tiene una morena,
la morena un corazón,
y el corazón una pena.*

Las penas de estos hombres y de estas mujeres de la sierra deben ser penas duras y fuertes, penas elementales y profundas, colosales y oscuras, como la misma sierra en donde crecen. El camino que ha seguido el coche ha abrazado media cintura de los montes de las minas, y, por fin, se ha detenido al pie de una cumbre un tanto escarpada, inaccesible a su andar de monstruo mecánico. Hay que echar pie a tierra y cambiar el murmullo del motor por el fuelle fatigado de nuestros resoplidos. A media vertiente, unos edificios blancos ponen una sorpresa en el color uniforme y oscuro de la tierra, como si estuvieran allí por un error injustificable, como si estuviesen allí porque han caído del cielo en una mañana milagrosa. Son edificios recién construidos en la sierra para las nuevas explotaciones. Porque la sierra de Cartagena no está agotada y vacía. En la sierra de Cartagena quedan todavía depósitos de mineral del volumen suficiente para convertir a Cartagena en el nuevo Eldorado español.

Otra vez, para la fría canción de los números y de las técnicas, ha de acogerse el cronista a las amables ayudas de los entendidos. Esta vez, ha sido don Francisco Celdrán, «Minera Celdrán», quien gentilmente me ha recibido y me ha hablado del problema minero de Cartagena. Con don Francisco Celdrán me encuentro a dos viejos amigos de Murcia: Manuel Fernández Delgado, mi amigo, fiador y deudo.

**Dos aspectos, dos contrastes
entre la calma mediterránea
y el trabajo marítimo del
comercio cartagenero**



a quien me unen viejas historias periodísticas y aventuras literarias, y Diego Soler. Con don Francisco Celdrán encuentro también a un antiguo compañero de Facultad, Sánchez Balibrea, que después recorrería conmigo la sierra y me ilustraría en los nuevos procedimientos utilizados para el tratamiento de los minerales por el método de concentración diferencial.

Da gusto encontrarse viejos amigos en las tierras a que uno llega, y da gusto conocer a otros hombres de los que prestigian a una ciudad; conforta encontrarse con gentes como las que he encontrado en esta Cartagena tan cercana a mi ciudad, casi mía, y que me eran desconocidas, y que piensan y trabajan con fe y amor en empresas que ayucarán al levantamiento de esta España, que todavía nos duele.

Don Francisco Celdrán, cuando habla de minería, es incansable. Habla con palabra persuasiva, con firme convencimiento en lo que dice, que traslada irremediablemente a quien escucha. Habla de la minería, que es lo suyo, pero no habla de lo suyo; habla con amor de lo que a la economía cartagenera y a la economía nacional puede suponer esta resurrección de la riqueza minera de aquellos montes, que ya habían sido abandonados, como si en su entraña se hubiesen agotado las riquezas que un día la convirtieron en tesoro fabuloso.

CINCUENTA MILLONES DE TONELADAS DE MINERAL EN EL SUBSUELO CARTAGENERO

—La propiedad minera en Cartagena—me ha dicho don Francisco Celdrán—se encontraba dispersa, dividida en pequeños minifundios; la explotación se reducía a las capas superficiales de mineral, y una vez agotadas las venas afloradas, se abandonaba. Sin embargo, labreadas las capas superficiales, existen otras capas relativamente profundas, sobre las que se ejerce la actual explotación. Existe un extenso yacimiento de mineral, que ha sido cubicado con halagüeño resultado: cincuenta millones de toneladas de mineral se ha calculado que existen en el subsuelo de la sierra cartagenera. Claro es que la explotación de estas capas requiere la utilización de nuevos procedimientos. En primer lugar, es necesaria la concentración de propiedades, porque los nuevos procedimientos son caros y no merece la pena ser empleados si no es para explotar grandes superficies de terreno. Para verificar los nuevos laboreos ha sido imprescindible realizar trabajos de investigación, saneamiento de las galerías o plantas de explotación existentes, apertura de nuevos frentes de trabajo, desagüe de zonas inundadas, instalación de máquinas eléctricas de extracción del mineral, así como de numerosos compresores para abastecer de aire a los martillos perforadores. Finalmente, las machacadoras y los molinos de bolas, así como los lavaderos de concentración de minerales por flotación diferencial, han permiti-

do el tratamiento de los minerales complejos, incluso los de poca ley metálica. Todo esto ha sido posible gracias a la aplicación de grandes capitales, y los resultados han sido óptimos.

—¿No se corre el peligro, señor Celdrán, de que la riqueza se acabe a los pocos años de explotación?

Don Francisco contesta rápido, cortante:

—No. Las perspectivas de esta sierra minera son excelentes, aunque dependen en gran manera de los precios a que se coticen las blendas y piritas y de su retirada por los fundidores extranjeros. No obstante, la forma en que están hechas las instalaciones y los precios de coste de la extracción y lavado permiten la continuidad de las explotaciones con un normal desenvolvimiento, que irá en aumento a medida que se desagüen zonas inundadas, que son las menos, y que se incrementa el pueblo obrero, que hoy es escaso. Cartagena puede ser, todavía, el nuevo Eldorado español. Es más, con la nueva organización jurídica, las reservas existentes y la situación de explotación y tratamientos son factores que determinan una economía estable. En la sierra cartagenera existe riqueza suficiente para muchos años; por supuesto, para más de un siglo.

La conversación, que comenzó en el despacho del señor Celdrán, siguió en el Club Náutico, estimulada por esa cordial hermandad de los hombres que es la mesa bien abastecida y bien regada—bendición de Dios—, se prolonga después en el coche, camino de las plantaciones mineras de la sierra, y luego en la sierra misma.

Allí hemos asistido a todas las fases de la obtención del mineral por el procedimiento de concentración diferencial. El mineral que se extrae es un mineral complejo, del que hay que separar, sucesivamente, los minerales simples. Los grandes trozos de mineral, arrancados con los martillos perforadores de las paredes en las profundas galerías, es extraído mediante un procedimiento de doble ascensor. Pasa, después, a las máquinas machacadoras, y más tarde, sobre una doble cinta alimentadora, se vierte en los grandes molinos de bolas, que lo destrozan y pulverizan, para llevarlo después a los lavaderos de concentración. El procedimiento de obtención en estos lavaderos es el contrario del rudimentario empleado en los lavaderos antiguos.

En los viejos lavaderos, el metal que se obtenía quedaba abajo, posado en el fondo del líquido, mientras que las materias sobrantes se eliminaban por flotación. En estos modernos lavaderos, mediante el añadido de sustancias químicas determinadas, se hace flotar el mineral que se desea obtener, adheridas sus pequeñas partículas en las burbujas del líquido, que son empujadas por unas aspas rotatorias. Al paso de unos lavaderos a otros, se van obteniendo las diferentes clase de mineral, que de allí desaguan a los secaderos, en donde quedará cerrado el ciclo completo de su obtención. El plomo metal, la plata (¡oh, aque-



Cinta de alimentación de mineral de metros de larga



Calma, sol y luz marinera sobre el puerto. Nostalgia de singladuras. Eso es Cartagena

lla plata cartagenera con la que Antón Gálvez, el cantonero, fabricaba duros que valían más de cinco pesetas!), la bienda, el hierro y la pirita se obtienen de nuevo en esta sierra, que ha permanecido unos años olvidada como fuente de riqueza minera.

LA ULTIMA DESPEDIDA

El signo del cronista es despedirse de las ciudades que visita, después de haber hecho todo lo posible para apoderarse de alguna parte de ese secreto palpitar de todas las ciudades; después de haber querido coger, en unos pocos segundos, ese humo de ilusiones y esperanzas de cada pueblo, esa realidad entrañable de las tierras por las que pasa, sin otro bagaje que amor en los ojos y buena voluntad en el punto de la «Parker», cosas ellas por las que no siempre uno recoge agradecimientos.

Y otra vez, desde el mar a tierra adentro, para, apenas llegado, volver a estribar el pie de la marcha en turno, que Dios quiera sea el derecho. Con Cartagena ya a las espaldas, el cronista—que siempre está recordando versos—recuerda aquellos que escribió el poeta cartagenero Juan Florán, saliendo de su tierra:

...Adios, que mi dura fortuna me lleva a ver tierra nueva...

Pero no. Cuando a uno le sale el alma viajera, no es dura fortuna la que a nuevas tierras le encamina.

Jaime CAMPANY
(Enviado especial)

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

UN CENTIMO DEL CIELO

Por Max WINKLER



EL libro que ofrecemos hoy en esta sección es la autobiografía de un hombre llegado a Estados Unidos, como él mismo dice, «sin más que sus manos y brazos». Hoy en día este hombre es uno de los más importantes editores de música del mundo entero.

Escrito en estilo muy sencillo, sin apenas pretensiones literarias, el libro es como un álbum de familia que Max Winkler se ha deletado preparando para los seres que tanto significaron a lo largo de su vida. La lección de fe en Dios, de sacrificio, de tesón que ofrece la vida de este trabajador infatigable es de verdad conmovedora.

Max Winkler: «A Penny From Heaven». Appleton Century-Crofts, Inc. New York, 310 p.

ES el día de Thanksgiving. El día en que los habitantes de todos los Estados Unidos de América hacen un alto en el trabajo, se visten de fiesta y, reunidos en familia, dan gracias a Dios por los favores recibidos durante el año antes de comer el tradicional pavo típico de esta fiesta.

En la casa que Max Winkler posee en Lynbrook, Long Island, la familia se prepara a celebrar el día: los hijos del matrimonio Winkler van llegando, acompañados de sus propios hijos y esposas; la señora Winkler se apresura en la cocina. Sólo Max Winkler permanece alejado del piso bajo de la casa, encerrado arriba, en su cuarto de trabajo.

Max medita: es su Thanksgiving particular, su hora de meditación, de acción de gracias, no ya por los favores recibidos durante el año, sino por favores que se extienden a un periodo mucho más largo: Max da gracias a Dios por los favores recibidos a lo largo de su vida entera, se recoge en sí mismo y piensa. Aún le parece mentira todo aquello que le rodea: su casa, sus propios hijos llegando en automóvil, el ambiente de bienestar, de holgura económica, de paz hogareña. Esta es la vida a la que él ha acostumbrado a sus hijos, la vida que él construyó para ellos y que para ellos resulta lógica y obligada. Pero esta vida no ha sido siempre precisamente la vida de Max. Y ante él van desfilando, como por una pantalla, las imágenes de escenas, de personas, de cosas que un día fueron su vida...

LA INFANCIA DE MAX

El pueblo en el que nació Max no viene en ningún mapa. Es una pequeña aldea llamada Riszka, en Bucovina, donde él nació el 15 de marzo de 1888. Riszka no tenía calles, ni plazas, ni escuela, ni estación. Para enviar una carta por correo habían de ir al pueblo próximo, y lo mismo ocurría si un vecino tenía necesidad de un par de zapatos. Por lo que a Max respecta, él mismo necesitó ir a comprar un par de zapatos: heredaba los de sus mayores, que utilizaba en el invierno, y en el verano iba descalzo.

Los hermanos—Dave, Herman, Jack—corrían por los bosques cercanos, donde el padre era el omnipotente capataz. Más de 5.000 obreros cortaban árboles, los transportaban en turnos que duraban catorce horas. Bernhard Winkler era el rey dentro de aquel mundo. Nadie nunca se había opuesto a su voluntad. La madre de Max le respetaba, le obedecía con una simple sonrisa; hasta llegaba a mandar a un hijo al campo para preguntar al padre si la cena se había de componer de guisantes o de judías. En casa de Max no hubo nunca más voluntad que la de Bernhard Winkler.

Pero una infancia feliz. No echaban de menos lo que nunca habían tenido, y en cuanto a escuela, nadie se había nunca preocupado por ello.

Nunca... hasta el día en que el capataz Winkler interrumpió el juego de sus hijos para anunciarles su marcha a Radautz; irían a la escuela. El juego perdió emoción. Los mellizos Dave y Max se prepararon para aquella inesperada marcha. Al día siguiente partieron.

LOS AÑOS DE RADAUTZ

En Radautz, además de la escuela, estaba la casa de los abuelos. Comparado con el carácter dulce de la madre de los gemelos, la abuela resultaba incomprensible. Mujer de mal carácter, apoyada siempre en un bastón, que sacudía contra las espaldas de sus nietos sin ningún miramiento. El abuelo, más fácil de manejar, era la única posición atacada por los chiquillos.

Años de escuela, de despreocupación, de juegos. Los gemelos se ayudaban escudándose en su parecido extraordinario. Si uno era bueno en matemáticas, contestaba por el otro, que, a su vez, hacía lo propio en latín. Años sin prisas, pasados lentamente, únicamente interrumpidos por las llegadas semestrales de papá Winkler, satisfecho siempre de las indiscutibles buenas notas de sus hijos... Hasta que un día hubo que volver a Riszka. Los años de escuela habían pasado.

OTRA VEZ A LOS BOSQUES

De vuelta a Riszka, los hermanos empiezan a trabajar. Los adolescentes son fuertes y sanos. Trabajan en los bosques, junto a los demás obreros, aguantando con los demás los interminables turnos de catorce horas, unas veces de día, otras veces de noche. Y tan odiado un turno como el otro.

Sin luz, sin corriente eléctrica, los troncos eran lanzados monte abajo en pequeños «tracks», que descendían por su propio peso. Encima de los troncos iba siempre un hombre. Este hombre muchas veces era Max.

Este viaje criminal sobre los troncos, el ambiente que se respiraba en Riszka y, sobre todo, el regreso de América de uno de los vecinos de la aldea, convertido en un hombre rico, cambiaron las aspiraciones del muchacho. La idea de la inmigración a América no era nueva en el muchacho. En Radautz, la idea le había venido al encuentro. Su primer amor, su amor de la escuela de Radautz, había partido un día. La muchacha, Hilda, dió el nombre del lugar de destino: América.

¡América! Incluso Dave, su hermano gemelo, tan impuesto en geografía, desconocía la localiza-

ción de este nombre en el mapa. «Pero ¿está muy lejos?», insistía Max... Sí. Estaba muy lejos. «MAS lejos que Viena»... Y supo entonces que estaba mucho más lejos de lo que siquiera se podía imaginar. Desconsoladamente despidió a Hulda. Y de vuelta a la casa, el propósito estaba ya hecho: se iría a América.

Esto había sido en Radautz. Ahora en Riszka la idea le volvía con más fuerza que nunca. Pero ¿cómo conseguir llevar el plan a la realidad? Los muchachos no recibían sino una corona semanal del jornal tan duramente ganado; el resto quedaba en manos del único administrador posible: el padre. Ni siquiera la madre tenía parte en el manejo del dinero. No había otra solución sino esperar. Y Max supo esperar.

ADIOS A LA INFANCIA

Un día la noticia de la muerte de la abuela sorprendió a todos. A la madre le correspondía un tercio de la herencia. El padre arregló todo en Radautz y regresó a casa trayendo lo que parecía una fortuna: 900 coronas. Hubo un gran revuelo entre los Winkler. ¿Qué hacer con tanto dinero? El padre hilvana proyecto tras proyecto, hasta que la medrosa voz de Max le interrumpe para preguntar: «Padre, ¿por qué no nos deja usted ir a América?» La familia, en suspenso, aguarda la decisión del capataz. Un minuto, y la respuesta está dada: «De acuerdo.»

Luego todo se sucede con rapidez. Max no sabe grandes detalles sobre la preparación del viaje, porque de todo se encarga Papá Winkler. A nadie ha permitido tomar parte en la preparación de la expedición, compuesta por tres de sus hijos: Jack, Dave y Max.

Despedidas en la estación, últimos momentos en la Patria, en tantas cosas como significan sus años de infancia. Allí, en la estación, un pitillo—el primero—fumado con el padre. Luego, la apresurada subida al infesto vagón de tercera y el sentido y apresurado adiós. Max sabe bien a quién le dirige esta despedida: es la infancia que desaparece para siempre.

HACIA LA TIERRA DE PROMISIÓN

El viaje hasta la costa no tuvo más episodios recordables que uno ocurrido en Krakow, donde los asustados muchachos fueron detenidos por la Policía por una lamentable equivocación, y puestos en libertad a la mañana siguiente.

Las semanas, las siete largas semanas en el «S. S. Gerty», fueron soportadas con resignación. Las incomodidades del barco, la tempestad en alta mar, los pánicos de la gente, las enfermedades, los malos olores, todo tuvo un dichoso fin el día en que divisaron la estatua de la Libertad, erigida sobre la bahía del Hudson. Horas después se les admitía en América. Horas después, Nueva York les contaba entre su población. Era el año 1907.

UN PENIQUE DEL CIELO

Tía Minnie, hermana de su padre, esperaba a los viajeros. Ella cuidó de los pequeños detalles, tales como comida y habitación. El día siguiente amaneció espléndido. Los anuncios en los periódicos pidiendo empleados eran numerosas. Todo parecía sonreír a los recién llegados.

Pero América no era tan fácil de conquistar como Max había supuesto. Entonces supo de los interminables días pidiendo trabajo, de las colas para llegar a formular una petición, pronto denegada. No desmayó el valiente muchacho: un día una banda callejera acertó a tocar en la acera de su casa. Inspirado por repentina idea sacó de su estuche una pequeña flauta, regalo de su padre con motivo de una de sus famosas visitas semestrales a Radautz, y que le vendió una gitana prediciéndole buena suerte, y se mezcló con la banda callejera. Metros más allá, el que parecía el jefe de la banda le echó con cajas destempladas al descubrirle mezclado con sus músicos.

Desconsolado, fué a sentarse a la puerta de su casa. Todo parecía fallarle. Y, sin embargo, algo vino a darle en aquel momento fuerzas y esperanzas: un penique, un céntimo que había quedado escondido en la cinta de su sombrero. Un penique del cielo.

«CARL'S FISCHER MUSIC HOUSE»

El milagroso céntimo fué el punto de partida... Un nuevo anuncio en el periódico, esta vez de una

casa de música, le tentó. Siempre había deseado un trabajo así. En aquel momento lo deseaba con todas sus fuerzas. Sin dudarle se decidió a escribir solicitando el empleo; pero el penique no daba siquiera para una carta. Se vió obligado a solicitarlo por medio de una tarjeta postal.

Luego esperó. Esperó, enfebrecido, esperanzado. Sus hermanos habían ya conseguido trabajo. Dave era ayudante de un vendedor ambulante de café. Jack trabajaba fuera de Nueva York y ganaba la fabulosa cantidad de catorce dólares por semana. Sólo Max no había conseguido nada. Sólo Max pasaba los días tumbado encima del camastro esperando. Y la contestación llegó, al fin. Decía escuetamente que se presentase en Carl's Fischer Music House. La alegría del muchacho, su casi incredulidad le empujaron a ir cuanto antes. ¡Cuál no sería su desilusión cuando apenas comenzada la entrevista con el jefe de personal lo único que éste añadió después de formulada la pregunta «¿Es usted Max Winkler?» fué: «Sólo deseaba conocer al hombre capaz de solicitar un empleo por medio de una tarjeta postal!»

La desilusión de Max no tuvo límites. Sólo la confesión de la verdad le salvó la situación: «No tenía dinero para un sello, señor.»

LA FAMILIA WINKLER SE VUELVE A REUNIR

El empleo en la editorial de música de Carl Fischer se hizo realidad. Un año pasó Max en el sótano del edificio limpiando, contando y colocando canciones y obras sinfónicas en el sitio preciso. Trabajaba con fe, y aun en sus bajas tareas nunca le faltó la fe para llegar más alto. Limpiaba el suelo y los cuartos de aseo. Y con el sobrante del jornal semanal abrió una cartilla de ahorros.

Max era de verdad feliz. Tenía un trabajo, una cartilla de ahorros y una novia. El mundo podía ser suyo.

La novia se llamaba Clara. No era la misma Hulda de sus años mozos. Había ido a visitar a Hulda en una de las primeras semanas de su estancia en Nueva York. Hulda había engordado y en el momento en que Max entró dirigía una reunión de muchachas que tomaban el té. Estaba a sus anchas y apenas prestó atención a Max. Sólo una muchacha se acercó hasta la cocina, en la que el muchacho se refugió, ofreciéndole algo de beber y el encanto de su compañía; se llamaba Clara. Y desde entonces la había visto todos los días.

Una mañana aquella vida feliz, tranquila, se in-

Nuevo y alegre
envase de plástico

VIVACE

CHAMPÚ CLOROFILA

EL CHAMPÚ INDIVIDUAL
EN ALEGRE ENVASE
PLÁSTICO, DE MUY
FÁCIL APLICACIÓN
QUE DEJARÁ SU CABELLO:

LIMPIO, SEDOSO Y BRILLANTE

terruptió con el sobresalto de la noticia que traía un telegrama. ¡Papá Winkler venía a América! El telegrama no dejaba lugar a dudas.

Todo cambió en el espacio de dos semanas; con la llegada de Bernhard Winkler, la jefatura volvía a pertenecerle. Automáticamente las cartillas de ahorros de los tres hermanos fueron puestas a nombre de Bernhard Winkler, el cuarto que ocupaban Dave y Max fué abandonado por un pequeño departamento, en el que habitaron los tres. A los muchachos se les concedía un dólar por todo capital para sus gastos semanales.

Si. Costaba trabajo volverse a adaptar a la autoidad paterna después de un año de autonomía. Pero hizo un esfuerzo y Bernhard Winkler siguió gobernando a sus hijos como hasta entonces. Poco después mamá Winkler y el resto de los hermanos llegaban a Estados Unidos. Y todo quedó establecido como antaño.

MUSICA PARA PELICULAS

Poco a poco la posición de Max en la casa Fischer fué mejorando; pasó de limpiar a ordenar partituras. El negocio de una casa editorial de música, poco a poco, iba dejando de tener secretos para él.

Fué por entonces cuando una idea genial vino a cambiar de rumbo su vida. Los cines en Nueva York eran ya numerosos y numerosos también los partidarios con los que contaba el cine mudo. Sólo una cosa torturaba a los espectadores: la música destinada a animar el espectáculo nunca estaba acorde con lo que ocurría en la pantalla. El pianista, trío u orquesta debía de improvisar. Pero, por regla general, la cosa no marchaba muy bien. Y así, la música de misterio continuaba en un momento de marcado lirismo, mientras que en una lucha a puñetazo limpio la orquesta aun estaba en pleno «slow» tiernísimo. Sólo a Max Winkler se le ocurrió la solución.

Y una noche se decidió a ofrecer esta solución al mundo. Compuso una hoja para una imaginaria película. En ella iba indicada, cronometrada, la música necesaria para cada escena. Luego envió esta hoja a la Universal Film Company. El resto vino rodado; un contrato con dicha Compañía le permitió ganar cuarenta dólares más a la semana. Su trabajo consistía en ver las películas que dicha Casa se proponía estrenar, cronometrar las escenas y escribir en una hoja la música que precisaba. Bastante sencillo. Pero sólo Max Winkler dió con la solución.

MUJER Y NUEVA CASA

La boda se hizo realidad. Clara seguía siendo la ideal «girl» que paseaba con él cada día, a las siete y media en punto de la mañana. El contrato con la Universal dió los medios para la boda. Incluso contando con los ahorros de Bernhard Winkler se pudo pensar en la compra de una casa en Brooklyn. La casa no era una maravilla. Pero tenía dos pisos y era «propia». El piso de abajo se les destinó a papá y a mamá Winkler. El de arriba, a los recién casados. Allí se trasladaron todos, llevando las viejas cosas que aun sobrevivían de entre todas las que vinieron de Rieszka, entre ellas el maravilloso saco de botones de mamá Winkler, sacó en el cual la señora Winkler tenía la más maravillosa colección de botones perdidos, caídos y arrancados que haya podido soñarse.

Allí nació el primer hijo de Max y Clara, allí enfermó mamá Winkler y de allí también se la hizo salir hacia un sanatorio para ser operada. Lo que no sabía Max Winkler es cómo iba a pagar la operación. Pero Max tenía fe en Dios.

NUEVA FORTUNA

Y la fe en Dios no le falló. Un nuevo contrato con otra casa productora de película le dió de golpe setecientos dólares maravillosos; se pagó la operación de mamá Winkler, milagrosamente salvada, se pagó el sanatorio y aun sobró un poco.

La carrera de Max Winkler estaba ya decidida. Puesto en el caso de tener que escoger entre el trabajo en la Editorial Fischer y las productoras de cine, Max se decide por lo último. Se hace independiente. Todo ocurre a velocidad de relámpago. Conoce a Sol Levy, un compositor, y poco después a Berg. Entre los tres forman una compañía; Belwin Inc. nace entonces, en el año 1918.

BAJAS Y ALZAS

La fortuna se inclinaba del lado de Marx. La editora de música a su cargo progresa rápidamente, y hasta el momento de la depresión el auge de la editorial no decae.

Sólo en un momento Max ve el peligro: se trata de la llegada del cine sonoro. Una jugada —otra— le da el triunfo. Hay que pensar en otra cosa que las películas. Por ese lado el negocio está agotado. ¡Ya está! Un salto funambulesco y ¡a Europa!

Emprende el viaje con la mujer y los tres hijos. Ya mamá Winkler no existe. Dave está casado, lo mismo que Jack, y Bernhard Winkler se deja gobernar. Son otros tiempos muy distintos.

En Londres Winkler causa una gran impresión. Las grandes firmas editoras de música se ponen de acuerdo; éste es el momento que Max espera. Y de la jugada resulta la formación de una nueva firma, la Boosey-Hawkes-Belwin, de la que Winkler sería presidente y general «manager».

La firma Belwin estaba salvada.

EN LA CUMBRE

La llegada a la cumbre tiene también sus sinsabores. Ha muerto su hermano Herman y pronto ocurrirá también la muerte de su hermano gemelo, Conçel, que ha seguido conservando el extraordinario parecido. Pero también hay cosas alegres.

La celebración de sus bodas de plata con Clara llegan. Es un felicísimo día. Las flores, la fiesta, los amigos; todo lo que no habían podido tener veinticinco años antes lo tienen ahora. Ahora que ambos tienen cincuenta. Están en lo alto de la cumbre. Hasta allí han ido subiendo. Ahora todo será cuesta abajo. Sólo queda aceptar la vejez que se acerca. Y aceptarla con alegría.

Las últimas páginas del libro repasan todas las queridas figuras familiares que rodearon a Max. La muerte del padre ocurre sin poderse evitar; tenía ochenta y cuatro años y la misma viveza y genio de sus tiempos de capataz.

Vienen también las alegrías de los hijos, que terminan los estudios, que se casan. Y algún detalle sentimental y triste, como es la pérdida del famoso saco de botones de mamá al mudarse a la casa de Lynbrook. ¡Todo sea por Dios!

Por todo ello hay que dar gracias: por la vida, por los favores, por los sinsabores... Sus últimas palabras son simples: «No tengo sino gracias que dar. Si alguna vez volviera a nacer volvería a pasar de buen grado por todo ello una vez más. Y si esto ocurriera alguna vez, por favor, Señor, asegúrate bien que me permites casarme con la misma muchacha.»

M. J. E.



LA SIMPATIA...

...aumenta con el cabello bien cuidado.

Una fricción diaria con

LOCION AZUFRE VERI

evitará que se le caiga, y lo conservará fuerte, abundante, y con frecuencia ondulado.

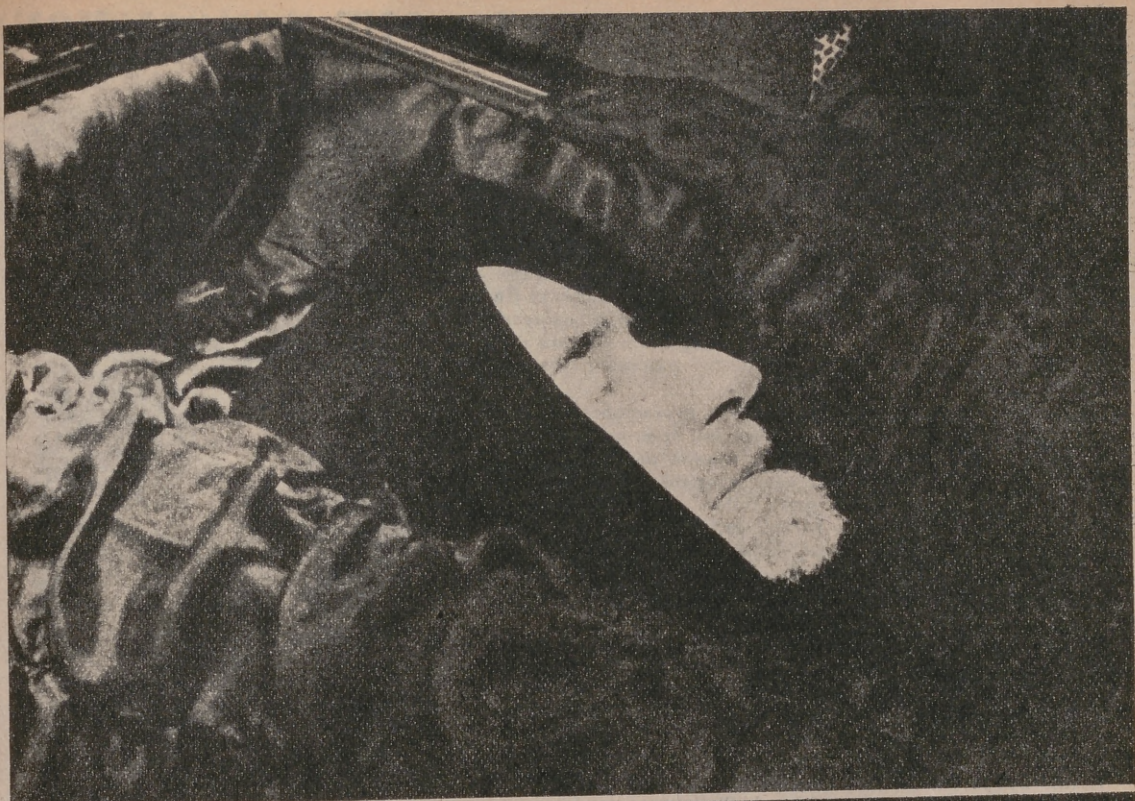
Es el mejor remedio para que no se forme caspa. Los cepillos, peines y lavados la quitan solo de momento.

DESCONFIE
DE
IMITACIONES

Frascos de 5 tamaños. PRECIOS MODERADOS, posibles por su gran venta y exportación a Hispano-América. El tamaño corriente solo cuesta ptas. 17,10, el tamaño pequeño ptas. 11, — Impuestos incluidos.

CON GARANTIA FARMACEUTICA

Si desea un folleto escriba a INTEA, Apartado 82 - Santander



JACINTO BENAVENTE NO HA MUERTO

HA muerto, ahora mismo, a las doce y cincuenta minutos de este día 14 de julio, y yo acabo de poner sobre la cándida serenidad de su frente, tibia todavía del pensamiento que se le fué con el alma en un suspiro sin retorno, el beso de mi adiós y la promesa de mi recuerdo inolvidable.

Busco palabras inútilmente, como si buscarse flores en el yermo de mi desolación, para esparcirlas sobre su cadáver, y sólo puedo decirme a mí mismo, para resignarme en una certeza de la cual quisiera dudar mi esperanza, las cuatro de la nueva amarga sin remedio: «Ha muerto Jacinto Benavente.» La noticia corre ya por todo Madrid, por toda España, y hasta ha empezado a volar, bajo el cielo y sobre las olas, a todos los países del mismo idioma y de la misma fe, y son la síntesis de la admiración dolorosa de todo un pueblo, de toda una patria y de toda una raza.

Juan Aparicio, Director de este periódico, me pide, porque no quiere que en su hoja falte el sentimiento del que más puede llorarle, unas líneas en torno a la gran figura que acaba de desaparecer de nuestro mundo artístico y literario. Su petición me honra —y no digo que me halaga porque no es esta hora de halagos— y mi voluntad agradecida quiere servirle cuando mi emoción no puede. Porque yo sólo podría decir lo que han de decir todos los españoles, lo que saben todos los escritores que vivieron su tiempo. Esto es: que con Jacinto Benavente muere el primer literato de España y acaso—y en mi juicio particular no entra el acaso— el mejor dramaturgo del mundo. Comparable sólo en la historia de nuestro teatro dramático, un tiempo maestro de todos, a Lope de Vega, como tenía del «Fénix de los Ingenios» la destreza, la profundidad y la fecundidad ascéptica, que sólo pudo extinguir la muerte, y así en la historia del teatro dramático de todos los tiempos se yergue ahora, al enrar en la inmortalidad, junto a las cimas señeras, que ninguna tormenta abatrará nunca, de Shakespeare, de Goldoni y de Molière. Esto dirán todos, y más pudiera decir yo que nadie diría, al cabo de medio siglo de amistad estrecha, en que Jacinto Benavente fué mi maestro, mi amigo, mi protector, mi guía, el primero que me llevó, de su propia mano, a estrenar mi primera comedia y que luego, andando los tiempos, regaló a la actual compañera de mi

vida la actriz María Paláu, con «Los andrajos de la púrpura», el mayor triunfo de su carrera, con una dedicatoria bella y expresiva que también fué halago para mí al ratificarme en mi admiración y en mi amor a la intérprete genial. Pero todos estos recuerdos —cincuenta años de mi vida— suben y bajan de mi corazón a mi mente, y se me anudan en la garganta y no puedo decirlos. Recuerdo sí, ahora mismo, y esto sí logro escribirlo, que cuando murió la admirable actriz María Guerrero, Jacinto le dijo a un periodista: «Si hubiera de valerme de mi retórica para llorar a María Guerrero, maldeciría de la retórica.» Ahora resulta, cuando busco dentro de mí una palabra de mi corazón para decirle adiós al maestro, que tenía la lección bien aprendida sin saberlo, y el corazón no me da más que lágrimas.

Mañana mismo, en obediencia a disposiciones testamentarias, será conducido el cadáver al cementerio de Galapagar. El ha querido que su corazón, que siempre ansió el vuelo y bien se afincó en la tierra, repose bajo el aire puro de la Sierra, junto al pueblo de Madrid, que le vio nacer y que amó tanto. Yo quisiera todavía encontrar la estrofa de un gran poeta que rezase por él la oración fúnebre que la grandeza de su entendimiento y la nobleza de su alma merecen. Y me acuden a los labios temblorosos versos que no eran para él, versos del gran Antonio Machado:

«Tierra le dieron una tarde horrible
del mes de julio, bajo el sol de fuego.

El aire se llevaba
de la honda fosa el blanquecino aliento.
Y tú, sin sombra ya, duermes y reposa,
larga paz a tus huesos...
Definitivamente,
duermes un sueño tranquilo y verdadero.»

Y todavía, pensando en la inmortalidad del maestro, que ahora empieza, me atreveré a agregarle una palabra, negación que afirma, a las cuatro de la noticia fatal: «¡Jacinto Benavente no ha muerto!»

Felipe SASSONE.

(Fotografía de Contreras.)

Pág. 57.—EL ESPAÑOL

NUEVA PATENTE MUNDIAL QUE REVOLUCIONA EL MERCADO

DESDE muchos años a esta parte, de sobra es reconocida por todos la utilidad de las cajas fuertes; pero a los industriales españoles, no contentos con los cierres conocidos de antiguo, les fué motivo suficiente para que sus hombres lograran un secreto automático y, tras costosos trabajos de nuestros técnicos más expertos, España puede, al fin, ser la primera en el mundo que revoluciona el mercado lanzando su nueva cerradura secreto, sin llave, sistema pulsador, la que su inventor y constructor patenta en la mayoría de los países.

El nuevo sistema, con sus diversas evoluciones en sentido técnico, gracias a la colaboración que nos presta el hombre al que le debemos estas nuevas modalidades, seguro de que será de interés para nuestros lectores, por la seguridad y prestigio que para ellos representa el estar seguros de tener una caja fuerte, perfecta en todo sentido.

Una caja de caudales se divide de dos partes: primera, cuerpo y puerta, y segunda, los mecanismos que la accionan.

La primera parte, o sea el cuerpo y la puerta de las arcas y armarios de seguridad, van construídos con un blindaje refractario macizo (patentado). Este invento nacional está privilegiado para uso exclusivo del Arca modelo «SOLER». Se trata de una pasta químicamente preparada a base de cemento, granito y carborundum, que se introduce en estado líquido en el cuerpo del Arca. La fuerza e incombustibilidad de esta pasta es tal, que a las pocas horas queda una masa compacta, formando un SOLO BLOQUE MACIZO, resistiendo el FUEGO a gran temperatura, los TALADROS y la acción del SOPLETE, que no deja huella alguna. Porque entre las placas de BLINDAJE IMPERFORABLE y el revestimiento interior con placas de amianto, y el ajuste perfecto de la puerta, con cuatro escalerillas y un enchufe, completan la seguridad contra el ROBO, FUEGO y DERRUMBAMIENTO.

La segunda parte, o sea el mecanismo que la acciona: el nuevo sistema de CERRADURA SECRETO AUTOMÁTICA, de combinación a base de pulsador a TRES BOTONES, adaptable a toda clase de ARCAS PARA CAUDALES y ARMARIOS DE SEGURIDAD.

Por una prestigiosa firma de Barcelona, dirigida por don Antonio Soler Capdevila, se ha lanzado, con grandes éxitos en el mercado, tanto ESPAÑOL como EXTRANJERO, el nuevo modelo de cerradura secretoautomática, accionada por resortes a pulsador, la cual dispone de botones pulsadores.

Este sistema permite cerrar el arca con sólo pulsar una vez el botón superior, y para su apertura basta servirse de los dos restantes botones, pulsándolos las veces que requiera la combinación que lleve puesta.

Las combinaciones que pueden obtenerse con la citada cerradura rebasan la ingente cantidad de ONCE MILLONES, pudiéndose fácilmente establecer el cambio de la que lleva cuando así se desea.

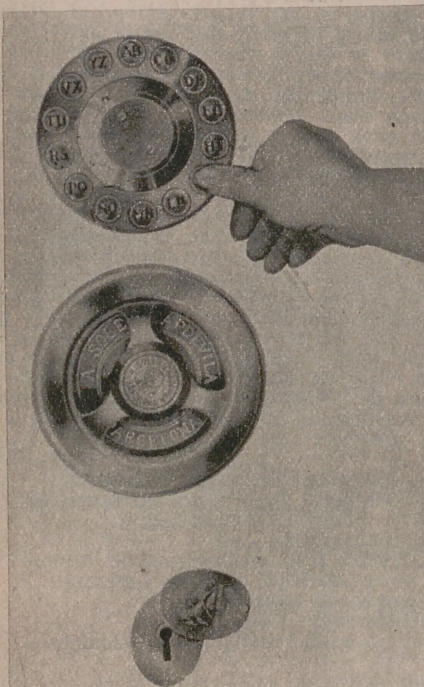
El nuevo sistema se impone por su máxima seguridad, sencillez y agrado en su utilización, cualidades que lo sitúan a la vanguardia de su clase.

Este modelo ha sido admirado en varias Ferias de Muestras tanto nacionales como extranjeras, como asimismo en la reciente y clausurada XXII Feria Oficial e Internacional de Muestras de Barcelona.

Tanto en la fabricación como en la técnica de las ARCAS, BASCULAS y ARMARIOS DE SEGURIDAD, BALANZAS y CAJAS FUERTES DE SEGURIDAD, se ha acreditado la industria barcelonesa de «ARCAS Y BASCULAS SOLER, S. A.», en Aldana, 3, y Rambla de Cataluña, 10.



Fotografía del Super-secreto de cierre automático con pulsador



Otra modalidad de cierre por pulsadores

BARAJA DE ASES

POLVO, SUDOR, Y PRISAS

LA HISTORIA DEL PEDAL, CONTADA POR LOS CORREDORES



El veterano Bernardo Ruiz se refresca después de una etapa

A golpe de pedal, entre un silbido y un manillar, se pueden encontrar la gloria y el dinero. Los hombres que, por unos años, se ligan al asfalto de las carreteras, suelen estar unidos por una misma ilusión y un mismo origen: las ansias de pisar en primer lugar la cinta de llegada y el haber nacido en modestos hogares. La carretera exige sacrificios—polvo sudor y lágrimas—, y los ciclistas saben de ellos desde su niñez.

De Amsterdam a París hay 4.855 kilómetros. Ciento diez ciclistas han salido del punto de partida. Entre ellos, diez españoles. Todos llevan la ilusión de dar el día 1.º de agosto la vuelta triunfal al parque de los Príncipes, en París.

MASSIP EL HIJO DEL «GENERAL» MASSIP

No sabemos por qué, quizá por una derivación de cualquier nombre o simplemente por ser apodo pueblerino, en Santa Coloma de Gramanet—Barcelona—, al electricista Massip siempre le han llamado «General» Massip. «General» no tiene más que dos hijos. En 1933, Francisco, hijo mayor de «General», cuenta siete años. El deporte y sus distintas prácticas está lejos de la casa del electricista. Sin embargo, el deporte entró en el hogar de los Massip del brazo de esta conversación:

—Padre, allá abajo, en la vega, he encontrado los restos de una bicicleta. Ayúdeme a traerlos y, si los arreglamos, quizá pueda tener una máquina para correr por la carretera.

—Mira, Francisco; estoy muy cansado para bajar a la vega.

Pero la petición sigue en labios de Francisco Massip día tras día. Una mañana de febrero, «General» Massip vuelve con la bicicleta herrumbrosa sobre sus espaldas. Las reparaciones se suceden con rapidez, mientras al niño se le abren los ojos ante la proximidad de ver hechas reales sus ilusiones.

El aprendizaje es duro. Francisco cae muchas veces por el asfalto; pero, al fin, ya sabe montar en bicicleta. «General» Massip trata de hacer menos penosos los esfuerzos de su hijo, y le coloca un motorcito a la bicicleta.

—Muchas gracias, padre, por el motor; pero a mí me gusta darle a los pedales.

—Estás loco. Allá tú con esas ganas de hacer piernas.

El motor mecánico desaparece para ser sustituido por el fuerte pedalear de Francisco Massip.

—Seré corredor ciclista.

Así nació un campeón que hoy exhibe el jersey del equipo espa-

ñol, por cuarta vez, en la Vuelta a Francia.

«General» Massip—sus sesenta años y jubilación a costas—se enorgullece en estas horas de haber bajado a la vega por unos restos de bicicleta. Claro está que la mayor y primera alegría ciclista de «General» Massip está guardada junto con los recortes de Prensa que relatan el triunfo de su hijo Francisco en la Vuelta a Cataluña. Fué la victoria que sacó al primer plano del ciclismo al catalán Massip.

Por las rutas nacionales y extranjeras se puede ver a un atleta bien constituido; serio, estirado, con una resignación que le sirve a las mil maravillas para desempeñar su papel de «doméstico», y que un día, en Santa Coloma, quiso que su padre le arreglara una bicicleta herrumbrosa.

Se corre la primera Vuelta a Castilla. Massip y Bernardo Ruiz forman parte del mismo equipo. Bernardo es la «estrella» y Francisco su «doméstico». Del coche de comisarios sale una recomendación:

—Oiga, Massip. Bernardo Ruiz se ha quedado cuatro kilómetros más atrás reparando un pinchazo. Necesita un tubular.

—A por él voy. Es el jefe del

equipo, y en esta etapa nos tenemos que clasificar en los primeros lugares.

Y el hijo de «General» vuelve a por su jefe. En aquella etapa, Bernardo se cuela el primero en la meta, y Massip ocupa un décimo lugar. En la meta, los comisarios de carrera volvían a entablar diálogo con Francisco:

—Has podido llegar el primero. —No importa. Mi obligación es defender los intereses del equipo por el que corro.

Hoy, Francisco Massip posee seiscientos mil pesetas ganadas a golpe de pedal, pero no quiere olvidar aquellas setenta y cinco que le entregaron como premio por vencer en una competición local.

«Ciclo Massip» es un taller de bicicletas—el más importante de Santa Coloma—donde Francisco da rienda suelta a su pasión ciclista cuando no rueda en carreteras. Su propietario: el hermano de Francisco. «General» Massip atiende a los clientes de José, mientras espera que la radio le diga en qué puesto se clasificó Francisco.

UN CANTE POR «ALEGRIAS» PARA ANDRÉS TROBAT

El maestro de La Algaida—pueblecito clavado en Baleares—tiene una mala noticia para la familia Trobat.

—Su hijo Andrés hace más de una semana que no pisa la escuela. ¿Está enfermo?

—De casa sale todos los días en bicicleta y nos dice que va a la escuela.

La verdad es que Andrés Trobat todas las mañanas hace el firme propósito de llegar al centro de Enseñanza; pero su pasión ciclista puede más, y para las horas docentes en darle a las piernas, sentado en incómodo sillín, sobre las carreteras que rodean su pueblo natal. El empuje de ciclista tiene la oportunidad de demostrar, en el Trofeo «Mandi», para cuánto le han servido aquellas faltas escolares.

Los padres de Andrés sienten, desde siempre, antipatía hacia el deporte que roba cultura a Andrés, y, sin la autorización fami-

liar, se inscribe el ciclista mallorquín por primera vez en una carrera profesional. El Trofeo «Mandi» ayuda a que parte de la antipatía de los Trobat mayores se esfume y a que Andrés demuestre cuántas posibilidades de gran ciclista hay en él. Se clasifica en cuarto lugar—esto ocurre en 1942, y cuando Trobat sólo cuenta diecisiete años—y le entregan, como premio, cuarenta pesetas. Son las primeras que el deporte del pedal otorga al balear. Le van a servir, con cien más que pide prestadas a un compañero de equipo, para comprarse el jersey que lo distinga de los simples aficionados.

Los triunfos de Andrés convencen a los padres de que aquellos «novillos» en la escuela de La Algaida dan unos raros frutos. El antiguo maestro de Andrés sonríe cuando el corredor le recuerda que estuvo a punto, con sus preocupaciones y castigos, de truncar la vocación deportiva que siempre sintió.

1952 es el año de Andrés Trobat. Por segunda vez va al «Tour», y desde las primeras etapas, se hace popular entre los compañeros de equipo y entre los extranjeros. Se sube el Aubisque—máxima dificultad de la Vuelta—. A media escalada, los comisarios de carrera, cuidadores y directores técnicos comentan, sorprendidos:

—¡Ahí viene un español cantando!

—¡¡Imposible!!

Mariano Cañardo—director técnico del equipo español—aclara:

—Será Trobat, que canta muy bien flamenco. El muchacho se ayuda en los trances difíciles con unos compases por «alegrías» o por «fandangos».

Los extranjeros siguen pidiendo explicaciones sobre la extraña ayuda a la que Andrés recurre y sobre lo que son «alegrías» y «fandangos».

El especialista de etapas contra el reloj—hombre espigado, con cara de asceta—contra matrimonio el 23 de noviembre de 1952. Poco antes de acontecimiento tan feliz, ha sufrido una importante operación quirúrgica para resolver las dificultades respiratorias sentidas.

En un hotel lionesense tienen un recuerdo—y no agradable precisamente—de Andrés Trobat. Los ciclistas consumen el día de descanso en dormir mucho y en comer más. Andrés se despierta a las doce y pide que le suban a la habitación un desayuno fuerte.

—M o n sieur Trobat. Aquí tiene el desayuno.

Mirada del balear a la bandeja y réplica inmediata:

—Haga el favor de retirarlo. Diga al «maître» que quite toda la mante-

quilla. La mantequilla francesa me hace consumir el bicarbonato por kilos. En cambio, quiero que me suban una tortilla a la española, medio pollo, jamón serrano y fruta. Ese es mi desayuno, y no todos esas zarandajas con mantequilla.

La cara de asombro del camarero no es para describirla.

—¿Me ha dicho usted que la tortilla la quiere a la española?

—Sí; con aceite y muchas patatas. Sobre todo, que la mantequilla no aparezca ni por asomo.

Así es Andrés Trobat. Un mallorquín que sube el Aubisque a los compases de: «A Cai no le llaman Cai, que le llaman reli-carío».

A BOTELLA LO BAUTIZO EN EL CICLISMO BERNARDO RUIZ

Al Ayuntamiento de Benifayó—en la provincia de Valencia—se le ha olvidado poner el número en la casa de la calle San Pedro donde vive la familia Botella. Puede ser en el número 25, pero también puede ser en el 23, donde el padre de Salvador—hoy retirado del trabajo por causa de una enfermedad que le inutilizó—comenta con sus otros cuatro hijos—un varón y tres hembras—las hazañas de Salvador, después que las leyó y relató ante la clientela que acude a su puesto de periódicos.

El señor Matéu ha dado el primer trabajo a Salvador.

—Tu padre me habló de ti, Salvador. Quiere que trabajes en mi serrería. Espero que cumplas con el cometido que se te ordene tan bien como lo hizo tu padre.

—Puede estar seguro, señor Matéu que seré digno de mi padre y de la confianza que usted deposita en mí.

Y entre la serrería de Matéu y la asistencia a los actos del Frente de Juventudes se nos hace ciclista Salvador Botella Rodrigo. Igual que a Bernardo Ruiz—su íntimo amigo y padrino en el ciclismo y José Pérez, el Frente de Juventudes le proporciona la oportunidad, con la Vuelta Ciclista a Valencia, que le facilita destacar en su vocación.

Los pagos de Sollana, Alginet, Silla y Benifayó sirven de primeros escenarios a sus ansias velocipédicas. El padre siempre tiene la misma frase en los labios:

—Mi hijo Salvador llegará donde quiera, porque es un hombre con voluntad de acero. Su vida, cuando no está en la carretera, es ejemplo de lo que digo. Se levanta a las once. Un paseo a pie, y luego viene a casa Pepín Meliá—que si hace caso de mi hijo llegará muy lejos—, y juntos se marchan para hacer buenos kilómetros a golpe de pedales. Siempre come a sus horas y se acuesta antes de las diez. Nunca le conocí otro horario que este que cuento.

Pero los veinticuatro años de Salvador Botella saben bien que, además de las piernas, conviene al ciclista poseer unos brazos nervudos con fuertes pulsos. Botella, en Benifayó—él quiere tanto a su pueblo, como Benifayó a él—gasta sus horas de la tarde en jugar partidos de trinquete

Con suma facilidad...

hará que le admiren por su

CULTURA GENERAL Y ORTOGRAFIA

PIDA FOLLETO GRATIS A

Centro de Cultura por Correspondencia



para quemar grasas que mantengan exactos sus setenta y siete kilos de peso.

Veintidós mil pesetas se trae Salvador Botella de la Vuelta a Cataluña, de la que es ganador. Claro que el triunfo llega porque Bernardo Ruiz, que inicia la Vuelta como jefe de equipo, sacrifica su jefatura en beneficio de su ahijado. Se corre la tercera etapa. Bernardo y Salvador ruedan juntos. Hace mucho calor, ese calor que tanto agrada a Botella para las oportunidades de triunfo.

—Salvador, lárgate, que yo aguantaré a los demás para que no salten a tu rueda. Así sacarás los minutos de ventaja que te asegurarán el primer puesto de la Vuelta.

—Pero Bernardo, tú eres el jefe de equipo y no debes hacer de «doméstico» mío.

—Mucha suerte y a zumbar de firme. Déjate de remilgos.

El triunfo ha llegado, y Salvador, con un gran ramo de flores y una sonrisa emocionada, da la vuelta de honor en la pista de Montjuich como vencedor absoluto de la prueba.

Al regreso de Cataluña, Benifayó lo recibe como triunfador. Entre los primeros abrazos que recibe Botella están los del señor Mateu. Su antiguo patrón siempre le ha animado para que ruede por los distintos asfaltos del mundo.

—Salvador, mi enhorabuena. Aunque a mí también me corresponde parte de ella. No olvides que preferí perder un excelente operario para que se transformara en un «routier» de primera calidad.

—Muchas gracias, patrón. Tiene razón en eso de que parte de la enhorabuena le corresponde a usted. La otra parte se la debe llevar Bernardo, que en Cataluña ha demostrado la falsedad de esa leyenda de que es un mal compañero.

—Te quiero dar otra alegría. Salvador. Benifayó desea enorgullecerse de ti, y para demostrarte el aprecio, se ha abierto una suscripción pública para regalarte una bicicleta.

Botella tuvo su máquina regalada por suscripción entre los benifayeses. Una bicicleta que llegó a hacer derramar lágrimas de gratitud al hijo de quien hoy vocea la Prensa en la plaza central del pueblo levantino.

MARTIN BAHAMONTES, EL QUE SE ENTRENA EN ZOCODOVER

Bahamontes es amigo de la carretera desde niño. En ella nació y a ella le debe su actual prosperidad en fama y dinero. Su padre es uno de los hombres que se ocupan de evitar los baches, de alisar peraltes, de despararrar gravilla en un tramo a pocos kilómetros de Val de Santo Domingo, cerca de Toledo. El hijo del peón caminero tiene afecto a la carretera, porque ella le lleva a la montaña. Las quejas de la madre llegan casi de continuo:

—Un día tendremos una desgracia con el chico.

—¿Qué pasa?—interroga el peón caminero.

—Lo veo a todas horas en lo más alto del monte.



El director del equipo, Berrendero conversa con un empleado de aduanas en Amsterdam

—Déjalo, que allí crecerá fuerte.

Martin Bahamontes cambió pronto los pies por el pedal, y siguió subiendo a la montaña para convertirse oficialmente en el tercer escalador del mundo velocipédico. Por delante de él, sólo los franceses Dotto y Rondeaux.

Ya es gente en el ciclismo el toledano. Ganador de la Vuelta

es para reyes de la rampa. Emilio Rodríguez sube bien, pero se ve desbordado por el único hijo del peón caminero. Le duele esta superación, más reconoce y predice lo que hay en Bahamontes. Se vuelve al coche de repuestos sólo para exclamar:

—¡Ojo con éste! No he visto nunca subir a nadie las rampas como el toledano.

Toledo tiene una cuesta de pavor: Zocodover. Los toledanos saben que hay un hombre capaz de subirla todos los días cinco o seis veces, casi con la misma facilidad que otros realizan los descensos a «tumba abierta». El asfalto que sirve para entrenar a Martin Bahamontes no tiene límites de árboles, sembrados o viñedos; por el contrario, ofrece un fondo de casas oscuras, con un fondo de Tajo y Alcázar a punto de reconstrucción.

La Vuelta a Castilla cuenta ya en el palmarés de Martin Bahamontes. El regreso a Toledo reviste caracteres de apoteosis.

—Déjeme—grita una mujer del pueblo—abrazar a su hijo.

—Ahí lo tiene—responde la viuda del peón caminero, que sacó adelante al único hijo con infinitos trabajos—; puede abrazarlo como si de su propio hijo se tratara.

Martin Bahamontes, gran escalador, nacido de una familia muy modesta en un pueblecito toledano.

EN PUENTEAREAS VIVE UNA LARGA DINASTIA DE CORREDORES: LOS RODRIGUEZ

En la historia del ciclismo se dan muy pocos casos de que dos hermanos actúen en una prueba internacional. Quizá el de los belgas Maes sea el precedente inmediato de los hermanos Rodríguez. Pero claro que el extraño caso casi pierde su extrañeza cuando estos hermanos nacieron y se criaron en un hogar y dentro de una dinastía de «gigantes de las rutas».

Manuel Rodríguez Marifios cuenta todavía, con voz de emoción, sus triunfos como corredor regional gallego en los tiempos heroicos del ciclismo. Se casó Manuel con Pilar Barros, y cuatro hijos de este matrimonio, quizá ganado por buena oratoria



Massip, otro grande del ciclismo español

a su provincia y de la Vuelta a Málaga. Primero en los puertos de Navacerrada y Alto de los Leones. Su personalidad de trepador lo lleva a formar parte del equipo nacional que corre en estos días la Vuelta a Francia; con grandes probabilidades de alcanzar el título de «Rey de la Montaña», si es capaz de aguantar bien las etapas llanas. Están lejos aquellos días en que Federico Bahamontes recibe trescientas pesetas por pisar el primero una cinta de llegada. Más cercanas son las fechas en que Federico, gracias al ciclismo, consigue el dinero suficiente para montar, en todo lo alto de Zocodover, una tienda de reparaciones y alquiler de bicicletas. Y aun más próximas, las horas en que Martin Bahamontes gusta en demostrar sus buenas cualidades de ballarin junto con la novia toledana que tiene.

La Vuelta a Cataluña sirve para que Federico asombre, con su facilidad trepadora, a corredores y público. La cuarta etapa

del padre, continuaron la tradición familiar.

Las horas triunfales en el hogar de los Rodríguez poseen un comienzo con Pastor y Delio. Son los «casos» de las pruebas que se celebran en España. Cuando los años gastan sus energías, el dinero ha entrado en sus cuentas corrientes con abundancia, y Delio monta un estupendo taller de motocicletas. Ya el padre es propietario de un comercio de bicicletas y de un negocio de maderas en Puenteareas. La retirada de Delio está próxima, y como el ciclismo español no se concibe sin un Rodríguez sobre el asfalto, salen a la lucha los dos pequeños: Emilio y Manuel. El padre pregunta:

—¿Cuáles son tus ilusiones al hacerte ciclista profesional?

—Quiero ganar el suficiente dinero para vivir el resto de mi vida con toda comodidad.

Ahora la pregunta se dirige a Emilio.

—Me hago ciclista, porque me entusiasma ser el primero en todas las pruebas en las que intervenga. Si Delio ha sido famoso, yo estoy dispuesto a serlo mucho más.

Y la historia del ciclismo español le otorga el título de gran «sprinter» a Delio; de gran escalador a Manolo, y de ciclista son «enorme método» a Emilio.

La decisión de hacerse «routier» le llegó a Emilio entre Códigos Civiles y leyes de Enjuiciamiento. El trabajo en casa del procurador vigués aprieta y Emilio Rodríguez es el hombre de confianza del despacho.

—Mire, Rodríguez. Hay que preparar el escrito para responder a la demanda ante el Juzgado número dos.

—Haré ahora mismo ese escrito, pero le comunico que será el último que haga en mi vida; o, por lo menos, en bastantes años. Decidí volver a las bicicletas, que son mi verdadera afición.

Las razones de un porvenir leguleyo con futuro económico aceptable no logran disuadir a Emilio Rodríguez. El procurador se queda sin su oficial más eficiente y el ciclismo hispano gana a un nuevo corredor, con solera ciclista en las venas.

Cualquier mañana se puede ver a Manolo y a Emilio en su entrenamiento. Se cruzará con ellos en las cercanías de Tiy, o a la salida de Vigo, o cuando Puenteareas esté rebasado.

La hora de la comida siempre tiene por fondo una conversación ciclista. El padre la inicia.

—¿Cuántos kilómetros hicistéis hoy?

—Cuarenta.

—Esos son pocos. En mis tiempos, cuando yo quería entrenarme de verdad, lo menos que me metía en las piernas eran setenta kilómetros por día.

—Es que éste—responde Emilio señalando a Manolo—ha querido que dediquemos toda la mañana a subir rampas.

La tarde de los hermanos Rodríguez se consume en conversaciones en torno al ciclismo y en torno a un dominó. A las siete, Manolo abandona la partida y el café y va a buscar a su novia.

—¿Cuándo te casas, Manolo?

El noviazgo de Manuel se cuenta ya por años.

—¡Uf! Me casaré el día que deje de ser ciclista profesional. No concibo un matrimonio atado a la esclavitud de una preparación física intensiva y de unos continuos sobresaltos en la carretera.

—En España es difícil adquirir la condición de héroe popular deportivo si no se logra en los campos de fútbol. Sin embargo, la dinastía de los Rodríguez ha conseguido ser figuras sometidas a la admiración pública de Vigo y de casi toda la región gallega. Desde hace bastantes años Pastor, Delio, Emilio y Manolo Rodríguez detentan un pase, extendido en el Club Deportivo Ceita, para presenciar todos los encuentros que se jueguen en Bañados. Sus paseos por las rúas galaicas se ven interrumpidos por las frecuentes invitaciones a tomar un «chiquito» de Castilla o una taza de Ribeiro. Y es que ser hombre de la dinastía ciclista de Puenteareas otorga el privilegio de la popularidad.

FRANCISCO ALOMAR, LA FOGOSA «GALLINA PAPANATAS»

Si un pelotón de ciclistas decide hacer una etapa «a paso de carreta», que no cuenten con Francisco Alomar. Para el balear, nacido en Sinen, el ciclismo sólo tiene una interpretación: luchar hasta que las fuerzas se agoten.

El entrenamiento de Alomar comienza a los doce años. Sale del trabajo, y las horas que faltan hasta la noche las invierte en hacer piernas y kilómetros, porque Alomar es un convencido de que tiene que llegar a figura del ciclismo. Los payeses sólo tienen una frase para definir el espíritu combativo de Alomar:

—¡Ay! El Alomarito no llegará a viejo con estas prisas. El tanto correr consume el cuerpo.

Pero él se pierde por las bellas carreteras isleñas, ensayando sus famosas escapadas.

Ese peculiar estilo «de dar guerra» a todas horas y en todos los kilómetros concuerda plenamente con su físico. De corta estatura y delgado, busca pruebas, con afán de superación, allá donde existan. Poco le importa que no sean nacionales ni de su categoría. Quiere correr a toda costa. Los muchachos modestos del Velo Club Portillo madrileño saben de las ansias de velocidad de Francisco Alomar. Se celebra a mediados de 1953 una prueba social para principiantes del Velo Club. Alomar está en Madrid esperando salir para correr el circuito de Torrelavega. Se entera de la prueba organizada por el Velo, y al Portillo de embajadores dirige sus pasos.

—¿Las oficinas del Velo?
—En el número uno de la calle de Alonso del Barco.

Todavía es su físico casi ignorado y a nadie debe extrañar que llegue hasta la mesa de inscripción.

—Vengo a inscribirme para la prueba del domingo.

—Está bien. Los derechos de inscripción son cincuenta pesetas. ¿Su nombre?

—Francisco Alomar Florit.
Al oír este nombre y estos dos apellidos un grupo de modestos

corredores que piensan intervenir en la prueba y que saben a Alomar ganador del Trofeo «Masferrer» y del Gran Premio «Fistone», gritan:

—¡Si éste corre nosotros no nos montamos en las bicicletas! ¿No sabe usted que Alomar es uno de los hombres más rápidos del ciclismo español?

Sobre Alomar pesa un curioso apodo: «La gallina papanatas». Es característica su peculiar manera de encorvar sus brazos para cogerse al volante. Cuando cruza el primero la cinta de la meta, sus compañeros, entre risas y enhorabuenas, dicen: «La gallina papanatas ha puesto un huevo.»

JOSE PEREZ LLACER, HIJO DE FAMILIA NUMEROSA

José Pérez Juan y Mercedes Llacer Mas son una pareja de auténticos valencianos. Trabajadores incansables y muy ordenados, luchan por sacar adelante a una prole de seis chiquillos traviesos. El marido tiene un taller de bicicletas, y entre ruedas, biselas y tubulares se crían los hijos. El segundo—de igual nombre que el padre—exhibe una gran eficiencia al correr en carretera, pero tiene varios fracasos en las carreras regionales y, convencido de que no destacará nunca, abandona el ciclismo. Su pueblo de Alfafar le pesa sobre las espaldas. La amargura comienza a apoderarse de él y decide emigrar a Francia. Allí se emplea en Pau trabajando en un taller de reparaciones de bicicletas. El veneno de la carretera vuelve a él y se entrena a fondo.

—Quiero sorprender a mis compatriotas cuando vuelvan a correr en la Vuelta a Francia.

Esta obsesión de Pérez la ve hecha realidad. A la siguiente vuelta José Pérez, todavía con residencia en Francia, corre con el equipo español.

El año ciclista de Pérez comienza en marzo. Los tres meses anteriores se los ha pasado haciendo vida de hogar en casa de sus padres y ayudándoles en el trabajo ciclista. Luego vienen los entrenamientos por las carreteras cercanas a Alfafar, entrenamientos que se van dilatando poco a poco para poner las piernas en forma a fin de ganar triunfos, que es lo que cuenta en la vida del ciclista. Es hombre enamorado José Pérez Llacer. Su principal amor, aparte del familiar, es el de la novia, con la que piensa casarse dentro de un par de años. Aficiones menores —la máxima es el ciclismo—del levantino son el cine y el teatro. Cuando la carretera no lo exige a José Pérez Llacer, se le encontrará de seguro acompañado por su novia en el cine de Alfafar.

BERNARDO RUIZ, DE ORIHUELA, DONDE NO SE PISA EL SUELO

En una casa humilde de la calle de San Francisco de Orihuela, el 8 de enero de 1925 nació Bernardo Ruiz. Su padre se dedica a la agricultura en una finca que en el pueblo tienen los padres franciscanos. Bernardo tiene cuatro hermanos, y él es el penúltimo. Aun no ha cumplido cinco años y acompaña diariamente a

su padre. En la finca se entretiene cuidando los planteles de pimientos y cuida de que los pájaros no se los coman. Más tarde, cuando cumple sus catorce años pasa a ser jornalero en la misma huerta de los frailes donde trabaja su padre.

Orihuela es la tierra del ciclismo. Los campesinos al volver de sus faenas forman un apiñado pelotón que cubre la carretera y calles del pueblo. En Orihuela no se pisa el suelo. Es natural que Bernardo y sus cuatro hermanos también rueden constantemente. En su casa hay dos bicicletas, que se disputan los chiquillos. Bernardo va dejando a un lado las labores de la huerta. Se le ve con frecuencia alejarse a muchos kilómetros del pueblo, dándole al pedal con una maestría que no conocen sus vecinos. El sueña con ser un día corredor profesional, y la ocasión no tarda en presentarse. El Frente de Juventudes organiza una prueba regional. A ella se alista Bernardo y por primera vez consigue la victoria. En la meta, la admiración de amigos sorprendidos por el triunfo y un premio en metálico: trescientas pesetas.

El ciclista de Orihuela acaba de cumplir veinte años. En su casa reciben una carta inesperada. El remite es de la Federación Nacional de Ciclismo y en ella se le invita a formar parte de la próxima vuelta a España. En tres veces sucesivas Bernardo Ruiz se proclama campeón de esta carrera. Ha entrado de lleno en el mundo de la fama, de la gloria y quizá en una nueva vida, bastante distinta de la de un jornalero de las huertas franciscanas. En la última Vuelta su mejor amigo y compañero es Ignacio Orbaiceta. Orbaiceta es un vasco profundamente católico que comparte con Bernardo la misma habitación. Llega la hora del descanso. Ignacio reza y Bernardo se apresta a dormir.

—¿Tú no eres cristiano, Bernardo?

—Sí. Yo estoy bautizado. Ahora, que nunca tuve tiempo de aprender a rezar bien.

—¿Has hecho la primera comunión?

—Pues... creo que no.

Unos días más tarde Bernardo, preparado ya por el mismo Orbaiceta, comulgaba por primera vez en la iglesia de Borjas del Campo.

Bernardo Ruiz tiene entre sus compañeros fama de bromista. En las horas de descanso, él es el último que abandona la reunión para irse a la cama. Le gusta animar a los demás con sus chistes ingenuos y a veces punzantes. Sin embargo, cuando se sienta en la bicicleta su carácter cambia totalmente. Son frecuentes las discusiones y, sobre todo, su tozudez.

En la primera Vuelta a Castilla la Casa que patrocinaba el equipo dió a Bernardo un jersey que no era de su agrado; le molestaba hasta el color. El ciclista cortó las mangas del jersey, lo achicó y cuando un compañero le preguntaba Bernardo decía: «Hoy corro con rebeca».

Ruiz es uno de los ciclistas más completos del equipo español. Buen escalador, es ligero en el llano y domina todos los secretos de la profesión.

Hoy, el antiguo guardador de planteras de pimientos es millonario. Vive con su esposa, Margarita Celestinos Gelabert, en un hotelito de su propiedad, y los meses que tiene de vacaciones los dedica al entrenamiento y al cultivo de extensos pimentales, porque es difícil olvidar que se aprendió desde niño.

DALMACIO LANGARICA, CHICARRON DEL NORTE

El veterano Langarica es, como buen vasco, sencillo y noble. El no conoce enemigos. En los muchos equipos a que ha pertenecido no ha encontrado más que admiración y simpatía. Sus compañeros reconocen siempre su gran capacidad profesional.

Se corre la T Vuelta a España. Al llegar a las inmediaciones de Barcelona Dalmacio sufre una fuerte caída. Una brecha profunda se le abre en el muslo derecho. El peligro aconseja que Langarica sea trasladado a una Casa de Socorro. Es lo más prudente que abandone la carrera ante una posible hemorragia.

—No, no puedo abandonar. Me es imposible. Haré un esfuerzo.

Y el esfuerzo es coronado con la victoria. Dalmacio Langarica esvencedor en la Vuelta. De cerca le sigue Bernardo, que entra el segundo.

El ciclista vasco vive ahora en Bilbao. Allí tiene un gran negocio de bicicletas; en él continúa la profesión de su padre.

Quizá sea preocupación crucial en el matrimonio Langarica la falta de hijos. Pero esa falta se ve compensada por el afecto especial que siente Dalmacio hacia los niños. Su figura alta, de clásico chicarrón del Norte, le hace destacar del resto del grupo. Y si grande es su altura, mayor es su espíritu de compañerismo y sus ganas de comer.

Llega la Vuelta a España a Sevilla. Hace calor, el mayor enemigo de Langarica en la carretera, pero no en la mesa, y se descansa en la capital andaluza. La hora de comer ha sonado. El de Ochandía se sienta a la mesa y el camarero pregunta:

—¿Qué va a tomar el señor de primer plato?

—Un filete con patatas.

Se acaba el plato y nueva pregunta del camarero:

—¿De segundo tomará el señor?

—Otro filete con patatas.

Nuevo final y nueva pregunta:

—¿Qué le sirvo ahora?

—Si no le importa, tráigame otro filete con patatas.

Y así hasta seis. El camarero lo comenta hasta con el director. El jefe de comedor está asustado y ordena al camarero que le insinúe la hora del postre.

—¿Qué tomará de postre el señor?

—Pues..., si no le causo molestias, me agradaría un filete con patatas.

El calor, el calor. ¡¡Cómo le teme Dalmacio al calor!!

La Subida de Aránzazu tiene su vispera. Dalmacio en ella decidió hacerla vestido de pantalón y chaqueta. Bajó sorprendido y comentó entre los compañeros:

—Mañana os podéis atar bien los rastrales. Creo que bato el récord de la subida. La acabo de



La «serpiente multicolor» rueda sin t canso hacia la meta

hacer vestido y obtuve un tiempo inmejorable.

Al día siguiente hace calor pegajoso y Dalmacio se contenta con un modesto puesto. Contra todo puede luchar Dalmacio Langarica menos contra la temperatura elevada.

Se habla de un deportista vasco. Y la comparación se impone. En efecto, a Dalmacio Langarica lo podemos llamar, sin que nadie nos tache de exagerados, el «Zarra del ciclismo español». Así se comporta el de Ochandía en las rutas y en los Tours de España y del mundo.

* * *

He aquí a los diez corredores del equipo español en la Vuelta a Francia del año 1954. Ir a Francia es una de las ilusiones de todo ciclista. Las hazañas en la misma dependen muchas veces de factores que no son la propia potencia ni la propia técnica. Pero al salir todos llevan el mismo objetivo. La Historia luego dirá si éste se ha cumplido.



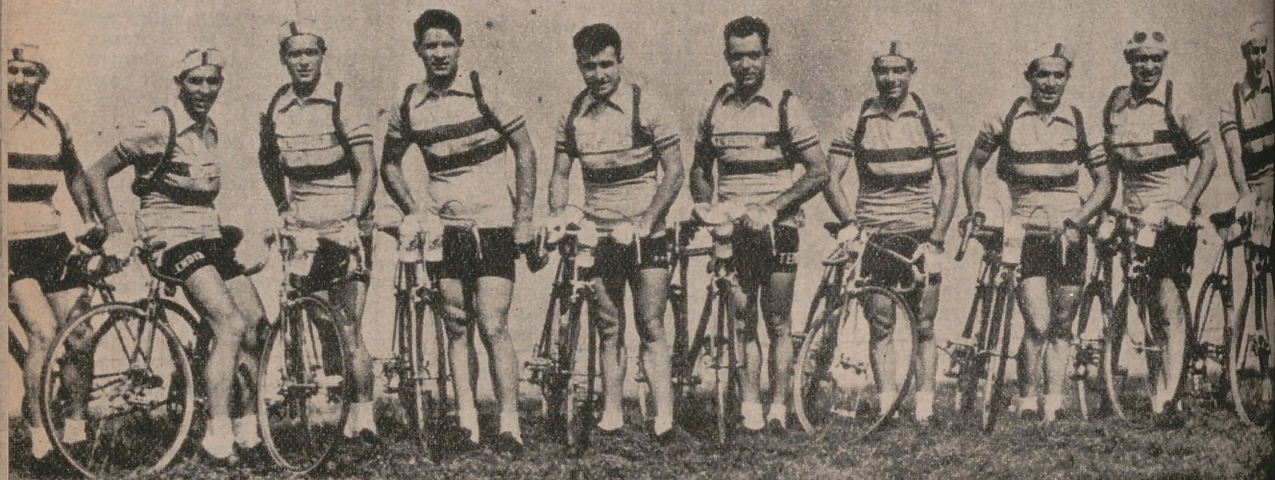
Emilio Rodríguez con su máquina a «punto»

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

BARAJA DE ASES



El equipo español que participa en el «Tour» 1954



Massip

Loroño

Rodríguez

Bernardo Ruiz

Pérez Llacer

Botella

ADA VIDA ES UN ESFUERZO QUE MARCHA SOBRE RUEDAS

Lea este interesante reportaje en la página 59

LA HISTORIA DEL PEDAL
CONTADA POR LOS CORREDORES